

Selecta

Diario de un sueño



Chris Razo

Dario de un sueño

Chris Razo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

«Ser la hija de un ministro te roba tu libertad».

Esa es la frase que define mi vida desde hace años.

Me llamo Gabriela Milanesi, vivo en Italia, y mi vida se ha convertido en un infierno.

Hace años que vivo atrapada en una vida que no es la mía. Mi padre se encarga de que la viva a su manera, sin preguntarme lo que de verdad quiero.

Estudio lo que él ha decidido, iré a la universidad que él decida, tengo que salir con los hijos de sus colegas políticos, porque, al parecer, eso es lo correcto para mí, o para ambos. ¿La realidad? Son unos pijos insoportables y superficiales que solo se preocupan de conjuntar bien la camisa con el pantalón y ver quién tiene más dinero de todos.

Mi padre cree que ese es mi sitio, pero está muy equivocado.

Respeto que quiera dedicarse a la política, pero yo no tengo por qué seguir su camino.

No soy la hija que él espera, más bien, todo lo contrario.

Nunca se ha sentido orgulloso de mí. Su frase favorita hacia mí es: «Eres una rebelde; si tu madre levantara la cabeza...». ¡Ay, papá! Si mamá levantara la cabeza, volvía a caerse de espaldas al ver en lo que te has convertido.

Estoy segura de que mi madre no estaría de acuerdo con las decisiones que ha tomado mi padre sobre mí.

Por suerte, no queda mucho para que la vida que ha construido para mí se caiga en mil pedazos. Cuando cumpla los veinte años, todo cambiará porque, pese a que soy mayor de edad, mis padres hicieron un juramento: si en algún momento, alguno de los dos faltase, yo estaría a cargo del que quedara hasta los veinte años. Debería permanecer en casa hasta esa edad y acatar las normas.

Es algo que nunca he conseguido entender. Digamos que fue como una especie de testamento; una promesa entre ellos que, pasara lo que pasara, tenía que cumplirse.

Cuando llegue a mi veintena, se acabarán mis salidas a escondidas, mis sueños truncados, salir con gente a la que no soporto, y esta maldita presión mediática.

Suena triste, pero cuento los días que me quedan, para separarme de mi padre.

Capítulo 1. La chica del pelo rojo

—**G**abriela, vas a llegar tarde a tus clases. ¿Quieres darte prisa?

—Hoy empiezan más tarde.

—Siempre tienes alguna excusa. Espero que tus notas sean mejor que tu comportamiento.

—¡Por supuesto, papá! ¿Olvidas que soy la hija del ministro?

—¡No te burles de mí, o te quedarás castigada!

—¿Sin salir con esos pobres infelices a los que me haces llamar amigos?

—Me tienes muy cansado, Gabriela. Discutiremos de esto por la noche. Tengo prisa.

—Que tengas un excelente día, papá.

—Tú también. —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

No sé en qué momento, mi padre dejó de ser mi héroe para transformarse en la persona que más detesto en el mundo.

Mi padre se avergüenza de mí, de quién soy, de cómo soy. Siempre he pensado que los padres tienen que querer a sus hijos por encima de todo, aunque no estén de acuerdo con la vida que quieren llevar.

Daría lo que fuera por que mi padre no fuera quien es, por que mi madre siguiera con nosotros, y yo no tuviera que vivir una vida que no he elegido.

Mi madre falleció hace casi trece años; demasiado tiempo. Yo solo tenía seis años, y apenas la recuerdo.

Lo que sí que recuerdo es la sonrisa de mi padre por ese entonces, y lo hago, porque cuando se empeña en derrumbar mi mundo y siento que le odio, cojo el álbum de fotos, y me lleno de recuerdos felices. De ese modo, encuentro alguna razón para seguir queriéndole.

La muerte de mi madre fue un golpe duro para él. De repente, se vio con una hija pequeña a la que tenía que sacar adelante, y una ausencia, que creo que, tantos años después, no ha conseguido llenar.

Nunca hablamos del tema, porque cuando se me ha ocurrido hacerlo, enseguida se pone a la defensiva. ¿Por qué no quiere recordar a mi madre? Puede que, si lo hiciera, se olvidara de lo estúpido y engreído que se ha vuelto.

Me tiene encerrada en su castillo de cristal, tratando de que no dé mala imagen, que no me junte con malas compañías (es lo que dice de mis verdaderos amigos).

Mi padre vive del qué dirán, y yo disfruto llevándole la contraria.

Tuve que estudiar Ciencias Sociales, porque, para él, era lo correcto. Ni siquiera se preocupó por lo que me interesaba a mí. ¿Qué más da? Para él solo soy un cero a la izquierda.

Las cosas han ido cada vez a peor, pero desde que hace un año le nombraran ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación Internacional, mi vida se ha convertido en un infierno.

Controla cada paso que doy, me obliga a ir a fiestas absurdas en las que siento que no pinto nada, y me hace estar con gente a la que detesto.

Siempre me repite lo mismo: «Esto es por el bien de los dos». Todavía no he conseguido entender la frase.

¿Por qué no se preocupa de lo que me interesa realmente?

Solo soy una chica perdida en un mundo que no es el suyo.

Ese día, mis clases comienzan más tarde. Me preparo un baño, y una hora después, mi chófer particular, me lleva al instituto. Está a tan solo cinco minutos andando, pero «la hija del ministro no puede ir caminando». ¡Odio no tener libertad!

Cuando salgo del coche...

—Giuseppe, no hace falta que vengas a recogerme por la tarde.

—Señorita, no quiero problemas con su padre.

—No los tendrás. Él sabe que tengo que hacer un trabajo para clase.

—Tengo que llamarle para confirmar lo que me dice.

—¿Molestarle ahora? Es la hora de sus reuniones. No creo que le haga mucha gracia que le molestes para una tontería como esta.

—Sabe que no puedo dejar que vaya sola a ningún lado.

—Solo es un trabajo. Iremos a tomar algo, y después a la biblioteca. Sé cuidarme, Giuseppe. — Me mira con cara de desconcierto, y, por un momento, pienso que va a coger el teléfono para llamar al señor ministro.

—Cuando termine, llámeme para ir a recogerla.

—Si te quedas más tranquilo... lo haré. Nos vemos luego.

Cierro la puerta del coche, y me adentro en el infierno de nuevo.

Sé que Giuseppe no se ha tragado ni una palabra de lo que le he dicho, y estoy segura de que más tarde llamará a mi padre. Necesito refuerzos.

Antes de entrar a clase, le pongo un mensaje a Francesco:

GABI_11:15

S.O.S. Giuseppe no se ha tragado lo del trabajo de esta tarde. Estoy segura de que vendrá a buscarme en cuanto que acaben las clases. ¿Algún plan?

FRANCESCO_11:17

¿No te cansas de meterte en líos con tu padre? ¿Sabes lo que te puede pasar si vuelves a desobedecerle?

GABI_11:18

¿Tú de qué lado estás? Necesito ir a esa audición. No creo que se vuelva a presentar una oportunidad como esta.

FRANCESCO_11:20

¿Qué te parece una enfermedad momentánea? ¿Un mareo, quizás?

GABI_11:22

¡Eres un genio! Por eso, eres mi mejor amigo. Te quiero. Nos vemos esta tarde.

Francesco es mi mejor amigo desde que llevaba chupete. Creo que es la única amistad que mi padre respeta. Sé que le aprecia a él y a sus padres, aunque, a veces, no lo demuestre.

Él es mi gran aliado, y el que me lleva de la mano hacia mi sueño. Nadie como él sabe lo que significa la música para mí.

¡Hoy es mi día y no pienso dejar que nadie lo estropee!

A la hora de la comida, con mi plan a punto, me voy al despacho de la directora. Toco la puerta, pongo mi peor cara, y entro.

—*Bongiorno*, Gabriela. ¿A qué debo tu visita?

—*Bongiorno*, señora directora. Venía a decirle que tengo que marcharme a casa. Me ha dado un ataque de migraña, y olvidé mis pastillas en casa.

—Podríamos llamar a alguien para que viniera a traerlas.

—Sí, pero necesito irme a casa. Cuando no tomo las pastillas rápidamente, necesito descansar.

—Entiendo. Sabes que, aunque eres mayor de edad, no puedo dejarte marchar sin el consentimiento de tu padre, Gabriela.

—Lo sé. Puede llamarle, pero el señor ministro siempre está muy ocupado. Siempre me dice que no le llame a no ser que sea algo de mucha urgencia. Comprenderá que un dolor de cabeza y unas pastillas olvidadas, no son nada con los problemas que presenta el país.

—Por supuesto. ¿Qué sugieres?

—Irme a casa sin más. Más tarde llamaré a mi padre y le contaré lo amable que ha sido usted por dejarme ir a casa para tomarme las pastillas. —Ella sonrío. Otra idiota que cree que hay que caerle bien al ministro.

—Está bien. Espero que no haya ningún problema. Eso sí, alguien tendrá que venir a recogerte.

—Por supuesto. Llamaré al chófer y le esperaré fuera.

—No me quedo tranquila, Gabriela.

—No se preocupe. Mi padre sabe lo mal que me pongo cuando no tomo mis pastillas, y entenderá que me haya dejado ir.

—Eso espero. Recupérate, Gabriela. Saluda a tu padre de mi parte. —«¿De verdad crees que mi padre se acuerda de ti?», pienso.

Después de conseguir mi objetivo, recojo mis cosas, y me marchó. Ando un par de calles y cojo

un autobús que me lleva al centro. Allí, recojo a Francesco, y nos vamos a comer algo.

—¿Cómo te has librado de esa mujer? —pregunta.

—Le dije que tenía migraña, que se me habían olvidado las pastillas, y que necesitaba descansar.

—¿No te dijo que tenía que llamar a tu padre?

—¡Claro! Pero le dije que no había que molestar al ministro con tonterías.

—¡Soy tu fan!

—Lo sé. Francesco, cada vez las cosas se complican más. Mi padre no me deja moverme, y la excusa de que voy a verte a ti, ya no cuela.

—Al final, conseguirás que tu padre me odie.

—¡No digas tonterías! Eres el único que le cae bien. De los demás... dice que no son buena compañía para mí.

—Tu padre juega en otra liga, tienes que entenderlo.

—Y lo hago, pero yo no juego con él. ¿Por qué no entiende que esa no es la vida que yo quiero vivir?

—Él solo quiere lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? ¿Y qué es? ¿Rodearme de sus amistades y de sus hijos odiosos? ¡No puedo más con esta farsa!

—Al final, Gabi, serás quien tú quieras ser. Él solo trata de darte lo mejor.

—Mi padre solo quiere hacerme a su semejanza. Siempre he creído que no soporta que haya sido mujer.

—¡No hables así! ¡Estás enfadada! Tu padre te quiere, Gabi.

—Tiene una manera muy interesante de demostrármelo.

—La gente que trabaja en política, al final se vuelve fría.

—De acuerdo, pero no con su familia, y mucho menos con su única hija.

—Sabes que no pensamos lo mismo.

—Daría lo que fuera por tener una familia como la tuya.

—De ellos también te aburrirías.

—No lo creo. Dejemos de hablar de eso. ¿Has traído mi guitarra?

—¡Por supuesto! ¿Lista para esta tarde?

—Llevo años esperando esta oportunidad.

—El dueño del local es amigo mío. Me ha dicho que hay unas cincuenta personas inscritas en la prueba, y que algunas ya han pasado por allí y son realmente buenas.

—¿Tratas de asustarme?

—En absoluto. No hay nadie mejor que tú, amiga. —Le sonrío tiernamente. No sé qué haría sin él.

Todavía recuerdo el día que cogí mi primera guitarra. Tan solo era una niña, pero, desde ese momento, me di cuenta de que ese era mi sueño, y que quería vivir para conseguirlo.

Con catorce años, mi padre me hizo el mayor regalo del mundo: mi guitarra, *Lana*. Así decidí llamarla, como mi madre.

Cuando mi padre se dio cuenta de que mi sueño era la música, decidió que la guitarra no era buena para mí, y tuve que llevarla a casa de Francesco. No estaba dispuesta a dejar que me la arrebatara.

Cuando sale de viaje de negocios, aprovecho para llevarla a casa. Me encantaría componer todo el día, pero casi no tengo tiempo, y mi padre cada vez tiene más controladas mis salidas.

Hace unos meses, me preparé una audición. Me presentaría con una de mis canciones estrella, pero todo se truncó cuando mi padre descubrió a dónde iba realmente.

Le odié. En realidad, sigo haciéndolo. Me separó de mi sueño. Sé que perdí mi oportunidad. Por eso, ahora no puedo dejarla escapar de nuevo.

Aun a riesgo de saber que me caerá una buena bronca y un buen castigo, hoy daré un paso más hacia mi sueño.

Llegamos una hora antes al local, y está abarrotado. No estoy nerviosa. Sé que soy buena y que puedo conseguirlo. Cojo el móvil y lo apago.

—¿Estás segura de lo que acabas de hacer? —pregunta Francesco.

—Sí. No quiero que me localicen. Mi padre debe de estar enterado de que me he ido del instituto, y estará buscándome como un loco. Te aseguro que no tardará en dar conmigo.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila.

—Porque estoy donde quiero estar, y haciendo lo que quiero hacer. Solo trato de ser feliz. Creo que no hago daño a nadie. —Sé que Francesco está tenso. Le tiene especial cariño a mi padre, y aunque me acompaña en todas mis locuras, siente que, de algún modo, le está traicionando.

—No te preocupes, Francesco. Entiendo que quieras irte. Esto es cosa mía y no quiero que te salpique.

—¿Estás loca? Eres mi amiga. No pienso dejarte sola.

—Te quiero. Gracias por estar siempre a mi lado.

—Los amigos no se dan las gracias. Estoy orgulloso de ti. —Sonríó igual que una niña. Hace mucho tiempo que nadie me decía esas palabras. —¡Venga! Tienes que ensayar.

Nos vamos a un rincón de la sala, y preparo la canción.

Media hora más tarde, comienzan las audiciones. Hay gente realmente buena, pero siempre hay que pensar que uno también lo es. Confío en mí misma.

Llega mi turno. Francesco aprieta mi mano, y me dedica una tierna sonrisa. Subo al escenario. Miro al frente, me presento, y comienzo a tocar los primeros acordes con mi guitarra.

El silencio hace que pueda evadirme entre las letras de la canción y el suave sonido de mi guitarra.

Dos minutos más tarde, todo ha acabado. El silencio sigue predominando en el local. Me descuelgo la guitarra, y un aluvión de aplausos llenan el sitio. Esta es mi motivación, y lo que siempre me lleva a seguir mi sueño.

Cuando me acerco a Francesco, él me abraza, y me dice:

—¡Eres increíble! Te has metido a todos en el bolsillo.

—Me siento satisfecha. Esto es lo que realmente me hace feliz. Estar aquí, compartiendo mi música, que la gente disfrute escuchándome.

—Lo has conseguido, amiga. Estoy seguro de que este será el principio de algo maravilloso.

—Espero que lleves razón.

Salimos del local, cuando nos dicen que tienen que tomar una decisión, y que los afortunados serán llamados por teléfono. Ya solo queda esperar.

—¿Y ahora qué? —pregunta Francesco.

—Llegó la hora de enfrentarse al ministro. Puede que tardemos días en vernos.

—Espero que no sea muy duro contigo.

—Yo también.

—¿Qué piensas decirle?

—No lo sé. Lo pensaré por el camino.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Ya te he involucrado bastante. Esto me toca a mí. No es la primera vez que discuto con él. —Me acerco a él, le doy un beso en la mejilla y nos despedimos.

Camino a paso lento, supongo que no tengo prisa por llegar a casa. Sé lo que me voy a encontrar.

Cuando llego, justo en la puerta, me encuentro con Giuseppe.

—Señorita —me saluda con gesto serio.

—Giuseppe, yo...

—No hace falta que diga nada. Todo está bien.

—¿Ha sido muy duro mi padre contigo?

—Me ha despedido.

—¡¿Cómo?! ¡No puede ser verdad!

—Sí.

—No te preocupes. Hablaré con él. No puede hacer eso. Tú no has tenido la culpa.

—Claro que la tengo. Yo tenía que haberla traído a casa, y no lo hice. Si le hubiera pasado algo, sería mi culpa.

—Pero no ha sido así, Giuseppe. Estoy bien. Sabes que no es la primera vez que hago esto.

—Lo sé, pero creo que esta vez, ha ido demasiado lejos. Cúidese, señorita. —Giuseppe se aleja de mí, y yo no puedo evitar sentirme responsable. Nunca hubiera imaginado que mi padre fuera capaz de despedirle, pero esto no se va a quedar así.

Entro en casa y mi padre pasea por el salón con el teléfono pegado a la oreja. Cuando me ve, lo tira inmediatamente al sofá.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Tengo a la mitad de los *Carabinieri* buscándote.

—Te preocupas siempre de más.

—¡Eres una maldita niña irresponsable! ¿Dónde estabas? Te he hecho una pregunta.

—Dando una vuelta. No entiendo tanta preocupación.

—Gabriela, no puedes hacer lo que te dé la gana. Vives bajo mi techo y aquí, hay unas órdenes que cumplir.

—Si me dejaras salir sin tener que ir con perritos detrás... No necesito cuidadores. Soy mayorcita.

—¿Mayorcita? Ya lo veo. Te comportas como si tuvieras cinco años.

—Ojalá y los tuviera. ¿Y sabes por qué? Porque en aquella época era feliz. No vivía presa en una casa, con un padre que parece que se ha olvidado de que sigo siendo su hija, y no un paquete al que manejar a su antojo. Si mamá estuviera aquí, te dejaría al ver todo lo que estás haciendo conmigo. Te has convertido en una persona despreciable, a la que no conozco. No sé quién eres. Lo único que tengo claro es que odio mi vida a tu lado. Te odio, papá, y estoy seguro de que mamá, desde donde esté, también lo hace. —Mi padre se acerca a mí me da una bofetada. Creo que le duele a él más que a mí. Es la primera vez que me levanta la mano. Me toco la mejilla mientras que mis lágrimas caen—. Esto es en lo que te has convertido. En un ser despreciable al que solo le importa su posición social. Deberías de saber que antes de ministro, también eres padre. Tenerme vigilada no es la solución para tus problemas. Te odio, papá. —Subo corriendo las escaleras.

—Gabriela, baja aquí ahora mismo. Estamos hablando. —No hago caso de sus palabras y subo a mi habitación. Cierro la puerta y me siento en el suelo.

Me miro en el espejo, tratando de buscar quién es la persona que hay detrás. Yo no era así. Él me ha hecho que lo sea con sus normas, sus restricciones y su maldita carrera política.

Solo trato de buscar mi felicidad. Esa que hace años, él me arrebató. Me toco el cabello y sigo mirándome.

«Tan solo soy la chica del pelo rojo, tratando de cumplir su sueño».

Capítulo 2. El peor castigo

A la mañana siguiente, mi padre toca a la puerta, y entra.

—¿Puedo pasar?

—Ya estás dentro.

—Quería disculparme por lo de ayer.

—¿Te refieres a la bofetada?

—Sí. Sabes que jamás te he tocado.

—Espero que nunca vuelvas a hacerlo. —Mi padre se sienta en la cama y, por primera vez en muchos años, le veo preocupado.

—Hace años que perdí el rumbo contigo. No sé cómo hacer las cosas para acertar, pero está claro que tú no ayudas demasiado. Sé lo difícil que resulta vivir sin una madre, y con un padre metido en la vida política, pero esa es la vida que yo elegí. La que creí que era mejor para los dos.

—Tú lo has dicho: la vida que tú elegiste, no yo, papá. No puedes tenerme encerrada en tu palacio de cristal. Me has separado de mis amigos solo porque no quieres que la prensa me vea con ellos. Quieres hacerme a tu forma, sin importarte lo que yo necesito. Ni siquiera me preguntas cómo me siento. Casi nunca estás en casa, y cuando lo haces, estás pegado a un teléfono las veinticuatro horas. ¿Cuánto tiempo hace que no salimos a comer tú y yo?

—Hace dos semanas fuimos al restaurante de Lino.

—¿Te refieres a tu reunión de negocios? ¡Fue fascinante, papá! Hombres hablando de cosas que ni siquiera me interesan. Te hablo de ir solos: tú y yo. A comer una hamburguesa, una pizza... como hacíamos antes. Parece que te has olvidado de que sigues teniendo una hija, y lo único que estás consiguiendo es separarme de ti.

—Sabes que tengo mucho trabajo. Si tuviera más tiempo...

—No valen las excusas, papá. Para la familia, siempre se saca tiempo. —Se queda en silencio.

—Eso no justifica tu comportamiento.

—Puede que no sea el correcto, pero es lo que tengo que hacer para no ahogarme en esta vida que has construido para mí.

—¿Tan mal te trato?

—No me dejas cumplir mis sueños, me obligas a ir con gente a la que detesto, y me apartas de

mis amigos.

—Sigues viendo a Francesco.

—Lo hago porque sabes que mamá quería mucho a su familia, y no te hubiera perdonado que también me apartaras de ellos.

—La vida no es siempre de color de rosa, Gabriela. Tienes que entenderlo.

—Lo hago, pero no puedes castigarme solo porque trato de ser feliz.

—Solo tienes diecinueve años. No puedes hacer lo que te dé la gana.

—Lo hago porque si te pido permiso, nunca me lo das. Ya me cansé de hacerlo.

—Lo que ocurrió ayer, no puede volver a suceder. Te escapaste del instituto, engañaste a la directora y a Giuseppe. Todavía no me has dicho dónde estuviste.

—Viendo a esos amigos que tanto detestas, pero tranquilo, lo hice en un sitio donde la prensa no va.

—¿Sabes el peligro que puedes correr?

—Corro más peligro con tus amistades que con las mías.

—No voy a discutir más. Estás castigada, y esta vez, te aseguro que saldrás escoltada a todos los lados. Dame tu móvil.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Dame tu móvil.

—No puedes hacer eso.

—Por supuesto. Hasta que no cambies tu comportamiento, seré yo quien lo tenga.

—Sabes que no es justo.

—Tú tampoco lo eres conmigo. —Le doy el teléfono.

—Perfecto.

—Ya me has castigado y me has quitado el móvil. Ahora quiero que tú hagas algo por mí.

—No estás para pedir favores.

—Quiero que readmitas a Giuseppe. Él no tuvo la culpa de lo que pasó. Yo le engañé. Quiero que vuelva.

—No puedo confiar en alguien que deja que mi hija se escape.

—Sabes que él siempre me ha cuidado. Dudo que encuentres a alguien mejor.

—Está bien. Le readmitiré, pero esta vez, solo se ocupará de llevarte en coche a donde yo le diga. De tu seguridad, hablaremos más tarde. Por cierto, esta noche tengo una sorpresa para ti.

—¿El qué?

—Lo descubrirás a su debido tiempo. Nos vemos esta noche. —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

Se acabó. De nuevo, mi sueño truncado. ¿Cómo voy a saber si soy la elegida si mi padre me ha quitado el teléfono? Tengo que descubrir la manera para hacerme con él de nuevo.

Vuelvo a clase y, a la salida, Francesco me está esperando.

—¿Dónde te metes? No me coges el teléfono.

—¿Teléfono? —No puedo evitar reírme.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Mi padre me lo ha quitado.

—¿Y cómo vas a saber si te llaman?

—Esa misma pregunta me he hecho yo esta mañana.

—¿Te has metido en problemas, amiga!

—Sí. Eso parece, tengo que ver la manera de conseguirlo de nuevo.

—No creo que eso sea posible.

—Tengo que intentarlo. En ese teléfono, puede estar la oportunidad que tanto tiempo llevo esperando.

—¿Fue muy mal la cosa?

—Como siempre. Nunca conseguiremos entendernos. Tengo que irme. Tengo arresto domiciliario.

—¿Nada de salir?

—No.

—Iré a visitarte. —Me abraza y me monto en el coche.

El día no había sido el mejor de mi vida, pero lo mejor, todavía estaba por llegar.

Sobre las nueve de la noche, mi padre me llama para que baje al salón, cuando lo hago, él está acompañado de un hombre al que no había visto nunca.

Un chico alto y corpulento. Su cabello es castaño, pero con matices rubios. Nada que destacar, o por lo menos, no hasta que se da la vuelta.

—Leo, te presento a mi hija Gabriela. Gabriela, él es Leo. —Cuando ese hombre se da la vuelta, todos mis sentidos se ponen en alerta. Tiene los ojos azules, y una mirada cautivadora, pero no solo eso, mis ojos van directos a sus labios. Carnosos, listos para que cualquier boca se muera por que los bese. Mi padre me saca de mis pensamientos.

—¿Gabriela!

—Encantada. —Me acerco a él y le tiendo la mano. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—A partir de ahora, Leo será el encargado de tu seguridad. Espero que le hagas las cosas fáciles.

—¡Vaya! Ahora contratas a alguien para que me vigile.

—Si hicieras caso, no haría falta, pero viendo tu comportamiento, no me ha quedado más remedio.

—¿No puedes tenerme vigilada siempre! ¡Vivir contigo es como vivir en una cárcel!

—Gabriela, no voy a discutir contigo de eso. Solo quería que conocieras a Leo. Vais a pasar muchas horas juntos. Y de una vez te advierto que no quiero ninguna queja sobre ti. Él me mantendrá informado de todo.

—Si quieres guerra, papá, jugaremos.

—¿Es una amenaza?

—Es una realidad —digo eso y me marchó.

Cuando estoy subiendo por las escaleras, escucho un comentario que hace que me hierva la sangre:

—Solo es una niña rebelde. Está en una edad complicada, pero confío en que sabrás llevarla correctamente.

—No se preocupe, señor. Podré con ella. He sido militar. Pocas cosas se me resisten. —dice Leo.

¿Militar? ¿Pocas cosas se me resisten? Con ese cuerpo y esos ojos, puede que conquistes a cualquiera, pero conmigo lo tienes muy difícil. Pienso hacerte la vida imposible, Lelo.

A la mañana siguiente, comienza mi infierno. Cuando bajo a desayunar, mi querido guardaespaldas me está esperando.

—Buenos días, señorita —me dice.

—Buenos días. Pareces muy formal, pero te diré una cosa. Estoy cansada de la gente que le acaricia el culo a mi padre solo por ser quien es. Si quieres ganar puntos con él, te aseguro que no será a mi costa.

—Creo que está equivocada. Yo solo he venido aquí a trabajar. No necesito acariciarle nada a nadie.

—Todos decís lo mismo. Solo quiero que sepas que, en la guerra entre mi padre y yo, también entras tú. No me gustan los chivatos.

—Yo solo estoy aquí para protegerla.

—Tú estás aquí para contarle a mi padre todo lo que hago, pero me da igual. No es la primera vez que tengo a alguien como tú vigilándome. Deberías preguntar qué ha pasado con los demás. Te doy una semana, señor militar. —Le guiño un ojo, cojo el ordenador y salgo por la puerta. Él me sigue.

Giuseppe nos espera fuera, y cuando le veo, me acerco a abrazarle. Él me dedica una tierna sonrisa.

—Gracias, señorita.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabe. Estoy aquí de nuevo gracias a usted. Sé que hablé con su padre. Él mismo me lo dijo.

—No era justo que perdieras el trabajo por mi culpa.

—Siempre le estaré agradecido, pero, por favor, trate de no meterse en problemas.

—Parece que eso va a estar complicado. Mi querido papá ha contratado a un militar para contarle todos mis pasos. ¿Ya conoces a Lelo? —Giuseppe se acerca a él y le tiende la mano.

—Encantado, Lelo.

—Me llamo Leo. —Yo no puedo evitar reírme. Él me mira con cara de enfadado y Giuseppe se siente avergonzado.

—Lo siento, Leo, yo...

—No te preocupes. Parece que la niña, tiene ganas de juegos.

¿La niña? ¿Quién se cree este idiota que es? Espero que al único juego que juguemos él y yo, sea el de perdernos de vista muy pronto.

La mañana pasa rápido. Cuando salgo al descanso, aprovecho para mandarle un mensaje a Francesco por *Facebook*.

GABI_11:30

No te vas a creer la última de mi padre. ¡Me ha puesto un vigilante! ¡Lo que me faltaba! Ahora me acompaña a todos los lados. Creo que no va a ser fácil deshacerme de él. Las cosas cada vez van a peor. ¿Qué se supone que tengo que hacer? Dime que puedes venir esta tarde a casa, por favor.

Me contesta casi al momento.

FRANCES_11:32

¿Y está bueno tu vigilante? Jajajaja. Seguro que no es para tanto. Dentro de unos días a tu padre se le habrá olvidado, y el muchacho desaparecerá de tu vida. Deberías de preguntarle primero a tu padre si puedo ir. No quiero que tengas más problemas por mi culpa.

GABI_11:33

No te preocupes. Se lo preguntaré, pero no creo que ponga problemas. ¿Te quedas el fin de semana conmigo?

FRANCES_11:34

Está bien. Tengo ganas de conocer a tu guardaespaldas.

GABI_11:35

¡No te cachondees! Nos vemos luego. Un beso.

Eso es lo último que hablamos. Tengo que volver a clase de nuevo. Por suerte, la mañana pasa rápido, y cuando me quiero dar cuenta, Giuseppe me está esperando para volver a casa, por desgracia, no es el único. Lelo, también viene con él.

—¿Podrías marcar a mi padre, Giuseppe?

—Claro, señorita. ¿Ha ocurrido algo?

—Quiero preguntarle algo, y como me ha quitado el teléfono...

—Lo siento.

—No se preocupe. Se le pasará. Como siempre.

Giuseppe marca, y mi padre contesta casi al momento.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Mi hija está bien?

—Sí. No se preocupe, señor. Su hija quiere hablar con usted.

—De acuerdo. —Me da mucha rabia que mi querido guardaespaldas, tenga que enterarse de todo porque va el manos libres puesto.

—Hola, papá. Ya veo que te preocupas por mí, pero no piensas que, si de verdad sucediera, no podría avisarte, ya que me has quitado el teléfono.

—No va a pasarte nada, porque Leo está ocupándose de ti. No acepto el chantaje. Dime qué quieres. Estoy ocupado.

—Quiero que Francesco pase el fin de semana en casa conmigo. Me ha pedido que te lo pregunte.

—Creo recordar que estás castigada.

—¿También me vas a prohibir que le vea? Creo que tu castigo ya ha sido bastante duro. Tengo a un hombre pegado a mi culo todo el día. —Lelo me mira. «Ya quisieras tú estar cerca de mi culo», pienso.

—Está bien. Pero no podréis salir de casa.

—Lo sé.

—Tengo que colgar. Nos vemos esta noche.

—Adiós, papá. —Cuelgo.

—¿Quiere que vaya a buscar a Francesco, señorita? —pregunta Giuseppe.

—No. ¿Me dejas que haga una llamada?

—¡Claro! —Marco en la pantalla del coche el teléfono de Francesco, y le doy a llamar. Lo coge enseguida.

—¿Sí? —contesta.

—Soy yo, Gabi.

—¿Qué sorpresa! ¿Cómo que me estás llamando? ¿Qué has hecho con tu guardaespaldas *buenorro*? —¡Juro que voy a matarlo! ¿Cómo se le ocurre decir eso?

—Te llamo con el teléfono de Giuseppe. Estamos en el coche. —Se hace un silencio. Mi querido Lelo me mira, y se ríe. Se lo debe de estar pasando en grande con la metedura de pata de mi amigo.

—¡Vaya! Lo siento. ¿Le has preguntado lo del fin de semana a tu padre? —pregunta Francesco.

—Sí, por eso te llamo. No hay problema. ¿Quedamos en mi casa, o necesitas que Giuseppe te vaya a buscar?

—Iré más tarde. Tengo algo que hacer.

—Bien. Nos vemos luego. —Giuseppe cuelga, y el coche se vuelve a quedar en silencio. Lelo sigue con su risita, y yo en este momento odio a mi mejor amigo. ¿Cómo ha podido decir algo así? Ahora pensará que me gusta. ¡Maldito, Francesco!

El resto del camino, lo hacemos en silencio. Lelo no hace más que mirarme. Supongo que está esperando el momento exacto para burlarse de mí por el comentario de mi gran amigo.

Cuando llegamos a casa, él me sigue.

—¿Quieres algo? —pregunto.

—Tengo que saber dónde va.

—¿Piensas perseguirme hasta el baño? Yo no tengo problema, pero creo que a mi padre no le hará demasiada gracia ver cómo su hija se desnuda delante de ti, ¿no crees?

—No entiendo por qué tenemos que llevarnos mal. No me conoce para tratarme así.

—No quiero hacerlo. Has venido aquí para amargarme la vida. Mi padre y tú, pero no va a ser todo tan sencillo.

—Yo solo hago mi trabajo.

—¿Y cuál es exactamente?

—Cuidar de usted.

—No necesito que nadie me cuide. No quiero seguir hablando contigo. Aquí solo hay dos caminos: o estás conmigo, o estás contra mí.

—Bien. —Baja las escaleras, y veo como se dirige a la cocina. Yo subo y me meto en la ducha.

Su frase retumba en mi cabeza: *Cuidar de usted...* Yo no necesito que nadie lo haga. ¿Cree que soy una niña? No pienso darle el gusto de que mi padre le dé una palmadita en la espalda. Empieza la guerra.

Cuando salgo del baño, al cerrar la puerta, me encuentro con Leo detrás. Me asusto y la toalla cae al suelo. Él no para de mirarme.

—¿Se puede saber qué miras, idiota? ¿Qué haces ahí parado? ¡Me has asustado! ¿Podrías dejar de mirarme? —Me agacho para coger la toalla, y él se gira.

—Lo siento.

—¿Te gusta ver mujeres desnudas?

—Por supuesto. Lo que no acostumbro es a ver a niñas. —¡Será idiota!

—¡Quítate! Si vuelves a esperarme a que salga del baño, tu suerte no será la misma.

—¿Es una amenaza?

—Tómatelo como una advertencia.

Ando todo lo deprisa que puedo hasta mi habitación y cuando entro, me tiro en la cama.

¿De verdad ha sucedido eso? ¿Me he quedado desnuda delante de un hombre tan impresionante como él?

¡Gabi, espabila! Te ha dicho que eres una niña. Aunque... sus ojos no decían lo mismo.

Hoy está siendo un día duro.

Parece que mi querido militar no me va a poner las cosas demasiado fáciles.

Cuando estoy mirando mi cuaderno de canciones, alguien llama a la puerta. Puede que sea Francesco.

—Adelante —digo. Leo se asoma y me pregunta:

—¿Puedo pasar?

—Sí. Ya me has visto desnuda, no creo que te quede nada por ver. —Parece avergonzado con mi comentario.

—¿Puedo sentarme?

—Sí. —Lo hace en un lado de la cama y se frota las manos.

—¿A qué has venido?

—Quería pedirle disculpas. Estaba tardando demasiado en el baño, y subí para cerciorarme de que todo estaba bien. Después, todo pasó muy rápido. Lo siento. No tendría que...

—¿Haberme visto desnuda? No te preocupes. Solo soy una niña, ¿no? Tú mismo lo dijiste.

—No...

—No hace falta que digas nada, de verdad. Yo me asusté. Le podía haber pasado a cualquiera.

—No me gustaría que esto fuera un problema para...

—Lo sé: para mi padre. No te preocupes, no lo será. No le diré nada de lo que ha pasado.

—Gracias, señorita.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¡Claro! Si está en mi mano...

—Llámame, Gabi.

—No puedo hacer eso.

—Vamos a pasar mucho tiempo juntos, y no me gustan los formalismos.

—¿Mejor Gabriela? No me suena con tanta confianza.

—Si no queda más remedio...

—¿Amigos, entonces?

—Conocidos. —Me tiende la mano.

—Gracias. Tengo que irme. Prometo no molestar demasiado. —Me sonríe y se marcha de mi habitación.

Es un buen momento para coger mi diario.

Querido diario:

Las cosas en mi vida parecen complicarse por momentos. Estaba a un paso de alcanzar de nuevo mi sueño, y todo se ha vuelto a torcer de nuevo.

Puede que mi destino sea otro y que tenga que dejar la música de lado, y ser lo que todo el mundo espera de mí. Me gustaría pensar que puedo ser feliz de otra manera, pero sé que la música me da todo lo que tanto echo en falta en esta casa.

Mi padre ha decidido ponerme un guardaespaldas para tenerme controlada. Yo solo cuento los días para poder salir de esta casa. Olvidarme de él y de sus malditas normas.

Para colmo, Leo, el hombre que vela por mi seguridad, o más bien, por que no haga nada de lo que mi padre no quiere, es realmente guapo. Tiene los ojos más bonitos que he visto nunca. Su mirada es tan intensa que puede dejarte sin palabras en tan solo un segundo, pero no es para mí. Jamás podría serlo.

Hoy he pensado que de nada me vale luchar contra él. Le he encontrado sentido a la frase de: «Si no puedes con tu enemigo, únete a él».

Y eso pienso hacer. Ahora solo tengo un propósito: encontrar mi teléfono.

Francesco entra por la puerta.

—¿Ya estás escribiendo de nuevo? Algún día me gustaría saber qué es todo eso que guardas ahí.

—Solo son tonterías. —Lo cierro y lo vuelvo a dejar en el cajón—. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De la metedura de pata en el coche. ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—¿Cómo iba yo a imaginar que estaríais todos en el coche? Nunca pones el manos libres.

—Nunca lo hago cuando tengo mi teléfono, pero te estaba llamando desde el de Giuseppe.

—¿Qué ha dicho el *buenorro* cuándo lo ha oído?

—No ha dicho nada, pero sé que en algún momento lo usará en mi contra.

—¡No digas tonterías! ¿Crees que eres la primera que dice eso? No le he visto, pero para que tú digas eso de él, tiene que estar...

—¡Francesco!

—Vale, vale.

—Tengo que contarte algo más.

—Dispara.

—Me ha visto desnuda.

—¿Cómo? ¿Tú y él...?

—¡Por supuesto que no! Yo salía del baño y se cayó la toalla. Él estaba ahí parado.

—¿Hablas en serio?

—¡Claro que sí!

—¿Y él qué hizo?

—Mirarme. No había mucho más que hacer.

—¡Ha entrado por la puerta grande! ¿Vas a contárselo a tu padre?

—No. Le he dicho que no le diré nada, pero lo guardo para un futuro.

—¿En qué estás pensando?

—Tarde o temprano me va a deber un favor, y será ahí cuando me lo cobre...

—¡Eres malvada!

—No. Solo soy práctica. Por cierto, tenemos una misión.

—¡Miedo me das!

—Tenemos que conseguir mi móvil como sea.

—¿No lo tenía tu padre?

—Sí, pero tenemos que dar con él y encenderlo. ¿Te imaginas que me hayan llamado?

—No creo que sea fácil.

—Gracias por tus ánimos. Eres un gran amigo.

—Sabes que siempre te apoyo, pero... ¿cómo piensas conseguir el teléfono?

—Hoy mi padre vendrá a cenar, y después se irá a tomar una copa como hace todos los viernes.

Ahí entraremos en acción.

—Creo que te has olvidado del *buenorro*.

—Él no duerme aquí. Solo se encarga de protegerme cuando salgo.

—¿Estás segura?

—¿Crees que mi padre le dejaría dormir aquí?

—La verdad es que no. ¿Cómo lo haremos? Porque aquí siempre hay seguridad.

—Esperaremos a que todo el mundo se duerma e iremos al despacho de mi padre.

—Lo que cuentas parece sencillo, pero la realidad es muy distinta.

—No es tan complicado.

Después de explicarle el plan a Francesco, paso por paso, nos dirigimos al salón para cenar. Mi padre todavía no ha llegado, pero Leo está parado en la puerta.

—Buenas noches, Gabriela —dice él.

—Buenas noches, Leo. ¿Sabes algo de mi padre?

—Me dijo que en unos quince minutos estaría aquí.

—Bien. —Francesco me da un codazo—. Leo, quiero presentarte a Francesco. Es mi mejor amigo. Le tiende la mano.

—Encantando, Francesco.

—Igualmente, Leo.

—Nosotros vamos a la cocina.

—Bien. —Vamos andando y Francesco dice:

—¿De verdad ese hombre es el encargado de tu seguridad? ¡Madre mía! Pero si él es un peligro.

—¡Cállate! ¡Te va a oír!

—Yo en tu lugar estaría preocupada.

—¿Por qué?

—Ese hombre es demasiado atractivo. Vas a acabar enamorada de él.

—¡Por favor! ¡No digas tonterías!

—Ya me lo dirás, amiga. Guarda tu corazón bajo llave. Este hombre va a ser algo más que tu guardaespaldas. —No puedo evitar reírme ante el comentario de mi amigo. ¡Está loco! ¿Cómo voy a enamorarme de él? No tenemos nada en común. ¡Ay, Francesco!

Capítulo 3. Me debes una

Mi padre llega y nosotros ya estamos sentados en el salón. Se acerca a mí me da un beso, y a Francesco le toca el hombro en un gesto de cariño.

—¿Cómo estás, Francesco?

—Bien. Mis padres me han dado recuerdos.

—En cuanto acabe con mis compromisos, los llamaré para quedar con ellos. ¿Qué tal el día, hija?

—Fenomenal. Estudiando y encerrada. ¿Hay un plan mejor?

—Si no te empeñaras en hacer las cosas mal, todo sería distinto.

—No me apetece discutir.

—Esta noche tengo que salir, aunque no creo que tarde mucho.

—Todos los viernes lo haces, papá.

—Son compromisos.

Mi padre y yo vemos la vida muy diferente. A mí me gusta rodearme de la gente que me quiere; él, sin embargo, prefiere la compañía de personas que lo único que hacen es hacerle la pelota, simplemente para conseguir algo. A veces, creo que no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

Cuando terminamos de cenar, Francesco y yo nos subimos a la habitación. Leo está parado en la puerta del salón. Me mira, y Francesco vuelve a darme un codazo.

—Buenas noches, Leo.

—Buenas noches, señorita. Francesco...

—Buenas noches, Leo —repite mi amigo. De su boca va a salir alguna palabra, pero mi mirada lo frena a tiempo.

Cuando llegamos a la habitación, lo planeamos todo. Hasta la una no podremos llevar a cabo nuestro plan. Es cuando el servicio ya se ha acostado y prácticamente en la casa no queda nadie.

Francesco se tumba conmigo en la cama y comienza a acariciarme el pelo.

—¿Sabes, pelirroja? El otro día pensaba en algo.

—¿Y qué era?

—¿Crees que cuando tengas novio, entenderá nuestra relación?

—¿A qué te refieres?

—A que no somos amigos normales, como los que uno se encuentra por la calle.

—Lo sé. Fuiste el primer chico al que besé, el primero con el que dormí... pero sabes que lo nuestro nunca funcionaría.

—Supongo que convertirnos en amigos fue nuestro gran error.

—¿De verdad piensas que no entenderían nuestra relación?

—¿Qué pensarías si una amiga del *buenorro* se metiera en su cama para acariciarle y durmiera con él?

—¿A qué viene eso? Porque le sacas en todas las conversaciones. No lo entiendo.

—Porque sé que te gusta.

—Solo le conozco de dos días, y es aliado de mi padre. Jamás podría gustarme.

—No te creo nada. Ahora contéstame a la pregunta que te he hecho.

—Seguramente no me gustaría, pero tú y yo somos distintos. Llevamos muchos años teniendo esa relación, y nunca hemos tenido ningún problema.

—Porque hasta ahora no hemos tenido ninguna relación seria, pero ¿y cuando llegue ese momento?

—¿Por qué tantas preguntas? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Que no podamos tener la relación que siempre hemos tenido. —Le abrazo fuerte, y le digo:

—Nadie nunca cambiará la relación que tú y yo tenemos. ¿Me has entendido? No tienes que tener miedo de eso. ¿Acaso has ligado y no me lo has dicho?

—Sabes que te lo cuento todo. No me hagas caso. Últimamente estoy un poco sensible.

—Te quiero, y eso nadie lo va a cambiar.

—Yo también te quiero.

Nos pasamos varias horas charlando, riéndonos, cantando...

Hace muchos años que conozco a Francesco. Él siempre había sido el niño tímido de la clase, no era el más guapo, pero sí el más gracioso. Congeniamos enseguida.

Estuvimos estudiando juntos hasta que falleció mi madre. En ese momento, mi padre decidió que tenía que cambiar de colegio, y me separó de mis amigos.

Francesco venía todos los días a casa. Juntos, nos fuimos haciendo mayores, y compartíamos risas, llantos, e inquietudes.

Él fue al primer chico al que besé. Con el paso de los años, se convirtió en un chico guapo, aunque a mí ya me gustaba mucho antes. Todavía puedo recordar la tarde en la que me besó. Acabábamos de salir del cine, de ver una película malísima. Teníamos unos catorce años, y recuerdo que fuimos a un parque, y cuando nos cansamos de reírnos, él se acercó a mí y me besó.

Sería imposible olvidar ese beso, porque fue el más tierno que me han dado nunca. Yo no lo esperaba. Él y yo siempre habíamos sido amigos, y nunca había notado que yo a él pudiera gustarle.

Yo bebía los vientos por él, pero lo había disimulado muy bien. No quería perderle como amigo. No estaba dispuesta a ello.

Cuando se apartó de mí, me miró y me dijo: «me gustas mucho, Gabi. Hay muchas chicas por ahí, pero ninguna nunca será tan especial como tú».

Aquella frase quedaría grabada en mi mente para siempre.

Intentamos ser algo más que amigos, pero al final decidimos que nuestra amistad, era mucho más importante que todo eso.

Supongo que los dos aprendimos a querernos en silencio. Preferimos la amistad, por encima del amor.

Durante un tiempo, dejamos de contarnos nuestros líos amorosos, porque a ambos nos dolían. Parece la historia más absurda del mundo, pero es así de real.

Cuando cumplí los quince, perdí la virginidad con un idiota llamado Teo. Era el guapo del instituto, y yo caí en sus redes. Lo nuestro fue un visto y no visto.

Cuando Francesco se enteró de lo ocurrido, no pudo hacer otra cosa que ir a pegarle. Los celos pudieron con él. Esa noche, ambos, nos sinceramos.

—Nos puedes ir pegándote por ahí como si fueras un bestia. No tenías que hacerlo. —Yo le curaba la herida de la ceja.

—Lo sé, pero no tenía otro remedio. Estaba muerto de celos.

—¿Celos, Francesco? Pensaba que lo nuestro ya estaba resuelto.

—¿De verdad lo creías? Has perdido la virginidad con un idiota al que ni siquiera quieres. Me duele el alma, Gabi. —Sus palabras me hicieron llorar, porque yo también me sentía culpable por lo que había hecho. Me hubiera gustado que él fuera el primero. Yo seguía enamorada de él, y este maldito pacto de ser amigos, me estaba matando.

—Quizás, lo mejor sea que dejemos de vernos. Creo que ambos nos hacemos daño. No sé cómo actuar. Ni siquiera sé si fue buena idea ese maldito pacto nuestro.

—No pienso dejar de verte. ¿Me oyes? Prefiero morirme a estar lejos de ti. —Sus ojos se llenaban de lágrimas, y sus palabras hacían mella en mi corazón. Nos abrazamos y nos besamos. Ese día, rompimos nuestra promesa. Hicimos el amor, y Francesco dejó en mí el recuerdo más bonito. Él me quería, y no lo hacía como cualquier persona, lo hacía con el alma.

Pasamos la noche juntos, como otras muchas, pero esa fue especial. Los dos dejamos que nuestros sentimientos salieran. Nuestra amistad seguiría ahí, pero el amor que nos teníamos, también.

No volvimos a hablar del tema, y desde entonces, hasta ahora no hemos vuelto a hablar de lo que sucedió esa noche.

Nunca me he atrevido a preguntarle si me sigue queriendo, al igual que él nunca lo ha hecho conmigo.

Supongo que esa noche cerramos un capítulo. Él volvió a ser mi amigo, y jamás volvimos a tener intimidad. Ni siquiera un beso.

Tenemos la confianza para abrazarnos y querernos. Seguimos durmiendo juntos, aunque yo he comprendido que lo nuestro nunca funcionará. Le quiero, pero puede que tener una relación no

fuera lo mejor para nosotros.

Francesco me acaricia la frente.

—¿En qué piensas? Te has quedado muy pensativa.

—En nada. Solo recordaba.

—Tengo el poder para saber cuándo me estás mintiendo.

—Recordaba nuestra breve historia de amor.

—¿De verdad te pareció breve?

—¿A ti no?

—Quizás, si me preguntaras cuánto tiempo estuve enamorado de ti...

—Puede que si me lo preguntaras tú...

—Yo pensé que...

—¿Que no estaba enamorada de ti? ¡Como una idiota! Mucho antes de que me dieras ese primer beso.

—¿Y por qué te acostaste con otro?

—Tú siempre estabas lleno de ligues.

—No es excusa. Siempre pensé que tú y yo...

—Yo también. Deseaba que así fuera, pero todo se torció. El maldito pacto de amistad no nos dejó ser felices del todo.

—Nunca tendríamos que haber hecho algo así.

—Claro que no. Solo teníamos que querernos. Qué mal lo hicimos, ¿verdad?

—Sí. Yo siempre pensé que te acostaste conmigo por pena.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Jamás tocamos el tema. Dormimos abrazados, pero a la mañana siguiente, tú estabas distante, por eso decidí alejarme.

—Yo pensé lo mismo. Creí que no podíamos estar juntos.

—¿Me estás diciendo que podríamos haber estado juntos desde hace años, y por no hablar las cosas, seguimos siendo amigos? —Asiento. A mí también me parece increíble. Nunca volvimos a hablar del tema, y yo entendí que, entre nosotros, todo estaba dicho.

—Tampoco nos ha ido tan mal como amigos, ¿no?

—No es eso, Gabi. —Parece enfadado.

—No tenía que haber dicho nada.

—Tendrías que haberlo hecho mucho antes.

—Lo siento. Lo mejor será que lo olvidemos. Centrémonos en conseguir el móvil. Necesito saber si se ha producido esa llamada, Francesco.

—De acuerdo, pero esta conversación no se acaba aquí.

—Hablares de ello. —Le digo eso, aunque en el fondo, yo soy la primera interesada en no volver a mencionar el tema. Sufrí demasiado por no poder estar con él, y no sé si será bueno volver a recordar todo lo que sucedió hace unos años.

—¿Crees que ya estarán dormidos?

—Podemos hacer una inspección. Acuérdate. Tú te quedarás abajo en la escalera por si alguien sube, y yo entraré en el despacho de mi padre. Desde allí será más fácil ver si alguien entra.

—¿Estás segura de que no prefieres que me quede en la puerta del despacho?

—No. Necesito que me avises si alguien sube o baja; si estás en la puerta, no podrás darte cuenta.

—Entendido.

—¿Preparado?

—Sí.

—Espero que todo salga bien.

—Saldrá.

Francesco baja por la escalera, y cuando veo que ya está en buena posición, me acerco lentamente al despacho de mi padre. La puerta está cerrada con llave, pero, por suerte, venía preparada. Saco mi copia del bolsillo y abro despacio. Entro sigilosamente, y entorno la puerta.

Me voy directa a la mesa, me agacho y comienzo a abrir los cajones. En los principales no hay nada, pero sé que mi padre siempre guarda las cosas importantes en el que tiene llave. Me quito una horquilla que llevo en el pelo y lo fuerzo sin problemas. En estos años, he tenido que aprender algunos trucos.

Consigo abrirlo y, por fin, veo mi móvil. Lo cojo y lo enciendo.

Cuando estoy a punto de desbloquearlo, alguien me agarra por la cintura, y me tapa la boca.

Puedo sentir sus dedos en mi cadera. Trato de gritar, pero es inútil, así que no me queda otra que morderle. Cuando lo hago, él grita mi nombre:

—¿Gabriela, joder!

—¿Leo? ¿Eres tú?

—¡Claro que soy yo!

—¿Qué haces aquí?

—Esa es la misma pregunta que quería hacerte yo.

—Estaba buscando algo.

—¿De noche? ¿A escondidas?

—Sí.

—No te creo nada. Tenías un móvil en la mano.

—Sí. Eso estaba buscando. Necesito mirar algo.

—Gabriela, oí cuando tu padre dijo que no podías coger el teléfono.

—Sí, pero tú no lo entiendes.

—¿Qué tengo que entender? ¿Que esperas a que todo el mundo esté dormido para coger el móvil?

—No es el móvil. Necesito mirar algo importante.

—Vete a la cama, Gabriela. A tu padre no le gustará esto.

—¿Vas a contárselo?

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué? Si lo haces se llevará el móvil y jamás sabré...

—¿El qué?

—No puedo decírtelo.

—Si no lo haces, yo tampoco podré ayudarte. —Mis lágrimas comienzan a salir.

—¡No lo entiendes! De ese móvil depende mi vida, mi futuro. No puedes decírselo. Arruinarás mi vida como lo hace siempre él.

—Vete a dormir —me dice muy serio.

—Leo, por favor, no lo hagas. Te lo suplico. Pídeme lo que quieras, pero, por favor, no hagas que quite el móvil de ahí, es mi única salida. —Él me mira, pero no es capaz de decirme nada, y yo me doy cuenta de que acabo de perder la batalla. Está aquí para complacer a mi padre y decirle que me ha pillado en su despacho, y que no haya logrado lo que quería, será un punto a su favor.

Salgo del despacho con la cara cubierta de lágrimas.

—Buenas noches, Gabriela —le oigo decir.

Francesco sube deprisa, y me abraza.

—¿Qué ha pasado? —Veo a Leo en la puerta—. ¡Mierda! ¿Has conseguido ver la llamada? —pregunta.

—No. —Vuelvo a llorar desconsoladamente.

—Vamos a dormir. Mañana lo verás todo de otra manera.

Esa noche no puedo parar de llorar en los brazos de Francesco, sé que mi sueño ha acabado. Leo le contará todo a mi padre, y cualquier intento por conseguir mi felicidad, se verá reducido a nada.

Él solo quiere sumar puntos con mi padre, y qué mejor ocasión que esta para demostrarle lo bueno que es en su trabajo.

Francesco, no se separa de mí en toda la noche, y yo se lo agradezco.

Lo que más necesito en este momento es que él esté a mi lado.

A la mañana siguiente...

Al despertarme, puedo ver que estoy encima de Francesco, el pobre apenas se ha movido. Se ha pasado toda la noche abrazándome, hasta que el algún momento, me quedé dormida.

—Hola, preciosa. ¿Has conseguido dormir algo?

—Supongo que sí. Siento que hayas tenido que dormir así.

—Yo no me he quejado.

—Lo sé.

—¿Estás más tranquila?

—No. Temo el momento en el que mi padre me llame.

—¿De verdad crees que se lo contará?

—Estoy segura. ¿Por qué no iba a hacerlo? Está aquí para agradecer a mi padre. ¿Piensas que va a dejar pasar la oportunidad de colgarse una medallita con él?

—A lo mejor te confundes.

—Lo dudo mucho.

—¿Bajamos a desayunar?

—¿De verdad crees que es necesario?

—¡Gabi!

—Está bien. Voy a vestirme.

En diez minutos estamos en el salón. Mi padre nos da los buenos días. Parece tranquilo leyendo el periódico. Nos pregunta qué tal nuestra noche, y los dos nos miramos. «¿Será una pregunta trampa?», pienso.

Cuando estamos acabando de desayunar, Leo aparece. Mis manos comienzan a temblar.

—Buenos días. Señor, ¿puedo hablar con usted? —pregunta.

—Por supuesto. Nos vemos luego, chicos —dice mi padre.

—Te lo dije. Solo busca la palmadita en la espalda —le digo a Francesco.

—Yo todavía no lo tengo claro.

—¿Qué más pruebas necesitas?

Francesco y yo esperamos ansiosos la vuelta de mi padre. Por fin lo hace. Leo y él están parados en la puerta, y mi padre me mira con semblante serio.

—Gabi, te espero en mi despacho —dice eso y sube hacia allá.

—Te lo dije —le digo a Francesco.

Cuando subo las escaleras, me paro un momento para mirar a Leo.

—Eres un chivato —Él no dice nada y me clava la mirada.

Yo subo al despacho, y me siento.

—Ya estoy aquí —digo.

—Quiero que me expliques algo.

—Dime.

—¿Qué ocurrió anoche?

—No sé lo que te habrá contado Leo, pero tienes que escucharme.

—Eso hago, escucharte.

—Yo solo quería...

—Alguien entró en mi despacho anoche. Las cámaras me avisaron desde el móvil, pero en la cinta no aparece nada a esa hora. Leo me ha dicho que tú no te moviste de casa, y que a él también le saltó el aviso, y subió por si tenía que protegerte. Me dijo que os encontrasteis en el pasillo. ¿Es cierto? —Por un momento, pienso en todo lo que me está diciendo mi padre. *¿No ha contado*

nada de lo que pasó anoche? ¡No puedo creerlo!

—Francesco y yo estuvimos viendo películas en la habitación, a medianoche bajó a por un vaso de agua, y yo fui al baño. Ahí fue donde me encontré con Leo.

—No sé qué está pasando, pero está claro que tenemos que tener precaución. Puede que haya alguien en esta casa que quiere sacar algún tipo de información, o hacernos daño. Quiero que cualquier cosa rara que veas, nos la comuniques a Leo o a mí. Él está a cargo de tu seguridad.

—¿No crees que estás exagerando, papá?

—Tal vez, pero, por si acaso, prefiero estar atento.

—Está bien. Cualquier cosa os lo diré.

—¿Todo bien? Parecías nerviosa cuando has entrado.

—Sí. Contigo una no sabe nunca lo que esperar. Te pasas la vida regañándome.

—Sé que a veces soy un poco duro contigo, pero solo quiero lo mejor para ti.

—¿A veces? Papá...

—Quiero confiar en ti, pero no me lo pones nada fácil, Gabriela.

—Hace tiempo que olvidaste lo que es eso.

—¿Tan difícil es llevarnos bien? Soy tu padre. No quiero nada malo para ti.

—Y si es así, ¿por qué no me preguntas qué es lo que me hace feliz?

—¿Qué es lo que te hace feliz?

—Que me dejes ser quien quiero ser, y no alguien que tú has elegido.

—Yo también quiero que dejes de ser una rebelde.

—¿No has pensado que soy así gracias a ti? Tú siempre me has impuesto las cosas. Nunca me has preguntado lo que de verdad me importa.

—¿A dónde quieres llegar, Gabriela?

—A que confíes en mí, que tenga que dejar de esconderme o escaparme para hacer lo que realmente me gusta.

—Trataré de ser más tolerante.

—Bien. Me voy, no quiero dejar tanto tiempo solo a Francesco. —Cuando voy a salir del despacho, la voz de mi padre me detiene:

—Gabriela...

—¿Sí? —Veo como mete la mano en su cajón, y me da mi teléfono.

—Es un buen paso, ¿no?

—¿Puedo cogerlo?

—Sí. Solo quiero que me demuestres que puedo confiar en ti.

—Lo haré, papá. Te lo prometo. —Me acerco a él y le doy un beso.

¿Ya está? ¿Así de fácil? Casi me pillan anoche, y ahora con una simple conversación, tengo mi móvil en la mano. Tengo que hablar con Leo.

Cuando bajo al salón, me encuentro con Leo.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto.

—Sí.

—Vamos al jardín. Te veo ahora, Francesco. —Él asiente con la cabeza.

—Quería pedirte perdón. Me he equivocado contigo.

—No sé muy bien qué buscas, Gabriela, pero esta es la última vez que te cubro. No quiero problemas con tu padre. Yo solo he venido aquí a trabajar. Espero que lo que sucedió anoche, no vuelva a pasar; ni eso, ni nada parecido. No pretendo que seamos amigos, pero tampoco creo que nos tengamos que hacer la vida imposible. Tú eliges el camino. Si decides ir por las malas, yo también lo haré. No volveré a cubrirte con tu padre. Él confía en mí.

—¿Por qué lo has hecho entonces?

—Porque te debía una, pero no quiere decir que siempre vaya a sacarte las castañas del fuego. Tu padre me ha contratado con un fin, y pienso cumplirlo.

—Ya lo he entendido. Solo quería agradecerte que no le contaras nada. Ha sido importante para mí que no lo hicieras.

—Espero no tener que hacerlo más.

—Gracias —digo eso y me marcho con Francesco.

No esperaba que él fuera a cubrirme delante de mi padre. Igual que no sabía que mi padre tenía cámaras en el despacho. Supongo que él también dudaba de mí.

Ahora los dos estamos en paz. No nos debemos nada, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo con su presencia.

Me gustaría que mi padre confiara en mí, pero sé que él jamás aprobaría lo de mi carrera de cantante. Ya me lo dejó claro una vez.

Puede que no sea lo correcto, pero prefiero conseguir mi sueño.

Capítulo 4. La llamada

Cuando le cuento todo a Francesco, enciendo el móvil para saber si la llamada se ha producido.

Espero unos minutos, pero no aparece ningún mensaje.

Puede que no les gustara tanto como yo había imaginado.

—A lo mejor es pronto para la llamada —dice Francesco.

—Gracias por animarme, pero tú sabes que no es así. Sí hubiera sido una de las elegidas, esa llamada estaría en mi teléfono.

—¡Gabi, te acaba de llegar un mensaje! —grita Francesco. Lo abro corriendo, y hay una llamada de un número privado.

—¡Es un número privado! ¿Cómo vamos a saber si eran ellos?

—Dame un segundo —dice mi amigo. Veo que saca su teléfono, y marca un número. Se aparta un poco de mí, y le oigo hablar.

—Hola, Dinamo. Soy Francesco. Mira, tengo un problema, mi amiga estuvo en el bar haciendo una prueba hace unos días, pero su móvil se estropeó y estuvo apagado. Lo hemos encendido y hemos visto una llamada de un número privado. No sabemos si han sido los organizadores. ¿Tú podrías confirmármelo? De acuerdo, espero.

—¿Qué pasa? —pregunto nerviosa.

—Va a mirarlo. —Unos segundos después, Francesco vuelve a la conversación.

—Gracias, Dinamo. Se lo diré. Nos vemos pronto. —Francesco cuelga, pero no dice nada.

—¿Qué te ha dicho? ¿Sabe algo? ¿Han sido ellos?

—Gabi..., lo siento. —Su respuesta hace que la sonrisa se borre de mi cara.

—No te preocupes. Sabía que podía pasar.

—¡Yo también! ¡Te han cogido!

—¿¡Qué!? ¿Lo dices en serio?

—¿Crees que bromearía con algo así? Hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Te esperan esta noche para una última prueba. Es la decisiva. Solo se han quedado con tres personas. Estás a tan solo un paso.

—¿Y cómo voy a ir? Sabes perfectamente que mi padre me tiene vigilada. ¿Te recuerdo que ahora tengo un tío pegado a mi culo todo el día?

—Lo sé, pero de alguna manera tendremos que librarnos de él. ¿Piensas perder esta oportunidad? Estás muy cerca de lograr lo que siempre has querido.

—¿Tienes algún plan?

—No te preocupes. Estoy seguro de que se me ocurrirá algo.

Todavía no puedo creer que me hayan seleccionado. Estoy a un pequeño escalón de conseguir lo que tantos años he esperado, aunque parece que las cosas no van a ser fáciles.

No solo tengo que salir de esta casa, también librarme de mi querido guardaespaldas.

Si anoche fue capaz de pillarme en mi propia casa, si salgo fuera, será mucho más fácil.

Ya me advirtió que no iba a volver a cubrirme, aunque puede que arriesgarme merezca la pena por conseguir mi sueño.

No puede ser tan complicado deshacerme de él. Seguro que Francesco da con la solución.

Pasamos la tarde pensando en un plan para poder salir de casa. Hay que estar en el bar antes de las doce de la noche. No será fácil, pero lo conseguiremos.

—Voy a ir a por algo de beber. ¿Te apetece algo? —le pregunto a Francesco.

—Lo que tú quieras. Voy a llamar a mi madre mientras que bajas.

—Dale saludos de mi parte.

Cuando estoy en el último escalón de la escalera, caigo redonda al suelo. La chica del servicio grita desesperada, y Leo aparece corriendo.

Levanta mi cabeza, y me habla:

—¡Gabriela! ¿Estás bien? ¡Joder! ¡Responde!

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué no reacciona?

—Parece que ha sufrido un desmayo. ¿Puede traer un poco de alcohol?

—Por supuesto que sí. —La chica obedece inmediatamente. Leo me coge en brazos y me tumba en el sofá. Me pone un poco de alcohol en la nariz, y abro lentamente los ojos.

—¡Se está despertando! —grita la chica.

—Gabriela, ¿estás bien? —Cuando consigo abrir los ojos del todo, me encuentro con la intensa mirada de Leo. Me acaricia el pelo lentamente, y puedo ver una media sonrisa en sus labios.

—¿Cómo te encuentras? —vuelve a preguntar.

—Un poco aturdida. ¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Te desmayaste. ¿Lo recuerdas?

—No. Solo me acuerdo de estar bajando las escaleras.

—No te preocupes. Llamaremos a un médico para que te examine.

—No hace falta, de verdad. Solo necesito descansar.

—Todos nos quedaríamos más tranquilos si viniera. Tu padre no vendrá esta noche.

—No le avises, por favor. No quiero preocuparle. Solo ha sido un mareo. Puede que sea por descansar poco.

—Está bien. Entonces será mejor que descanses. —Trato de incorporarme, pero mi cuerpo se tambalea.

—Gabriela, no estás bien. Deberíamos...

—No te preocupes. Comiendo algo y durmiendo un poco se me pasará.

—Te ayudaré a subir. —Leo pone una mano en mi cintura y me sujeta a su hombro. En ese momento, los nervios pueden conmigo, y temo que se dé cuenta de lo que provoca en mí.

Cuando estamos subiendo, Francesco baja a toda prisa.

—¿Qué ha ocurrido? Gabriela, ¿estás bien?

—No te preocupes. Solo ha sido un mareo.

—¿Cómo?

—Francesco, estoy bien. No te preocupes, por favor. —Veo como clava su mirada en Leo.

—Ya puedo subirla yo, Leo.

—No me molesta.

—De verdad, puedo hacerlo. —Leo se despega de mí. Y es Francesco el que me coge. Mi querido Lelo me mira con cara de desconcierto, y yo solo puedo decir:

—Gracias, Leo.

—No hay de qué, Gabriela.

Subimos las escaleras y Francesco me lleva a la habitación.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro perfectamente.

—No lo parecía ahí abajo.

—Parece que no me conoces. Solo ha sido un plan. Necesitamos salir sin que sospechen nada, ¿no? Solo he dejado el camino libre.

—¿Me estás diciendo que el mareo ha sido mentira?

—Tu plan para salir de aquí no era el mejor, Francesco. Tenía que hacer algo rápido.

—¿Sabes el susto que me has dado? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no hubiera salido tan bien. ¿Has visto como todo el mundo se lo ha creído?

—No me gusta que juegues con esas cosas.

—A mí tampoco, pero no teníamos tiempo para pensar en otra cosa.

—Parece que yo no era el único preocupado.

—¿Lo dices por Leo?

—¿Por quién sino? Parecía encantado con tenerte al lado.

—Antes no te importaba mi guardaespaldas *buenorro*. ¿Qué ocurre ahora?

—No ocurre nada. Arréglate. No querrás llegar tarde, ¿verdad? —dice eso y no vuelve a pronunciar palabra. *¿Qué le pasa? ¿Está celoso de Leo? ¡Claro que no! Eso no tiene sentido.*

Nos arreglamos, y Francesco baja a la cocina para que nadie sospeche nada.

Cuando sube, me dice que Leo ha preguntado por mí, y que le ha dicho que me iba a subir un par de pastillas, y que me iba a dormir. Me dice que parecía preocupado de verdad.

Prefiero no pensar en esa última frase y seguir con nuestro plan.

Capítulo 5. Un mal plan

Antes de las once, salimos por la puerta de servicio, Francesco ha pedido un taxi que nos espera en la esquina de la casa. Hemos conseguido despistar a los de seguridad y, sobre todo, a Leo.

Parece que por fin las cosas van a salir bien.

Media hora más tarde, llegamos al bar.

Nos dicen que tenemos unos cuarenta minutos para ensayar. Hay tres personas más. Recuerdo sus audiciones, y me doy cuenta de que el listón está muy alto, pero yo nunca pierdo la esperanza.

Estar aquí ya es un gran paso.

El tiempo pasa muy deprisa, y cuando me quiero dar cuenta, estoy subida de nuevo a ese escenario con mi guitarra, a punto de cumplir mi sueño.

Sería imposible describir con palabras lo que siento cada vez que muestro al mundo mi música, ni cómo me siento cada vez que mis dedos rozan las cuerdas de mi guitarra.

Creo que mi madre estaría muy orgullosa de mí. Eso me mantiene con la cabeza fría para seguir adelante.

Me bajo del escenario entre aplausos, y busco los brazos de Francesco. Él me abraza con cariño y me da un tierno beso en la mejilla, después de dedicarme unas tiernas palabras.

No hay nada decidido todavía, y la espera cada vez se hace más larga.

—¿Nerviosa? —pregunta Francesco.

—A ti no puedo engañarte; lo estoy. Ha sido un gran paso llegar hasta aquí. Estoy preparada para perder, pero...

—¿Me vas a decir que no estás preparada para ganar? ¿Me lo estás diciendo de verdad, Gabi? Tú mejor que nadie sabes que puedes conseguirlo. Llevas años detrás de esto. ¿De qué tienes miedo?

—¿Crees que mi padre va a consentir que yo me dedique a esto?

—Eso ya lo sabías cuando empezaste. No te queda mucho para cumplir los veinte, y tu padre no podrá decidir por ti.

—Para mí falta mucho para eso aún, y me da miedo tener que renunciar a lo que quiero.

—No pienses en eso ahora. Si ganaras, podríamos negociar con ellos. Todo el mundo puede entenderse. Solo te pido que visualices en tu mente la oportunidad que tienes. ¿Crees que puedes?

—Cierro los ojos y lo hago.

—Puedo.

—Bien. En ese caso, mantén vivo ese sueño. —Las palabras de Francesco me hacen sonreír.

Después de media hora, por fin se deciden a dar el nombre del ganador. Uno ha quedado fuera, y ahora la cosa está entre un chico que es pura sensibilidad y yo. Las cartas están echadas, y solo queda coger aire.

Al saber que no soy la ganadora, Francesco me coge la mano.

—Estoy muy orgulloso de ti —me dice con una tierna sonrisa.

—Lo sé. No ha podido ser, pero estoy bien. Quizás era lo mejor.

—No digas eso. Eran rivales muy duros, pero yo sigo creyendo en ti. Sé que tarde o temprano, llegarás muy lejos.

—Agradezco tus palabras, Francesco, pero no tienes que consolarme. De verdad, estoy bien. Estaba preparada para esto.

El ganador se acerca a mí, y alaba mi actuación, algo que agradezco. Después son los organizadores lo que se acercan a mí y me dan la enhorabuena. Ha sido un duelo duro, y yo también lo sabía.

Cuando todo termina, decidimos ir a casa. Hacemos el camino en silencio. Tengo una sensación extraña en el cuerpo. Una angustia se apodera de mí, y pienso que es por los nervios de todo lo que ha sucedido hoy.

La llegada a casa sigue siendo silenciosa. Son más de las tres, y todas las luces están apagadas. Entramos en el salón casi de puntillas, cuando alguien enciende la luz. Es mi padre. Está frente a nosotros, y parece que no tiene la mejor de sus caras.

—Papá, ¿qué haces aquí? ¿No estabas...? —No me deja acabar la frase. Me mira con gesto serio y dice:

—Cada vez que confío en ti, me traicionas. ¿Qué se supone que debo de hacer contigo, Gabriela? ¿A qué estás jugando?

—Solo hemos ido a tomar el aire.

—¿Me tomas por tonto? —Saca su móvil del bolsillo, mueve dos veces la pantalla y me lo enseña. ¡Estoy perdida!. Tiene una foto mía subida en el escenario, hace tan solo unas horas. Le miro sin saber qué decir.

—¿También vas a negarme que has estado ahí? Dime, Gabriela. —Agacho la cabeza. Lleva razón. No hay nada que pueda decir para justificarme. Francesco sale en mi ayuda.

—No me gusta meterme en estas cosas, pero creo que deberías de escucharla. Las cosas no son como imaginas. Gabriela solo tiene miedo.

—Te aprecio mucho, Francesco, pero esto no es de tu incumbencia. Además, me siento tremendamente defraudado contigo. Creía que eras una persona responsable, y tú acompañas a mi hija en todas sus locuras. Mañana volverás a tu casa. Ahora déjanos solos, por favor. —Francesco me aprieta la mano y obedece a mi padre.

—Me gustaría que me explicaras de qué va todo esto. ¿Qué hacíais en ese local? Creía que te

había dejado claro que no quería ese tipo de vida para ti.

—Sí, lo hiciste, pero no contaste conmigo para tomar esa decisión. No me has preguntado qué es lo que me hace feliz. Te limitas a hacer de mi vida algo con lo que yo no estoy de acuerdo. No tienes en cuenta nada de lo que te digo. No te importa nada más que tu vida política.

—Solo quiero lo mejor para ti, y lo dos sabemos que esa vida no lo es. ¿Crees que la hija del ministro puede cantar en un bar de mala muerte?

—¿Eso es todo lo que te importa? ¡Siempre tu maldita vida de ministro!

—He luchado mucho para tener todo lo que tenemos ahora. No puedo perderlo por una insensatez tuya, ¿me entiendes?

—Te importa más lo material que el bienestar de tu propia hija. Deberías de mirar en qué te has convertido.

—Cuando madures, entenderás que todo esto es por ti.

—No tengo que madurar para darme cuenta de que haces las cosas en tu propio beneficio. Deberías de pensar más en la familia, y no en el qué dirán de cuatro idiotas que lo único que quieren es seguir dándote palmaditas en la espalda para conseguir algún beneficio. Quizás, no sea yo la que tiene que madurar, señor ministro.

—No pienso seguir discutiendo contigo. Dame la guitarra.

—No.

—Gabriela, no estoy de humor. Dame la guitarra.

—No voy a dártela. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Llevarla al lugar donde tenía que haber estado siempre. —Da un paso hacia mí e intenta arrebatármela.

—¡No pienso dejar que caiga en tus manos! —Después de forcejear, él consigue su propósito: me quita la guitarra. Las lágrimas recorren mis mejillas—. ¿Por qué haces eso? ¿No te cansas de hacer de mi vida un infierno?

—Tú haces que sea así. Me desobedeces constantemente. ¿Crees que me gusta esta situación? Tu maldita rebeldía es lo que nos separa.

—No te equivoques, papá, eres tú quien nos separa.

—Vete a tu cuarto. —Miro apenada la guitarra—. No te preocupes por ella. No volverás a verla. Te dije que te olvidarás de esa tontería de cantar, y has hecho lo que has creído oportuno, pero se acabó.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Me aseguraré de que no vuelvas a verla.

—Yo me encargaré, señor. —La voz de Leo resuena en el salón.

—¡Tú, claro! ¡Tenía que haberlo imaginado! —digo. Él no contesta y me mira con semblante serio. Mi padre le tiende la guitarra y añade:

—Espero que te ocupes bien de ella. No quiero volver a verla.

—No se preocupe, señor.

—¡Eres un malnacido! Sabía que no debía fiarme de ti.

—Veo que ya está recuperada de su mareo, señorita. —Lo dice a modo de burla.

—Llegarás lejos, Leo. Me alegro de haber confiado en ti —dice mi padre.

—Sí, debajo de tu culo, como todos. —añado.

—¿Qué has dicho, Gabriela?

—Dime, papá, ¿no te cansas de que todo el mundo te quiera por interés? El único cariño verdadero era el mío, y acabas de perderlo para siempre. Cuento los días para largarme de esta casa, y sacarte de mi vida para siempre. —Subo corriendo las escaleras. Oigo la voz de mi padre gritando mi nombre.

Entro en la habitación y Francesco me abraza.

Esa noche vuelvo a quedarme dormida entre sus brazos. Es lo que necesito: sentir que le importo a alguien en este mundo de mentiras.

Capítulo 6. Te odio

La mañana del sábado resulta ser terrible. Francesco se marcha dejándome sumergida en una profunda soledad.

No salgo de mi habitación ni para comer, pero la chica de la cocina me prepara un sándwich y me lo sube. Le doy un par de bocados, y vuelvo a mis pensamientos, tan distintos a los de ayer.

Todo era felicidad. Había conseguido engañar a todo el mundo para poder salir, pero el maldito Lelo tuvo que estropearlo todo. Pensé que me había dado una tregua, pero está claro que me equivoqué.

Todos los que aparecen en la vida de mi padre son iguales. Solo giran en su propio beneficio.

Todavía no sé cómo pudo dar conmigo. ¿Tan mal lo hicimos?

Por suerte, al día siguiente, puedo decirle todo lo que pienso de él.

El domingo, después de comer, alguien toca a la puerta, pero ni me molesto en contestar. Abren y entran. Es él: Leo.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Yo creo que sí. Venía a disculparme. Quiero que entiendas que no tengo nada contra ti, simplemente estoy haciendo mi trabajo. Tu padre me contrató para eso.

Tenía la información de informarle de que no estabas en casa. Sé que la relación que tenéis no es demasiado buena, pero quiero que sepas que él te quiere mucho.

—¿Y tú qué sabes? ¿Llevas dos días aquí, y te crees con el derecho a opinar sobre la relación que tengo con mi padre?

—Hablo de lo que veo y oigo.

—No te metas en asuntos que no te importan. Límitate a hacer tu trabajo, y nada más. Hasta ahora, hacerle la pelota a mi padre se te ha dado bastante bien.

—Yo no tengo que hacer nada de eso. Estoy aquí para trabajar.

—Eso dicen todos.

—Mira, Gabriela, no estoy acostumbrado a tratar con niñas de papá, pero necesito el trabajo. He venido a pedirte que firmemos la tregua. No quiero problemas contigo.

—¿Cómo? ¡Ni loca! ¡Mucho menos después de lo que has hecho!

—No te he hecho nada.

—¿De verdad? Ser el aliado de mi padre para que mi vida sea un infierno.

—Yo...

—No hace falta que digas nada. Vete de aquí. No quiero seguir hablando contigo. —Leo, tras mis palabras, se marcha de la habitación, pero antes se disculpa de nuevo:

—Lo siento, Gabriela.

¿Qué es lo que siente exactamente? ¿Haberse aliado con mi padre? ¿Quitarme la guitarra? Él nunca entenderá lo que significa para mí.

Durante toda la semana, mi padre y yo apenas nos cruzamos. Un *buenos días* o *buenas noches* son las únicas palabras que nos dedicamos. Me paso el día encerrada en la habitación, pero una tarde decido bajar a la piscina climatizada a darme un baño.

Cuando casi he atravesado medio jardín, alguien me coge del brazo. Me doy la vuelta y es Leo. Le doy una patada y comienzo a correr, él se incorpora y me sigue. Consigue alcanzarme. Me coge de la cintura, forcejeamos y ambos caemos al suelo. Pone sus manos encima de mi cabeza, y me mira fijamente a los ojos.

Mi corazón comienza a latir cada vez más fuerte, y los nervios se apoderan de mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunto indignada.

—Seguirte y protegerte. Es mi trabajo.

—¿De qué estás hablando? ¿Piensas que voy a escaparme?

—No me fío de ti. Podrías haber salido por la cocina, y has decidido dar la vuelta por el jardín.

—¿Me crees tan estúpida como para escaparme?

—Tienes razones para hacerlo.

—¡Tú qué sabrás! Además, sé que me sigues constantemente. ¿Crees que no me doy cuenta?

—Lo haces francamente mal. —Acerca su cara a la mía, y consigue que mi respiración se acelere.

—¡Suéltame! No voy a escaparme. Solo quiero darme un baño. ¿Crees que, si me fuera, tendría el bañador puesto? —Me mira desconcertado—. Puedes comprobarlo si quieres. —Él me suelta, se pone de pie y me tiende la mano. Me incorporo y me sigue mirando—. ¿Vas a bañarte conmigo por si tengo una salida secreta en la piscina? —Aparece una media sonrisa en su cara.

—No, Gabriela. Puedes irte tranquila.

—Gracias.

—Una cosa.

—¡Sorpréndeme!

—No soy tu enemigo. Tienes una idea equivocada de mí.

—¿Me vas a decir que quieres ser mi amigo?

—Podemos llevarnos bien.

—No me llevo bien con la gente que trabaja para mi padre.

—Giuseppe...

—Él es diferente. Siempre ha cuidado de mí. Es parte de mi familia.

—Hablas de él con mucho cariño.

—Porque en verdad se lo tengo. Es una persona importante para mí. Ha estado siempre conmigo cuando mi padre no lo ha hecho.

—¿Por qué os lleváis tan mal?

—¿Mi padre y yo? —Asiente con la cabeza.

—Él no entiende mi estilo de vida, y yo tampoco entiendo el suyo. Para él solo soy la chica rebelde del pelo rojo.

—A mí me encanta tu pelo. No creo que eso tenga nada que ver con ser rebelde.

—La verdad es que lo hice en un acto de rebeldía, pero acabó gustándome.

—Creo que guardas muchos secretos.

—Puede, pero con la vida que llevo es imposible compartirlos con alguien.

—Supongo que lo harás con tu novio.

—¿Mi novio? ¿Hablas de Francesco?

—Sí.

—No es mi novio, es mi mejor amigo.

—Pensaba que lo era. Nadie se arriesgaría tanto por alguien que no quisiera de verdad.

—Lo nuestro es una amistad un tanto extraña, pero ambos aceptamos las normas hace mucho tiempo.

—¿Fuisteis pareja?

—Te he contado demasiadas cosas para no confiar en ti. Date por satisfecho.

—No quería incomodarte.

—No lo has hecho. ¿Y tú? ¿Qué hace un militar trabajando para el ministro?

—Necesidad. Es un buen trabajo.

—¿Te cansaste de ser militar?

—No, me encantaba mi trabajo, pero sucedió algo en mi vida que cambió mi rumbo para siempre.

—¿Una mujer?

—Puede ser. No tengo demasiada confianza contigo para contarte esas cosas. —Ambos sonreímos.

—Voy a darme un baño, y tranquilo, hoy no voy a escaparme.

—Estaré atento a partir de mañana. —Me guiña un ojo y se aleja.

¿He conseguido tener una conversación con él, sin matarnos? Parece que sí.

Me meto en la piscina, un par de largos son suficientes para olvidar todo lo que estaba en mi mente.

Capítulo 7. Mi chica del pelo rojo

Al día siguiente, mi padre me llama para comer. No tengo demasiadas ganas, pero lo último que quiero es discutir.

Cuando bajo por la escalera, me alegro de haber bajado.

Francesco y sus padres están charlando con mi padre en el salón. Abrazo a Francesco, y después a sus padres.

—¡Gabriela, cariño, estás preciosa! —me dice Ana, la madre de Francesco.

—¡Tú sí que lo estás! ¡No puedo creer que estéis aquí!

—Queríamos venir a visitaros, pero no os queríamos molestar. Sabemos que tu padre es un hombre ocupado.

—Vosotros nunca molestáis —dice mi padre—. Tendría que haberos invitado antes, perdonadme.

—No hay nada que perdonar.

—Gabi, ¿me acompañas a la cocina? —pregunta Francesco.

—Claro. —Cuando entramos en la cocina, Leo está sentado. Nos saluda y Francesco me mira. Cojo un vaso y un refresco del frigorífico y se lo doy a Francesco.

—¿Te ha gustado mi sorpresa? —pregunta.

—¿Lo has organizado tú?

—¿Quién sino? Sabía que te haría ilusión ver a mis padres, y por tu sonrisa, diría que he conseguido mi objetivo.

—¡Sabes que sí! Había olvidado lo que era sentir la felicidad, pero siempre tienes el poder de recordármelo. —Me acerco a él y le abrazo. Leo no nos ha quitado la mirada ni un solo segundo.

—¿Vamos a comer? —Me da un beso en la mejilla, y nos dirigimos a la puerta.

—Hasta luego, Leo. —Le dedico una sonrisa, a la que él también me responde.

La comida resulta ser perfecta. Por primera vez en muchos años, vuelvo a ver a mi padre como era antes.

Está relajado, animado y hasta ha vuelto a sonreír.

Por un momento, se ha olvidado de ser ministro, y eso me hace feliz.

Francesco y yo pasamos la tarde en la piscina. Cuando decidimos salir a secarnos, él comienza a hablar:

—Me alegra verte tan feliz. En un principio el plan era otro. Poder entrar en tu casa sin que nadie sospechara nada, pero luego ha resultado mejor de lo que esperaba.

—No entiendo qué quieres decir.

—Necesitaba entrar en tu casa para que pudiéramos volver esta noche al bar.

—Sabes que eso no va a ser posible. Mi padre no me va a dejar.

—No tiene que hacerlo. Solo estaremos fuera un par de horas como mucho.

—¿Te olvidas de mi guardaespaldas particular?

—A ese le tengo controlado.

—¿Igual que la última vez? Si esto sale mal, olvídate de volver a verme. Mi padre no dudará en sacarme del país.

—Eso no va a suceder. Tienes que estar tranquila. Yo te esperaré a las doce en la puerta y te traeré de vuelta sin levantar sospechas. Te lo prometo.

—Esta vez no estoy segura.

—Estás a un paso de conseguir lo que siempre has querido. Este es el último escalón.

—De acuerdo. Confío en ti. ¿Qué vas a hacer?

—Prefiero que no sepas nada hasta esta noche. Yo asumiré todos los riesgos.

—¿Y si nos pillan?

—Eso no va a suceder.

—Francesco...

—¿Te he fallado alguna vez? Voy a recoger mis cosas. Nos vemos esta noche, preciosa.

Francesco se marcha dejándome preocupada. No me ha querido decir cuál es el plan para que Leo no nos siga, y verle tan sereno, no me da ninguna tranquilidad. ¿Qué estará tramando?

Esa noche la cena es mucho más relajada. Parece que nuestra visita de hoy ha hecho que mi padre haya bajado un poco la guardia.

Nuestra conversación es mucho más animada, y se despide de mí con un beso cuando se va.

Subo a la habitación, miro el reloj. Faltan pocos minutos para las once, y todavía no sé cómo voy a conseguir salir de aquí sin que me vean.

No tengo móvil, lo cual quiere decir, que no puedo comunicarme con Francesco. Algo que todavía me pone más nerviosa.

Empiezo a prepararme, y cuando estoy lista, me pongo algo de música para relajarme.

No sé la cantidad de veces que miro el reloj, pero la última vez que lo hago, solo quedan cinco minutos para las doce.

Abro la puerta despacio. Todo está oscuro. Ando sin hacer el más mínimo ruido. Bajo las escaleras, y cuando me doy cuenta, estoy atravesando el jardín. Saco las llaves, y salgo por la puerta de detrás. Es la única a la que mi padre no se le ha ocurrido poner cámaras.

Dos minutos después estoy fuera. Un coche me espera. Francesco conduce, y me pide que me suba.

—¡No puedo creer que lo hayamos conseguido! —grito eufórica.

—No ha sido fácil.

—¡Cuéntame cómo lo has hecho!

—No puedo hacerlo ahora. A la vuelta te lo contaré todo.

—¡Me tienes intrigada!

Francesco no vuelve a mencionar el tema, y yo, presa de los nervios por lo que sucederá esta noche, tampoco lo hago.

Cuando llegamos al bar, está abarrotado de gente. Como siempre, Francesco coge mi mano y subimos por unas escaleras. Llegamos a un despacho, aprieta mi mano y me mira sonriente.

Dos de los patrocinadores nos tienden la mano, y nos piden que tomemos asiento.

Los primeros minutos de conversación son todo halagos hacia mí y mi música. Dicen que es preciosa mi forma de expresar con la voz.

Nos ponen un contrato encima de la mesa, y me piden que lo estudie. Me darán todo el tiempo que necesito, y yo me pregunto si será suficiente para cumplir la promesa que se hicieron mis padres.

Francesco sale en mi ayuda y les dice que hasta que no cumpla los veinte años, sigo dependiendo de la aprobación de mi padre, y que no resultará fácil firmar un contrato antes de eso.

Ellos preguntan cuánto queda para que los cumpla, cuando Francesco se lo dice, ambos resoplan.

—Es demasiado tiempo. No podemos esperar tanto. Eres buena. Deberías replantearte hacerlo ya. La música es un camino muy largo, pero tú tienes todos los ingredientes para triunfar. Puedes pensarlo y llamarnos cuando decidas algo. Piensa las condiciones, si tienes alguna duda, puedes llamarnos. Elige qué quieres, Gabriela. No pierdas una oportunidad como esta.

Salgo de ese despacho con la sensación de estar dejando pasar una oportunidad, pero, por desgracia, aunque dijera que sí, sigo sujeta al dichoso acuerdo entre mis padres, y no soy la única que puede decidir sobre esto.

—Tienes tiempo para decidir. No es una decisión que tengas que tomar hoy mismo —dice Francesco.

—Lo sé, pero, aun así, creo que la respuesta siempre será la misma.

—¿Y cuál es?

—Lo sabes tan bien como yo. Tengo que cumplir con esa promesa. En este momento, no tengo poder de decisión.

—Puede que tu padre...

—¡Ni lo sueñes! No voy a perder el tiempo preguntádoselo.

—¡Eres muy cabezota! Prométeme que lo pensarás.

—Lo haré. ¿Crees que se habrán dado cuenta de que me ido de casa?

—No lo creo. Me encargué bien de todo.

—¿A qué te refieres? Todavía no me has contado nada.

—Prométeme que no te enfadarás.

—Si ya empiezas así...

—Tuve que darle una infusión a tu guardaespaldas.

—¿Una infusión? ¿De qué hablas?

—Sabes que mi abuela entendía de plantas. Preparé algunas para que Leo durmiera unas cuantas horas.

—¿Le has drogado?

—No. Le he ayudado a dormir.

—¡Estás loco! ¿Sabes lo que puede pasar si mi padre se entera?

—Ya te he dicho que eso no va a suceder. Mañana se levantará y no se acordará de nada.

—Tenías que habérmelo contado.

—Si lo hubiera hecho, jamás me hubieras dejado.

—¿Y si le ha ocurrido algo?

—¿Desde cuándo te preocupas por él?

—Desde que mi cuello corre peligro si todo esto llega a oídos de mi padre.

—Gabriela, ya te dije que yo asumiría las consecuencias.

—Esta vez te has pasado de la raya, Francesco.

—¿No puedo creer que me estés diciendo eso!

—Hablares mañana.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. No necesito que lo hagas.

—Lo siento. Lo he hecho con la mejor intención. —Me bajo del coche y vuelvo a entrar por la puerta de atrás. Quizás, con más miedo que cuando lo hice unas horas antes.

No hay nadie en casa. Mi padre no llegará hasta mañana por la tarde, y no hay ni rastro de Leo.

Subo a mi habitación, y cuando lo hago, respiro tranquila. Me cambio de ropa, y bajo a buscar a Leo. Lo que me ha contado Francesco en el coche me ha dejado preocupada.

Le busco en su habitación, pero no hay ni rastro. Voy a la cocina y tampoco.

Vuelvo al salón, y cuando enciendo la luz, le veo tumbado en el sofá. Me acerco a él y le cojo la cara.

—Leo, Leo, ¿me escuchas? ¿Estás bien? —Abre los ojos y me dedica una dulce sonrisa.

—Mi chica del pelo rojo. —Esa frase se clava en mi corazón.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Gabriela, eres preciosa.

—¡Parece que has bebido más de la cuenta!

—Solo he tomado agua, pero te aseguro que esa es la verdad más grande que te he dicho. Si tú no fueras quien eres y yo no fuera quien soy...

—Nunca nos hubiéramos conocido —termino la frase.

—Me alegro de haberlo hecho. Desde el primer momento que entré por esa puerta, no pude

separar mis ojos de ti, pero tú no me lo pones fácil.

—Tú tampoco lo haces persiguiéndome todo el rato.

—Para eso me contrataron, pero nunca haría nada que pudiera hacerte daño.

—Ya lo has hecho.

—¿Cuándo?

—Te llevaste lo máspreciado para mí: mi guitarra.

—Lo hice para que tu padre no se deshiciera de ella.

—¿Por eso lo hiciste tú? No imaginas lo que significa esa guitarra para mí.

—¡Claro que lo sé! Por eso la tengo bien guardada.

—¿No la has tirado? —pregunto sorprendida.

—¿Por quién me tomas? Nunca haría algo así.

—¿Por qué no lo hiciste? Trabajas para mi padre.

—Sí, pero eso no significa que tenga que ser tu enemigo. Tengo mucho sueño, Gabriela. Quiero seguir durmiendo.

—No, no. Tienes que tomarte algo antes. —Leo vuelve a perder el sentido. *¡Leo, Leo, responde! «Francesco...».*

Lo cojo como puedo y le subo hasta mi habitación. Prácticamente le llevo arrastrando porque es imposible sujetar a alguien de su tamaño.

Consigo llevarle a mi habitación, le tumbo en la cama y bajo a prepararle algo. Necesito que vomite todo eso que ha tomado. No quiero que cuando venga mi padre, le encuentre en ese estado.

Le obligo a beberse lo que le he preparado, y aunque al principio se encuentra un poco reticente, al final, consigo que lo haga.

Cinco minutos después, está vomitando en el baño de mi habitación. Le lavo la cara, y volvemos a la cama.

—No me encuentro bien —dice angustiado.

—Lo sé. Túmbate y descansa. Mañana te sentirás mejor.

—¿Por qué haces todo esto?

—Porque no quiero quedarme sin guardaespaldas. —Sonríe y se vuelve a quedar dormido.

Yo recojo todo y vuelvo a coger mi diario.

Querido diario:

Aquí estoy de nuevo, perdida entre un mar de dudas, y no solo por la decisión que tengo que tomar sobre mi vida, también porque tengo a Leo al otro lado de mi cama, y las palabras que han salido de su boca me han dejado desconcertada, era algo con lo que, por supuesto, no contaba.

Me ha dicho que soy su chica del pelo rojo, pero no solo eso, también que soy preciosa. «No pude separar mis ojos de ti, pero tú no me lo pones fácil». ¿Qué diablos significa eso?

He sentido una punzada en el corazón cuando escuchaba sus palabras. ¡Leo no puede

gustarme! Él no es para mí. Sus palabras solo son de cariño y de las benditas plantas que Francesco le ha dado. Entre nosotros no hay nada. Eso sería una locura.

Mi vida ya es demasiado complicada como para que me guste Leo. No sé qué ocurrirá mañana cuando se despierte. Tengo demasiadas cosas en las que pensar, entre ellas, si aceptar el contrato que me proponen, y si estoy preparada para hablar con mi padre. ¿Qué puedo esperar de esa conversación?

Creo que conozco la respuesta sobre el tema. Volveré...

Guardo el cuaderno en la mesilla y me acurruco con la colcha; cuando lo hago, Leo acerca mi cuerpo al suyo, pasa su nariz por mi oreja, y me dice:

—Hueles a frambuesa.

—Es mi colonia favorita —respondo.

—A partir de ahora, también será la mía. —Me abraza y así me quedo dormida. En un profundo sueño del que no quiero despertar.

Capítulo 8. Todo fue un sueño

A la mañana siguiente, me despierto. Miro a mi alrededor y encuentro a Leo. Había olvidado que estaba en mi cama.

Decido dejarle dormir y me meto en la ducha. Todavía es temprano.

Cuando salgo, él ya está sentado en la cama y tiene sus manos en la cabeza.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras? —pregunto.

—¿Qué mierda ha pasado aquí? ¿Qué hago en tu habitación, Gabriela? —¡Demasiado bonito para ser verdad!

—¿Qué crees que ha pasado? —me atrevo a preguntar.

—¡No me acuerdo de nada! Por favor, ¿puedes vestirme? Lo que menos me apetece es ver a una niña con una minitoalla en el cuerpo.

«¿Está hablando en serio?».

—Anoche no te importaba la poca ropa que llevaba.

—No juegues conmigo, Gabriela.

—¡No puedo creer que no te acuerdes de lo que pasó anoche!

—Estoy seguro de que no ocurrió nada.

—¿De verdad? Está bien. Te refrescaré la memoria. Yo estaba a punto de acostarme, cuando bajé al salón y te encontré tumbado en el sofá. Bastante borracho, por cierto. Me dijiste que era preciosa, que no habías quitado tus ojos de mí desde que aparecí, y me besaste. Me pilló desprevenida. Te dije que no podía ser, pero me llenaste de caricias y de palabras bonitas. No puedo creer que no te acuerdes de nada. Fuiste tan tierno, tan delicado...

—¿Tú...?

—Si lo que te preocupa es si era virgen, puedes estar tranquilo. Hace años que no lo soy. También tengo que decirte que esperaba un poco más de un militar, pero no te culpo, el alcohol puede alterar el cuerpo de uno.

—¡Esto no puede estar pasando!

—Ha pasado, pero no te preocupes. Nos divertimos y nada más. Nadie tiene por qué enterarse.

—Si tu padre...

—Si él se enterara, te echaría a patadas de aquí, pero eso no tiene que pasar. Yo no diré nada, ¿o quieres que lo haga?

—Por supuesto que no.

—Entonces, quedará entre nosotros.

—Tengo que irme.

—Una cosa más —se gira y me mira—: gracias por ser tan cariñoso conmigo.

Se marcha sin decirme ni una palabra

¿Por qué le he mentado en algo así? He sentido tanta rabia cuando ha dicho lo de la toalla... ¿Cómo es posible, que no se acuerde de nada de lo que ha ocurrido? Ni siquiera de las palabras que me dijo. Ahora soy yo la que le tiene de su lado.

Mi padre llega esa misma tarde, pero casi no nos vemos. Igual que ocurre con Leo.

Ha estado esquivándome todo el día.

Antes de cenar, decido irme a dar un baño a la piscina, y cuando estoy a punto de salir, veo a Leo mirándome. Salgo y le pido la toalla.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Necesito hablar contigo.

—Bien. Dime.

—Llevo todo el día pensando en lo que sucedió anoche.

—Olvidalo, Leo. Está claro que, si lo has olvidado, para ti no fue importante.

—Quiero pedirte perdón. No sé qué se me pasó por la cabeza para hacer algo así.

—Tranquilo, estoy convencida de que fue el alcohol. Me ha quedado muy claro esta mañana que no te gusto en absoluto.

—¡Eres una niña, Gabriela!

—Anoche también lo era, y parecía no importarte. —Recojo las cosas y me dirijo a la cocina, pero Leo me agarra del brazo.

—Lo siento. Solo quiero que hablemos.

—¿De qué, Leo? ¿De que fue un error? Ya me lo has dicho. Los tíos con los que me he acostado han sido más caballeros que tú. Por lo menos podrías haber fingido que lo hiciste porque te gustaba. —Vuelvo a separarme de él.

—¡Gabriela, lo siento!

—¿Sabes? Me gustaba mucho más el Leo de ayer. Cariñoso, atento... Hasta parecías sincero.

—Gabriela...

—No quiero seguir hablando de esto. Para mí no ha pasado. —Vuelvo a mi habitación y cojo el cuaderno de mi mesilla.

Querido diario:

Vuelvo a estar aquí de nuevo. Solo han pasado unas horas desde que escribí las palabras que me había dedicado Leo, y ahora, todo es distinto.

Él no se acuerda de nada, y yo me siento una estúpida.

He sido capaz de mentirle, diciéndole que anoche pasó algo entre nosotros. Me ha podido

la rabia al saber que no se acordaba de ninguna de sus palabras hacia mí. Eso, y volver a recordarme que soy una niña para él.

Soltó todo por su boca y ahora quiere hacerme ver que nada de lo que dijo es real.

Ahora tendrá que vivir sin saber que sucedió anoche.

¡Maldito, Leo! ¡Te odio!

Al día siguiente, todo vuelve a la normalidad, o eso pensaba yo.

Cuando llego a casa, mi padre tiene el semblante serio. Su saludo es más bien seco, y me pide que me siente.

—¿Ha ocurrido algo, papá?

—Eso me gustaría saber a mí.

—¿Puedes ser más claro?

—Leo se marcha. No me ha querido dar motivos, pero no hace falta ser muy listo para saber que tú eres la responsable, Gabriela. ¿Qué has hecho esta vez?

—¿Cómo que se va? Yo no he hecho nada. ¿Qué te ha dicho?

—Eso es lo más sorprendente de todo; no me ha querido decir nada, pero sé que tú estás detrás de todo esto.

—Esta vez no es culpa mía, papá. Hablaré con él.

—Dudo que puedas hacer algo. Está recogiendo sus cosas.

Voy a su habitación, llamo a la puerta, entro y le veo haciendo la maleta.

—¿Podemos hablar, Leo?

—Claro, pasa. —Cierro la puerta.

—Me ha dicho mi padre que te marchas.

—Sí.

—¿Es por mí? Es decir, por lo que pasó entre nosotros.

—Sí, Gabriela. He faltado a mi palabra. Estoy trabajando. No puedo meterme en la cama de una niña, y menos de la hija del ministro.

—¿Puedes dejar de decir que soy una niña? Me molesta bastante. No lo soy. Tengo casi veinte años, pero sé muy bien lo que quiero.

—Lo nuestro no tenía que haber sucedido.

—¿De qué te arrepientes exactamente? Si hubiera sido una chica de la calle, ¿pensarías lo mismo? —Se queda callado.

—Quiero que me respondas.

—No lo sé. Solo sé que siendo quien eres, es un error.

—Bien. Yo soy un error. —Mis ojos se llenan de lágrimas y lucho por no llorar—. ¿Sabes, Leo? Deberías tener más cuidado con tus palabras. Fuiste tú el que me dijo esas cosas tan bonitas de las que yo no he podido olvidarme, pero si lo que quieres es quedarte tranquilo, te diré que entre nosotros no pasó nada. Te encontrabas mal y traté de cuidarte. Cuando me metí en la cama,

no puede moverme porque me atrapaste con tus brazos. Volviste a decirme que era preciosa, y... En fin, no tiene sentido lo que dijiste.

»Cuando despertaste, todo había cambiado. Te mostraste arrepentido y no parabas de decir que era una niña. Presa de la rabia, decidí fingir que entre nosotros había pasado algo. Lo siento, no quiero que pierdas tu trabajo por esto. Para mí, tus palabras se quedarán en el recuerdo, y trataré de olvidarlas. Tendré una relación cordial contigo.

»Solo te pido algo; no vuelvas a decirme nada parecido. Puede que para ti sea una niña, pero tengo corazón. —Dos lágrimas resbalan por mi mejilla, y cojo el pomo de la puerta. Él la cierra con sus manos.

—Gabriela, lo siento. No pensaba...

—No hace falta que digas nada más. Me has dejado todo muy claro. —Esta vez vuelvo a abrir la puerta y me marchó. Seco mis lágrimas y, de nuevo, voy al salón.

—Creo que va a reconsiderar su decisión —digo.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad. Voy a tumbarme un rato.

—¿No comes?

—Más tarde. Ahora solo quiero descansar. —Y es verdad. Es lo único que necesito.

Querido diario:

Leo casi desaparece de mi vida, y es en este momento cuando me he dado cuenta de que no solo me sentía halagada por sus palabras, también que Leo me gusta.

No he tenido otra alternativa que contarle la verdad. He visto el arrepentimiento en sus ojos.

Para él, solo soy una niña, y si de verdad nos hubiésemos acostado, él se arrepentiría siempre.

No es justo que perdiera su trabajo por una mentira mía.

Será mejor que me olvide de todo lo que ha pasado entre nosotros y siga mi camino. Leo no es para mí.

Capítulo 9. Una canción

Durante toda la semana evito a Leo. Ha decidido quedarse, pero yo prefiero que mantengamos la distancia, aunque sé perfectamente que siempre está detrás de mí.

El viernes por la tarde decido bajar a la piscina. Tengo la mente llena de canciones, y necesito aire fresco para montar algo. Bajo mi *iPad* y comienzo a escribir para darle forma a la canción.

Empiezo a cantar y me olvido del mundo. Cuando termino, paro el botón de grabar y anoto algunas cosas en el cuaderno.

—No sabía que cantaras. Tampoco que lo hicieras tan bien. —Me sobresalto al oír a Leo—. Lo siento. No quería asustarte.

Comienzo a recoger todo. No quiero que le cuente nada a mi padre.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lo recoges todo? Puedo dejarte sola, si quieres.

—Tengo que irme. No le digas nada a mi padre, por favor.

—No pensaba hacerlo, Gabriela. —Vuelvo a mi habitación dejando a Leo desconcertado.

Esa misma noche, Leo vuelve a mi habitación.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

—Sí, pasa.

—Quería pedirte perdón por lo de esta tarde. No quería incomodarte.

—No te preocupes. A veces me olvido de que hay más gente en esta casa.

—Parecías angustiada con lo de tu padre.

—Él no lleva demasiado bien este tema. En realidad, todas mis escapadas tienen que ver con eso.

—¿Quieres ser cantante?

—¿A ti también te parece disparatado?

—No. Me parece genial. Tienes una voz preciosa, y estoy seguro de que triunfarás. —Le dedico una tierna sonrisa.

—Eso no va a suceder.

—¿Por qué no?

—Soy la hija del ministro. Ser cantante sería una mancha negra para mi padre.

—No entiendo por qué.

—Yo tampoco, pero ya lo he asumido. Nunca podré conseguir mi sueño.

—No deberías rendirte.

—Para eso tendría que escaparme, y seguramente, te metería a ti en problemas.

—Podría hacer la vista gorda.

—¿Hablas en serio? —Me guiña un ojo.

—No dejes nunca de hacer lo que te gusta, Gabriela. Lo que digan los demás, no tiene que importar.

—Cuando no eres independiente, todo resulta más complicado.

—Eso no dura toda la vida. Hazme caso. Te dejo descansar.

—Gracias, Leo.

Leo ha vuelto para poner mi corazón a mil por hora de nuevo. Verle otra vez en mi habitación me ha traído demasiados recuerdos a la mente.

Pensé que cuando me escuchó cantar, iba a ir corriendo a contárselo a mi padre, pero no, ha sucedido todo lo contrario. Me ha animado a seguir con mi sueño, y hasta creo que me ha dicho que hará oídos sordos si me escapo. ¿Sería capaz de hacer eso de verdad?

Cada día que le conozco, me gusta más. Nunca pensé que esto pudiera suceder.

Ese fin de semana, mi padre me devuelve el móvil y me dice que puedo salir a tomar algo con Francesco si me apetece.

Me apetece, pero las cosas con Francesco no están demasiado bien. No sé cómo pueda reaccionar al verle.

En estos días, solo he podido pensar que todo lo que ha sucedido ha sido por su culpa.

Al final me decido y quedo con él, aunque la tarde resulta ser mucho peor de lo que imaginaba.

Acabamos discutiendo. Hacía años que eso no sucedía entre nosotros.

Él alega que todo ha cambiado desde que Leo llegó, y yo le recuerdo que él fue quien comenzó con todo esto.

Cada uno acaba en su casa, y enfadados.

Por la noche, vuelvo a la piscina. Cuando termino de hacer unos largos, veo a Leo parado frente a la escalera.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Eso digo yo. ¿No es un poco tarde para darse un baño?

—Es la hora perfecta. En este momento es cuando el agua está más caliente. Además, todo el mundo duerme, bueno, todo el mundo menos tú. —Reímos. Me acerco al bordillo—. ¿No te animas?

—No. Es muy tarde, y estoy trabajando.

—¿Nunca descansas?

—Cuando tú lo haces.

—Tendré que descansar más entonces. ¿No te aburres de estar siempre detrás de mí?

—No. Ya me he acostumbrado. —Me incorporo para salir, y él me tiende la mano. Pierdo el equilibrio y tiro de él. Ambos caemos a la piscina. Sacamos la cabeza del agua y nos quedamos

frente a frente. Él se acerca cada vez más a mí.

—Parece que al final te has bañado. —No puedo evitar reír.

—¿Eres muy graciosa! ¿No será que querías tirarme?

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Porque te aburrías y querías verme mojado.

—¡Ay, Leo! Me gustaría mucho más verte mojado y sin camiseta. Vestido no tiene ninguna gracia. —Se aleja un poco de mí, sube sus brazos y se deshace de su camiseta. Mis ojos se clavan directamente en su torso. Vuelve a acercarse a mí—. ¿Mejor así? —Comienzo a temblar.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse.

—¡Estás temblando! ¿Tienes frío? —Me rodea con sus brazos y vuelvo a sentir ese escalofrío como cada vez que me toca. Se acerca a mí. Nuestros labios están a solo unos milímetros de distancia, y me pregunto qué pasará. Su respiración parece entrecortada, y sus dedos acarician dulcemente mi pelo.

—Hasta mojada sigues oliendo a frambuesa. —Esas palabras me hacen recordar.

—¿Cómo? —contesto asombrada.

—Que sigues oliendo a frambuesa. Ya te dije que para mí también sería mi colonia favorita.

—Pero tú...

—¿Crees que me había olvidado de todo lo que te dije? Me acuerdo de cada una de las cosas que te dije. Sigues siendo preciosa, al igual que prohibida para mí.

—¿Por qué haces esto entonces?

—Porque a veces me vuelvo loco, y necesito decirte lo que siento.

—¡Leo, cállate! No quiero escucharte. Me has hecho creer que te habías olvidado de todo lo que me habías dicho. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Qué querías que hiciera? Todo esto es una locura. ¿No lo ves?

—¡Tú eres el que está loco! Aléjate de mí. —Me separo de él. Voy hacia las escaleras y cojo una toalla. Él me abraza por detrás.

—¿No quieres saber lo que me haces sentir? —Me dice al oído. Sus labios acarician mi oreja y yo estoy a punto de perder el control, pero sé que no debo hacerlo.

—¿Qué quieres, Leo? ¿Reírte de mí? ¿Te divierte que la niña pierda la cabeza por ti? ¡Eso no va a suceder! Te quiero alejado de mí. —Me coge del brazo.

—Gabriela...

—¡No, Gabriela, no! No dejaré que te rías de mí, Leo. —Salgo corriendo de allí.

Me meto en la ducha y enciendo el agua caliente. Necesito olvidarme de todo lo que acaba de suceder. ¿A qué han venido esas palabras? ¿Pretende reírse de mí?

¿Ha estado a punto de besarme, o ha sido imaginación mía?

Capítulo 10. Solos no

El domingo cuando me levanto, mi padre está tomando un café con Leo en el salón. Ambos me miran y me dan los buenos días. Les contesto.

—Gabriela, necesito hablar contigo un momento.

—Claro.

—Esta noche salgo de viaje. Estaré fuera hasta el sábado. Leo se ocupará de todo. Cualquier cosa que necesites, puedes pedírsela a él o llamarme. Por favor, trata de portarte bien. No quiero preocupaciones durante mi viaje. ¿Crees que será posible?

—Vete tranquilo, papá. No haré nada.

—Eso espero. Leo será mis ojos aquí, y cualquier cosa que hagas, me lo comunicará. Puedes llamar a Francesco para que venga a estar contigo.

—Gracias, papá. Voy a desayunar.

—De acuerdo, hija. Leo, ven. Quiero darte unas indicaciones antes de irme. —Leo me mira, pero yo soy incapaz de mantenerle la mirada.

¿Soy la única que piensa que no es el mejor momento para que mi padre se marche? ¿Leo y yo solos de nuevo?

Creo que lo de llamar a Francesco no va a ser tan mala idea.

Mi padre se va, y yo me paso el día metida en la habitación. Solo he salido para comer y cenar. No quiero encontrarme con Leo, pero parece que él no piensa lo mismo.

Estoy tumbada en mi cama leyendo cuando suena la puerta de mi habitación.

—¿Puedo pasar? —pregunta Leo. Veo que esconde algo detrás de su espalda.

—Pasa. ¿Ocurre algo?

—Quería entregarte algo. Ahora que tu padre no está, supongo que te gustaría tenerlo. —Se acerca a mí, y me tiende mi guitarra. ¡No puedo creerlo!

—¿De verdad vas a dejármela?

—¿No es lo que quieres?

—¡Sí! —Sonríó sin parar. Sin pensarlo me lanzo a sus brazos—. Gracias, Leo. No imaginas lo que significa para mí esto.

—Lo sé, por eso lo hago. —Acaricia mi cara suavemente—. Quiero pedirte algo —dice.

—¿El qué?

—Me gustaría oírte tocar.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí.

—Está bien. Es lo menos que puedo hacer después de que me has devuelto a mi niña—. Leo se sienta a mi lado. Yo comienzo a tocar y a cantar. Él se queda embobado mientras que me escucha y me mira.

Cuando termino, una tierna sonrisa asoma por su boca.

—¡Es increíble lo que haces!

—¡No es para tanto! Solo disfruto con lo que hago.

—¿Tu padre te ha escuchado alguna vez?

—Supongo que, si lo ha hecho, tampoco le ha dado importancia. Siempre he luchado por una oportunidad y ahora que...

—Continúa —dice él. Pero yo guardo silencio—. Puedes confiar en mí. Sé que piensas que soy una especie de espía de tu padre, pero no es así.

—La oportunidad ya la tengo. Tengo un contrato para firmar desde hace varios días, pero necesito el consentimiento de mi padre.

—¿Y has hablado con él?

—¡Claro que no! Sé su respuesta, Leo. Él no quiere que me dedique a la música. Les propuse esperar a cumplir los veinte, pero no están dispuestos.

—Vendrán más oportunidades, estoy seguro.

—Aunque vengan, siempre será lo mismo.

—Tu padre es un buen hombre. Creo que solo quiere lo mejor para ti y que nadie pueda hacerte daño.

—Solo mira por su interés. Me prohíbe hasta salir con mis amigos porque cree que son una mala influencia para mí.

—¿Y por qué siempre menciona a Francesco?

—Porque a él en verdad lo aprecia. También a sus padres. Supongo que es la única amistad verdadera que guardamos desde que murió mi madre.

—Tuvo que ser muy duro para él.

—No lo niego, pero hacerme la vida imposible y no dejar que cumpla mi sueño, no hará que mi madre vuelva.

—¿La echa de menos?

—Todos los días. No tengo grandes recuerdos, yo era muy pequeña, pero pensar en ella me hace sonreír.

—Seguro que estaría orgullosa de ti.

—¿De mí? Soy una rebelde.

—No creo que sea para tanto. Por tu edad hemos pasado todos.

—Disfruto desobedeciendo a mi padre.

—Creo que solo os falta un poco de comunicación.

—Leo, nos falta mucho más que eso. ¿Sabes cuánto hace que mi padre no habla conmigo? No se preocupa por nada de lo que me sucede, más allá de lo que tenga que ver con su cargo de ministro. No salimos a comer, a cenar solos, días de viaje, charlas... No sé, las cosas que hacen los padres. Cuando voy a casa de Francesco, ellos me tratan como si fuera parte de su familia, y yo me siento feliz. Al final, la música, se convirtió en mi válvula de escape. Mi manera de huir de los problemas. Mi vida se ha convertido en un mundo frío en el que me siento desprotegida.

—Siento que sea así. —Me coge las manos—. Eres una chica muy valiente.

—Solo trato de sobrevivir aunque, a veces, no resulta nada fácil.

—Me encanta tu tatuaje. ¿Otro acto de rebeldía?

—Me lo hice por mi madre. Los padres de Francesco siempre me han dicho que a mi madre le encantaban las mariposas. Dicen que ella siempre decía que se sentía como ellas. El mundo no podía con ella, volaba a cualquier lugar, y nunca se rendía ante nada. Ni siquiera... —Los ojos se me llenan de lágrimas y Leo me acaricia la mano—. Ellos dicen que siempre la recuerdan con una sonrisa en la boca. Siempre tenía motivos para hacerlo. Las mariposas nos representan a las dos. Algún día me gustaría ser como ella, libre y valiente. No rendirme y mostrarle mi sonrisa al mundo.

—Creo que ya lo has conseguido.

—Lo dudo. —Sus dedos acarician el tatuaje de mi muñeca.

—Creo que te valoras poco. Eres una chica estupenda —me dice.

—Solo soy una niña rebelde.

Mi comentario le provoca una sonrisa.

—Una niña rebelde preciosa. —Coloca el pelo detrás de mi oreja. Se acerca lentamente a mí y me susurra muy bajito—: Mi niña rebelde del pelo rojo.

Sus ojos se clavan en los míos y bajan a mis labios. Yo los muerdo en un acto de nerviosismo. Él los toca con su pulgar. Con gesto lento, sus labios se apoderan de los míos en una milésima de segundo. Me besa lentamente, mientras me acaricia el pelo. Yo me acerco más a él. Recibo su beso con ganas, y me estremezco con cada caricia que él me da. Podría decir que estoy en una nube.

Él se separa de mí, y el miedo se apodera de mi cuerpo. ¿Se habrá arrepentido?

Me mira a los ojos y, con una tierna sonrisa, me hace saber que mis pensamientos estaban equivocados.

—Llevaba días pensando en este beso —dice él.

—Hace unos días solo sabías decir que era una niña. ¿Por qué este cambio?

—Conocerte. Eso es lo que me ha hecho darme cuenta de lo equivocado que estaba contigo.

—Leo...

—¿Te arrepientes?

—No es eso, pero preferiría que no volviera a pasar. No quiero más problemas.

—Lo siento.

—Hablamos mañana, ¿vale? Estoy un poco cansada, y tengo que madrugar.

—Está bien. Que descanses.

Esa noche me duermo pensando en su boca, sus labios, sus besos...

No sé en qué momento me quedo dormida, pero sé que, cuando lo hago, es pensando en Leo.

Capítulo 11. Un juego de tres

Vuelve a ser lunes, pero esta vez es diferente. Vuelvo a estar comunicada y mi padre estará fuera toda la semana.

Cuando salgo al descanso, decido llamar a Francesco. Puede que sea buena idea que venga a casa. Me dice que hoy no puede, pero que mañana se quedará a dormir conmigo.

Cuando salgo, Giuseppe y Leo me están esperando. Leo no me quita la mirada, y yo me subo al coche rápidamente.

—¿Hay que ir a buscar a su amigo Francesco? —pregunta Giuseppe.

—No, hoy no. Me ha dicho que mañana se quedará a dormir conmigo. —Leo vuelve a mirarme después de decir esa frase.

Durante todo el camino a casa, su semblante es serio y no me dirige la palabra. Cuando Giuseppe se aleja, él y yo entramos por el jardín y me atrevo a preguntar:

—¿Te pasa algo, Leo? Pareces enfadado.

—¿De verdad lo crees? —contesta ofendido.

—¡No me hables así! No te he hecho nada.

—Lo siento. No quería hablarte mal.

—Solo quería saber qué te pasaba. Todo el camino lo has hecho serio y sin decir ni una palabra.

—Me he llenado de rabia cuando te he oído decir que Francesco venía a dormir mañana contigo.

—¡Ni que fuera la primera vez!

—Lo sé.

—Leo, ¿estás celoso? —Me sale una carcajada.

—No son celos.

—¡No lo puedo creer! ¡Estás celoso de Francesco! ¡Vamos, Leo! No tengo nada con él. Es absurdo que tengas celos. Además, tú y yo no tenemos nada.

—Lo sé, pero... Déjalo, Gabriela. Será mejor que dejemos el tema. Nos vemos más tarde.

Leo se marcha, y yo no doy crédito a lo que acaba de ocurrir. ¿Qué le pasa a este chico? ¿De repente se ha vuelto loco por mí?

No vuelvo a verle en toda la tarde, pero cuando llega la noche, salgo al jardín y le veo ahí

sentado.

—Hola —saludo.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Tomando un poco el aire. Parece que dentro hace demasiado calor. ¿Y tú?

—Yo he venido a darme un baño. Es lo mejor para dormir bien.

—Me voy a descansar. Mañana nos vemos —dice. Sé que está enfadado, y quiero que deje de estarlo. Me quito la camiseta y le pregunto—: ¿Te apetece darte un baño conmigo?

—Es tarde, Gabriela.

—¡No seas aburrido! Necesitas relajarte.

—Además, no llevo bañador.

—¿Eso es un problema? Puedes bañarte en ropa interior. Estamos los dos solos.

Veo que se quita el pantalón y la camiseta. Es imposible despegar mis ojos de su bóxer. Él lo nota y sonrío.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. —Me meto en la piscina y él hace lo mismo. Nos acercamos tímidamente. Aparta el pelo de mi cara y lo coloca detrás de mi oreja. Nuestras miradas vuelven a encontrarse, le acaricio la cara.

—Leo, quiero hablar contigo de algo.

—Suéltalo.

—Estoy confundida. Hace unos días querías irte porque creías que nos habíamos acostado y te parecía lo peor del mundo, pero ayer me besaste, hoy te pones celoso de Francesco...

—Sé hasta dónde puedo llegar contigo.

—¿Sí? ¿Y hasta dónde crees que puedes llegar?

—No voy a acostarme contigo, Gabriela.

—¡Vaya! Entonces es un rollo de adolescentes. Un par de besitos y para casa. ¿Crees que serías el primero con el que me acuesto?

—Supongo que no, pero sé dónde están mis límites.

—Me parece bien. Yo también sé dónde están los míos, y no quiero que vuelvas a besarme. Para mí, esto no es un juego. No quiero acabar enamorada de ti, y que me dejes tirada.

—Gabi...

—¡Mejor no digas nada, Leo! Los dos sabemos que lo nuestro es una locura. Me encantan tus besos, tus caricias, sentirte cerca... Pero yo también sé lo que quiero. Sé que luego querré más. No me conformaré con dos simples besos. Me volveré loca si no me haces el amor. —Se queda paralizado con mi confesión—. No creías que fuera a ser tan clara, ¿verdad? No soy una niña, Leo. A pesar de lo que puedas pensar. Si sigues besándome y tocándome como lo hacías ayer, no podré resistirme, y haré que tú tampoco lo hagas. Eso nos traería problemas a los dos. No quiero enamorarme de ti. Dejemos este juego.

—Estoy de acuerdo. Es demasiado peligroso. —Se acerca a mí, y me da un beso en la mejilla —. Que descanses, mi chica de pelo rojo. —Le sonrío, y él sale de la piscina.

Noto que se aleja, y apoyo mi cabeza en el bordillo. ¿Seré capaz de controlar esto que siento por él?

El nudo en mi garganta vuelve a aparecer y las lágrimas amenazan con salir. Tengo que ser fuerte. Lo mejor era olvidarse de esta locura.

Hace mucho tiempo que no siento algo así por nadie.

Los chicos han pasado por mi vida sin pena ni gloria. El único que ha conseguido marcar mi corazón ha sido Francesco, pero no pudo ser. Nosotros decidimos que nuestra amistad era mucho más importante que el amor. ¿Nos equivocamos? Quizás, nunca lo sabremos.

Esa noche vuelvo a dormirme con un único pensamiento: Leo.

No sé qué hora es, pero una suave caricia en el pelo me despierta. Cuando abro los ojos, puedo ver los de Leo, su verde intenso sería capaz de hacer que cualquier mujer perdiera la cabeza por él. Semanas atrás, yo también me había sentido cautivada por ellos. Mis manos acarician su mejilla y él esboza una pequeña sonrisa.

—¿Estoy soñando? —pregunto.

—¿Aparezco en tus sueños?

—¿Lo dudabas?

—He venido a despertarte porque vas a llegar tarde a clase. —Estiro mi mano hasta el móvil —. ¡Mierda! ¡Me quedan quince minutos para entrar! —Me levanto corriendo de la cama.

—Hay un pequeño inconveniente —añade Leo.

—¿Qué pasa?

—Giuseppe ha tenido que salir. No puede llevarte.

—¿Hablas en serio? ¡No llego! Si no voy, llamarán a mi padre. Le prometí que no me metería en líos.

—Tranquila, respira, ¿vale? Yo te llevaré.

—¿Tú? —respondo.

—No hay nadie más. Giuseppe tardará más de una hora. ¿En diez minutos no llegamos? —pregunta.

—¿Con el tráfico que hay a estas horas? ¡Ni de broma!

—Tienes cinco minutos. Te espero abajo, pelirroja. —Me guiña un ojo.

Vuelo para meterme en la ducha, cojo lo primero que encuentro y salgo corriendo escaleras abajo.

—Estoy lista —le digo a Leo.

—¿No crees que te falta algo?

—No, lo he cogido todo.

—Quizás deberías ponerte algo en los pies.

—¡Madre mía! No sé dónde tengo la cabeza. —Él no para de reírse de mí.

—Ponte esto. —Me da un casco de moto.

—¿Qué? ¿Piensas llevarme en moto?

—¿Quieres que lleguemos? ¡Vámonos!

Salimos. Leo se sube a la moto y se pone el casco. Está realmente sexy. Resulta imposible no mirarlo.

Me subo a la moto y rodeo sus caderas con mis manos. Creo que este va a ser el mejor momento del día.

La velocidad, el aire, rozar su espalda y poder abrazarlo durante unos minutos hacen que la felicidad vuelva a mí.

—Gabriela, ¿me escuchas? —le oigo decir.

—Dime.

—¿En qué estabas pensando que no me prestabas atención? —Sonrío. Él se quita el casco, y clava mi mirada en mis labios de nuevo.

—¿Y tú? ¿En qué piensas? —pregunto pícaramente.

—En lo duro que es este trabajo.

—¿Te parece duro traer a una niña al instituto?

—No. Me parece duro aguantarme las ganas de besarte. —Me deja en blanco con su respuesta—. He estado pensando en ti toda la noche, en tus labios, en besarlos hasta dejarte sin aliento, en rozar de nuevo tu piel. —Cierro los ojos y me imagino sus besos, sus manos tocando mi cuerpo. He conseguido excitarme con solo pensarlo. ¿Desde cuándo siento ese deseo incontrolable por Leo?—. Tú también lo has pensado. —Se acerca a mí. Pega su cuerpo al mío y me coge por la cintura—. Me encanta verte así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Excitada. Lo veo en tus ojos.

—¡Eres un perverso! Estamos en un instituto. —Consigue sonrojarme.

—¿Y? ¿Me lo vas a negar? Lo veo en tus ojos y en tu cuerpo. —Roza mi hombro con sus dedos.

—Leo, no estás cumpliendo con lo que hablamos ayer.

—Está bien, me voy ya.

—¿Vendrás a recogerme también en moto? —Le saco la lengua.

—Me temo que no. Vendré con Giuseppe, como siempre.

—¡Una lástima! Me hubiera gustado volver a dar una vuelta en tu moto.

—¿En mi moto o conmigo?

—Ambas. —Le guiño un ojo—. Tengo que irme. Gracias por traerme. Nos vemos luego—. Me acerco a él y le doy un beso suave en la mejilla.

—Que tengas un buen día, mi...

—¿No terminas la frase?

—Me has dicho que cumpla con lo de ayer.

—Me gusta que me llames así.

—Entonces que tengas un buen día, mi chica de pelo rojo. —La felicidad manda en mi cuerpo y lo plasmo con una amplia sonrisa.

Leo vuelve a ponerse el casco y veo cómo se marcha. «Mi chica de pelo rojo». Adoro esa frase.

La mañana la paso con una sonrisa en la boca, recordando el momento moto con Leo.

Cuando me quiero dar cuenta, el coche de Giuseppe me está esperando.

—Hola, señorita. ¿Qué tal su día? —pregunta Giuseppe.

—Hola. Hoy ha sido un buen día.

—Siento no haberla podido llevar esta mañana. Tenía unos asuntos pendientes.

—No te preocupes. Leo se ha ocupado de mí. —Veo que mira a través de sus gafas de sol y sonrío.

—¿Podemos ir a recoger a Francesco al trabajo?

—¡Por supuesto!

Veinte minutos más tarde, Francesco sube al coche. Me da un beso y me abraza.

—¿Sigues enfadada? —pregunta.

—Ya no tanto. —Francesco me coge la mano y me acaricia la cara dulcemente.

—Sabes que no puedes estar mucho tiempo enfadada conmigo.

—Lo sé. Tienes ese poder sobre mí. —Pongo mis labios en su mejilla y le beso.

En el camino, hablamos de su trabajo, de mis estudios, y de todo lo que no nos habíamos contado estos días.

Leo ha cambiado su actitud desde que Francesco se ha subido al coche.

Cuando llegamos, voy a acercarme a Leo, pero él parece que me rehúye y no consigo hablar con él.

Paso el resto del día con Francesco. Me ayuda a estudiar mi examen de mañana. Cuando me da un respiro, decido bajar a la cocina a por algo de picar. Allí, me encuentro con Leo sentado.

—Hola —digo.

—Hola —contesta muy seco.

—No te he visto desde que llegamos.

—Parece que estabas muy ocupada.

—Francesco me está ayudando con el examen de mañana. —Se levanta de la silla.

—Tengo que irme —añade. Cojo su brazo.

—Leo, espera, ¿qué te pasa? Esta mañana estábamos bien.

—Solo mantengo las distancias contigo, Gabriela. Es lo mejor para los dos.

—Pero esta mañana...

—Olvídate de lo que ha pasado esta mañana. Que descanses. —Me dice eso y se marcha.

¿Qué ha ocurrido? ¿A qué ha venido eso? Hace unas horas, todo era diferente.

Cuando vuelvo a la habitación, Francesco me pregunta qué me pasa, pero prefiero no contarle nada. Él también está muy raro con la presencia de Leo.

Al día siguiente, todo sigue igual. Giuseppe deja a Francesco en el trabajo y después a mí en clase.

Durante toda la semana Leo no me dirige la palabra, ni siquiera es capaz de mirarme. No aguanto más esta tensión.

Querido diario:

Llevo días sin ser yo. No he sido capaz ni de componer una sola línea. Tengo la guitarra a mi lado, y ni siquiera, me veo con fuerzas de tocarla. ¿Qué me está pasando?

Desde que monté en su maldita moto, no he sido capaz de sacarle de mi cabeza.

Fui yo quien le dije que teníamos que guardar distancias, pero el lunes, cuando se despidió de mí, lo hizo de una forma tan dulce...

Todo cambió cuando Francesco se subió en el coche para ir a casa. No hice nada que le pudiera molestar, pero si lo he hecho, tampoco ha sido capaz de hablarlo conmigo.

Lleva toda la semana esquivándome. Apenas me da los buenos días. No tenemos ningún tipo de conversación.

He tratado de hablar con él, pero siempre que lo hago, se muestra esquivo.

Para colmo, llevo toda la semana con migrañas. Estudiar me está resultando imposible con este dolor tan grande. Solo se me pasa cuando estoy totalmente en silencio y a oscuras. Ni siquiera las pastillas hacen efecto.

El viernes, la cosa se complica. Sufro un desmayo en el instituto y Giuseppe y Leo tienen que venir a buscarme.

Leo se sienta conmigo detrás y comienza a preguntarme:

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, debe de ser el cansancio.

—Igualmente vamos a llevarte al médico.

—No hace falta, de verdad. —Hacen caso omiso a lo que yo digo.

Leo entra conmigo.

La doctora me hace todo tipo de preguntas, y yo no tengo otro remedio que decir la verdad.

Le explico que llevo toda la semana con fuertes dolores de cabeza y comiendo poco por culpa del dolor. Le cuento que mi semana está siendo un poco dura, y que las pastillas no me están haciendo efecto. —Leo me mira con cara de desconcierto.

La doctora me receta otras pastillas, me pide que me relaje y que guarde reposo durante unos días.

Cuando salimos de la consulta, Leo me mira con gesto serio.

—¿Se puede saber por qué no me habías dicho lo que te ocurría?

—¿Y cómo se supone que tenía que hacerlo? Llevas toda la semana esquivándome.

—Lo siento.

—No es la primera vez que me pasa. Llevo años padeciendo estos dolores de cabeza, aunque esta vez ha sido mucho más insoportable.

—¿Alguna vez te has desmayado?

—En alguna ocasión, pero hacía tiempo que no me ocurría, porque cuando no consigo controlar el dolor, me cambian las pastillas. Creo que esta vez el mareo ha sido por la mala alimentación. Cuando tengo tanto dolor de cabeza, me resulta imposible comer.

—¡Me has pegado un buen susto!

—Tendrás que acostumbrarte a mis dolores de cabeza.

—Lo haré, pero no vuelvas a darme un susto como el de hoy.

—¡Eres muy exagerado! No ha sido para tanto. Estoy bien. ¿Vas a decirme qué es eso tan malo que he hecho para que ni siquiera quieras hablarme?

—Vámonos a casa. —Le cojo del brazo.

—Leo, por favor.

—Francesco, Gabriela, ese es mi problema.

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver Francesco?

—Pasaste todo el día metida en una habitación con él. ¿No has visto cómo te trata? No hay que ser muy listo para saber que ese chico está enamorado de ti.

—¿Qué tonterías estás diciendo! Entre él y yo no hay nada. Solo una amistad. Una que nadie entiende. Tengo plena confianza en él. Dormimos juntos, pero no me toca un pelo. Si fuera de otra manera, te lo diría, pero no tengo nada con él. Le quiero mucho, y él a mí. Es la persona más importante en mi vida. —No parece convencido con mis palabras—. Cuando lleguemos a casa, te contaré algo para que lo entiendas. Quizás de esa manera, dejes de tener esos celos tontos.

—No tengo ningún derecho a ponerme así.

—Me gusta saber que te importo, pero no quiero que dejes de hablarme. He pasado unos días horribles pensando en qué podía haber hecho mal para que estuvieras así conmigo.

—¿El dolor de cabeza también ha tenido que ver con eso?

—En parte sí, pero no te preocupes.

—Vámonos a casa.

El camino lo hacemos en silencio, y cuando llego, lo primero que hago es subir a mi habitación. Necesito descansar.

El dolor de cabeza me da una tregua y me quedo dormida. No sé por cuánto tiempo, pero lo que sí sé es que de nuevo vuelvo a despertarme con Leo a mi lado.

—Hola, dormilona. Solo venía a ver cómo te encontrabas —me dice.

—Hola. Mejor. Me ha venido bien descansar un rato. ¿Qué hora es?

—Son las ocho de la tarde.

—¿De verdad? ¿Cómo he podido dormir tanto y no enterarme?

—Porque estabas cansada.

—¿Quieres que te suba algo de cenar, o prefieres bajar?

—Creo que prefiero bajar a que me dé el aire. Si me quedo aquí, corro el peligro de que me dé el dolor de nuevo.

—Está bien. Te veo abajo.

—Leo...

—Dime.

—Gracias por preocuparte por mí.

Ceno algo ligero y después salgo al jardín con Leo a dar un paseo.

—Quiero contarte algo —le digo—. Es sobre Francesco. Hace unos cuantos años, yo estaba muy enamorada de él. Empezamos a tontear, pero la cosa parecía que no iba a ir a más. Yo perdí mi virginidad con un idiota, cuando lo que realmente quería era hacerlo con Francesco. Una noche, acabamos besándonos en mi cama y nos acostamos. Yo me sentía la mujer más feliz del mundo. Estaba enamorada de él, a pesar de que era mi mejor amigo. Esa noche, decidimos que lo que había pasado estaba bien, pero que nuestra amistad era más importante que el amor o que cualquier revolcón. Los dos sabíamos que, si seguíamos jugando a ese juego, ambos acabaríamos quemándonos.

»Sufrí mucho tratando de olvidarle. Él no sabía nada de mis sentimientos, y tampoco debía enterarse. De nada serviría. Prefería tenerle como amigo que perderle para siempre. Ninguno nos contábamos los ligues, ni con quién nos acostábamos, o quién nos gustaba, supongo que era una especie de código entre nosotros.

»Alguna vez, nos hemos besado en alguna fiesta, o cuando hemos bebido más de la cuenta, pero yo ya no siento nada por él. Con el paso del tiempo, comencé a verle como un amigo, y mi amor por él terminó por irse. Guardo un buen recuerdo de aquello. Dicen que el primer amor nunca se olvida, y Francesco fue el mío.

»Desde la noche que nos acostamos, jamás volvimos a tocar el tema, pero hace poco, no sé muy bien por qué, ambos confesamos nuestros sentimientos. Francesco me dijo que estaba enamorado de mí, pero que, al ver mi reacción, pensó que me había arrepentido. Supongo que yo pensé lo mismo, y ninguno volvió a hablar del tema, así que no tenía caso pensar en nada.

»No te voy a negar que cuando me lo confesó, algo se me removió por dentro, pero de igual manera, supe que no era el momento. Nosotros hicimos un pacto hace muchos años. Para mí, la amistad de Francesco vale mucho más que cualquier lío que podamos tener él y yo. Lo nuestro terminó hace mucho tiempo, y no hay vuelta atrás. Cualquier sentimiento de amor hacia Francesco, quedó en el pasado.

—¿Y él? ¿Crees que ya no está enamorado de ti?

—Si lo está, jamás me lo ha dicho. Creo que el cariño tan grande que nos tenemos puede hacer que los que estáis fuera, lo veáis de otra manera, pero nada más lejos de la realidad. Somos muy buenos amigos. Solo tengo una cosa clara, y es que la persona que quiera estar conmigo tiene que entender la relación que tengo con él. Te aseguro que echar de mi vida a Francesco no entra en mis planes. Nuestra amistad está por encima de cualquier cosa.

—Eso dices ahora, pero si aparece alguien, ninguno de los dos querrá perder a esa persona si realmente está enamorado.

—Yo estoy segura de lo que te digo. Leo, quiero ser franca contigo. Me gustas, me gustas mucho, pero también sé que lo nuestro nunca llegará a nada. Yo todavía no he cumplido los veinte, y tú supongo que buscas otras cosas en una mujer. Quizás formar una familia en un futuro no muy lejano... Estoy convencida de que mi padre no aprobaría una relación contigo, y solo te metería en problemas.

»Todavía queda tiempo para los veinte y, hasta entonces, tendré que cumplir esa maldita promesa que hicieron mis padres. En ese momento, seré libre y me iré de aquí muy lejos. Es algo que llevo pensando mucho tiempo. No quiero enamorarme de ti porque, si lo hago, jamás sería capaz de irme de tu lado. Supongo que cuando me vaya, mi padre podrá darte trabajo de seguridad para él, o no sé. No creo que te deje escapar.

—¿Y qué vas a hacer sola? ¿Sabes lo dura que es la vida ahí fuera? Creo que no tienes ni idea.

—¿Peor que aquí dentro? Por lo menos, sola conseguiré cumplir mi sueño. Luchar por lo que realmente quiero, sin que nadie me imponga sus condiciones. Mi padre nunca va a cambiar, aunque vaya a cumplir veinte años, él siempre me tendrá en la jaula de cristal, y eso no es lo que quiero para mí.

—Deberías pensarlo.

—No hay nada que pensar. Ya te he dicho que es una decisión que tomé hace mucho tiempo y que no pienso cambiar.

—¿Nada podría hacerte cambiar de opinión? —Leo se acerca lentamente y la boca se me seca en ese mismo momento. ¡Claro que podría cambiar de opinión! Él haría que me planteara mi decisión.

—Leo...

—Solo quiero una respuesta.

—Si consiguieras que me enamorara de ti, me quedaría con los ojos cerrados, pero eso no va a suceder, te lo aseguro.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque nadie entra en mi corazón. Tiene llaves, candados, hasta claves indescifrables. —
Consigo hacerle sonreír.

—¿Te olvidas de que he sido militar? Soy capaz de eso y de mucho más.

—¿Y si te pido que no lo intentes?

—¿A qué tienes miedo?

—A que me hagas daño. Me encantas, Leo. Seguramente no sería muy difícil enamorarme de ti, pero no quiero hacerlo. Sé que sufriría, y que tarde o temprano, tú te irías.

—No sé por qué dices eso.

—¡Vamos, mírame! Solo soy una niña. Te mereces algo mejor que yo.

—¿Puedes dejar de decir tonterías? Para mí no eres una niña. Tienes casi veinte años, y nada

que envidiar a cualquier otra chica mayor que tú, Gabriela. Eres preciosa, pero no solo por fuera, también lo eres por dentro.

—¿Quieres decirme algo?

—Sí. Que tienes que descansar. Mañana llega tu padre.

—El ministro estará contento. Has hecho un buen trabajo.

—¿Tú crees?

—No me he escapado, y no te he dado ningún problema.

—Bueno... algún susto sí que me has dado, señorita.

—Gracias por cuidar de mí.

—Es...

—No se te ocurra decir que es tu trabajo, o matarás el momento romántico. —Una dulce sonrisa sale de mi boca.

—No era eso lo que pretendía decir. Si me dejaras acabar las frases...

—¿Y qué era?

—Que es un placer cuidar de ti. —Se acerca a mí y hunde sus labios en mi mejilla—. Buenas noches, mi chica del pelo rojo.

Esa frase siempre consigue hacerme sonreír.

Al día siguiente, mi padre llega de su viaje. Leo le pone al corriente de lo que ha sucedido, y no tarda ni cinco minutos en preguntar por mí.

Le cuento todo y me reprocha el no haberle llamado. Leo, por su parte, también se lleva una bronca. Al final, entre los dos, conseguimos calmarle.

Mi padre pasa todo el sábado conmigo y hablamos de todo. Hasta de cosas que no me gustaría saber.

Mi padre me cuenta que esa noche se la dará libre a Leo. Ha hecho un buen trabajo y él mismo le ha pedido la noche y el domingo para... ¡Salir con su novia! Sí, sí. ¡Con su novia!

Ante mi cara, mi padre me pregunta que si no lo sabía. Obvio que no, papá. Parece que a Leo se le había olvidado contarme ese pequeño detalle.

La primera mentira. ¿A qué venían todas esas preguntas entonces?

¡Claro! Si yo me quedo aquí, él seguirá teniendo trabajo; de la otra manera, quizás mi padre prescindiera de sus servicios. Solo está salvando su culo tratando de conquistarme. ¿Se pueden ser más ruin?

Querido diario:

Dicen que la venganza se sirve el plato frío. La mía desde luego que no.

Hace tan solo unas horas me he dado cuenta de que Leo tiene novia. Le ha pedido el fin de semana a mi padre para irse con ella.

Sus malditas palabras solo han sido una mentira para conservar su puesto de trabajo. ¿Cómo he podido ser tan tonta? ¿Solo le importa su trabajo? Entonces tendré que ponerlo

en riesgo.

Lo siento, Leo, pero tienes las horas contadas en esa casa.

Nadie se ríe de Gabriela Milanesi.

Capítulo 12. Venganza

—Papá, ¿te importa que salga un rato?

—Claro que no. ¿Te vas con Francesco?

—Sí, pero vendré pronto.

—Ten cuidado.

—Claro, papá.

Subo a mi habitación y busco el modelito más sexy que tengo, me ducho, me peino y me maquillo.

Cuando estoy lista, bajo, me despido de mi padre. Estoy a punto de salir por la puerta y Leo aparece.

—¿Dónde vas?

—A disfrutar del sábado.

—¿No tenías que estar en reposo?

—No pretendo salir de la cama de Francesco.

—¿Cómo dices? —responde enfadado.

—Hasta luego, Leo. —Me coge del brazo.

—¿Por qué me dices eso? ¿Quieres ponerme celoso?

—¡Nada más lejos de la realidad! Me voy con Francesco, ¿no te he dicho que de vez en cuando...?

—¡No quiero saberlo!

—Entonces no preguntes. Adiós, Leo.

—¿Por qué haces esto?

—Por la misma razón que tú.

—No entiendo lo que dices.

—Disfruta de tu noche libre.

Salgo de esa casa, dejándole desconcertado. ¿Cómo puede fingir tan bien?

Realmente parecía celoso.

Es una pena que no vayas a poder disfrutar de tu sábado, Leo.

Decido ir a Trastevere a tomar algo. Allí me encuentro con unos amigos que me invitan a unas copas. Sobre las nueve, le pongo un mensaje a Francesco y le digo que si me puede llamar a casa.

Desde ese momento, apago el móvil y dejo que estalle la guerra.

Sé que Francesco llamará a casa, y mi padre sabrá que le he engañado, y se pondrá a buscarme como un loco, él y mi fiel guardaespaldas, que no podrá disfrutar de su novia.

Siento tener que preocupar a Francesco y a mi padre, pero Leo se lo tiene merecido. Espero que mi padre se dé cuenta de que no puede cuidar de mí.

Dos horas más tarde, las copas han hecho su efecto. Mi padre debe tener a media ciudad buscándome, pero no me importa. Comienza a llover, pero da igual. Me encanta sentir el agua en mi piel. No busco refugiarme.

Ando más de media hora hasta aquí, cuando llego a la esquina, me paro y miro al cielo. Es más de la una y todas las luces de casa están encendidas. Hay dos coches de los *Carabinieri* en la puerta.

Nunca he lamentado tanto preocupar a mi padre.

Me pienso mucho la idea de entrar, pero finalmente lo hago. Mi padre está de pie en el salón hablando con los *Carabinieri*, y Leo tiene apoyada la cabeza en la pared. Francesco está sentado el sofá con la cabeza agachada.

Mi padre se gira y sale corriendo hacia mí.

—Gabriela, cariño. ¿Estás bien? —pregunta preocupado. Hacía años que no sentía el cariño de mi padre. Comienzo a llorar y le abrazo con fuerza.

—Lo siento, papá. Lo siento, de verdad.

—Tranquila. Estás empapada. ¿Estás bien?

—Sí. Solo tengo un poco de frío. —Mi padre vuelve a estrecharme entre sus brazos y yo me siento como esa niña de años atrás.

—¿Por qué te has ido así? Nos tenías a todos muy preocupados. —Miro a Leo, que niega con la cabeza. Francesco se acerca a mí y le abrazo con todas mis ganas.

—No vuelvas a hacerme algo así, por favor. No te imaginas cómo lo he pasado sin saber dónde estabas.

—Lo siento.

Los *Carabinieri* se marchan y yo subo a quitarme la ropa. Cuando bajo al salón. Leo sigue de pie y parece abatido. Estamos solos, me coge del brazo.

—¿Por qué lo has hecho? —Sus ojos se clavan en mí pidiendo una explicación.

—No tengo que darte explicaciones. No eres nada mío.

—¿Sabes cómo lo he pasado? Creía que te había pasado algo.

—¿De verdad? ¿No será porque te he fastidiado el plan con tu novia?

—¿De qué estás hablando?

—No vuelvas a acercarte a mí, ¿me oyes? ¡Nunca, Leo! —Mi padre entra en el salón y yo corro a sus brazos.

—Ahora es tarde, pero mañana tenemos que hablar de lo que ha sucedido aquí, Gabriela. No puedes hacer algo así.

—Lo siento, papá. No quería que Francesco y tú os preocuparais.

—No hemos sido los únicos. Leo también lo ha estado. No ha parado de buscarte en toda la noche.

—¡Claro! Tiene que conservar su trabajo.

—¿Por qué dices eso, Gabriela? —pregunta mi padre.

—Porque es la verdad. Solo está aquí para que no me pase nada, ¿no?

—Es su trabajo, pero no entiendo qué quieres decir.

—No importa, papá. Estoy cansada. Francesco, ¿te importa dormir conmigo esta noche? No me encuentro bien. —Leo vuelve a dedicarme una mirada, y, esta vez, sin nada de cariño.

Cuando Francesco y yo nos quedamos a solas, él me pregunta por qué lo he hecho, pero en este momento, no quiero contarle nada. Lo único que quiero es quedarme dormida y no pensar en nada más.

Pensé que con mi plan me sentiría mejor, pero me he dado cuenta de que no. He hecho sufrir a dos de las personas que quiero, y no me gusta sentirme así.

Todo ha sido por vengarme de Leo, pero quizás he llegado demasiado lejos.

Francesco no se despegaba de mí en toda la noche, y yo, después de mucho pensar, consigo quedarme dormida.

A la mañana siguiente, mi dolor de cabeza es impresionante, pero sé que me lo tengo merecido.

Francesco y yo bajamos a desayunar. Leo y mi padre están hablando en el salón, y parece que el tono es un poco elevado.

Cuando aparecemos, ambos se callan. Mi padre se acerca y me da un beso en la frente.

—¿Estás mejor?

—Sí. Me duele un poco la cabeza, pero me lo tengo merecido.

—Desayuna, cuando termines quiero hablar contigo.

—Vale, papá. —Mi padre vuelve donde está Leo y continúan con la charla.

—¿Piensas contarme por qué has hecho todo esto? —pregunta Francesco.

—No lo entenderías.

—Si no me lo cuentas, desde luego que no.

—No puedo hacerlo.

—Creía que entre nosotros no había secretos.

—Y no los hay, pero hay cosas que no estoy preparada para contarte.

—Está bien. Me voy. Cuando te decidas a confiar en mí, puedes llamarme.

—Francesco, espera, no te en... —No me da tiempo a acabar la frase. Se marcha enfadado.

¿Cómo quiere que le cuente que me gusta Leo? Ni siquiera sé si lo entendería.

Al principio, cuando Leo apareció, todo eran bromas, hasta él mismo le llamaba *buenorro*, pero de la noche a la mañana, todo cambió.

No sé lo que sucedió, pero dejó de hacer bromas al respecto, y hasta diría que le molestaba la presencia de Leo.

No puedo contarle nada de esto a nadie.

Además, haré todo lo posible por olvidarme de él. Después de su mentira, no quiero que vuelva a estar cerca de mí. Le quiero alejado.

Aunque tengo miedo de la charla con mi padre, sé que tengo que enfrentarme a ella y eso hago.

—¿Puedo pasar? —le pregunto a mi padre.

—Sí. Siéntate.

—Te debo una disculpa. Quiero que sepas que lamento mucho lo que sucedió anoche, y que, en realidad, no pensé que llegara tan lejos. También tengo que decirte que no ha sido como otras veces que lo he hecho, pero que, viendo tu reacción, y cómo me abrazaste ayer, lo volvería a hacer una y mil veces, papá.

—¿Por qué hiciste algo así? ¿Para llamar la atención?

—No lo sé, papá. A veces me siento abrumada con todo lo que pasa a tu alrededor. Echo de menos estar los dos solos, salir sin llevar un ejército detrás y disfrutar de ti sin que tengas que mirar el reloj o el móvil cada cinco minutos.

—No me había dado cuenta de eso. Supongo que paso demasiado tiempo pendiente del trabajo. Lamento no tener tiempo para ti. Trataré de cambiar eso, te lo prometo, pero no vuelvas a hacer algo parecido a lo de ayer. Tuve que llamar a Leo cuando me había pedido la noche libre.

—No tenía por qué haber venido.

—No, no tendría que haberlo hecho, pero lo hizo. Él también estaba preocupado por ti. Creo que no eres capaz de ver lo que causas con tus locuras.

—Para él solo es un trabajo, papá. Y lo único que quiere es ganar puntos contigo.

—De cualquier otra persona podría decirte que sí, pero te aseguro que Leo no es así. Vino recomendado, y aunque es cierto que lo hace porque es su trabajo, también soy capaz de ver que te tiene cariño, Gabriela. A veces eres una chica encantadora que es capaz de entrar en el corazón de todas las personas que están tu alrededor.

—No comparto esa opinión contigo.

—Bueno, da igual. Solo quiero decirte que para que esto cambie, tú también tienes que hacerlo. Te queda poco para cumplir veinte, pero no me gustaría tenerte castigada hasta entonces.

—Creo que no soy la única que tiene que cambiar, papá.

—Tienes razón. Yo también lo haré. ¿Firmamos la paz? —Me tiende la mano y me sonrío.

—Está bien.

—Para celebrar nuestro trato, ¿qué te parece si mañana salimos a comer fuera?

—Es un buen comienzo. —Me levanto, y me acerco a él—. Te echo de menos, papá.

—Trataré de que no lo hagas, hija. —Me besa el pelo y me voy del despacho con la sensación de que las cosas con mi padre pueden empezar a cambiar. Va a ser verdad eso de que no hay mal que por bien no venga.

Cuando estoy a punto de cerrar la puerta de mi habitación, Leo entra en esta.

—Tenemos que hablar.

—¡Ni lo sueñes! ¡Lárgate de aquí o grito!

—No serás capaz... —Abro la boca, pero en un segundo lo tengo parado frente a mí, buscando mi boca desesperadamente para hacerme callar. Saborea cada una de las partes de mis labios, mete sus manos por detrás de mi nuca y me tumba en la cama. Se despega un momento de mí y me mira fijamente a los ojos

—Dame otro motivo para besarte —me dice.

—Si no te largas, voy a gritar.

—¡Me vale! —Vuelve a acercarse a mí, esta vez de una manera mucho más agresiva, se hace dueño de mis labios, y yo recibo su beso con muchas más ganas que el anterior. Yo enredo mis manos en su cuello y mordisqueo sus labios. Su respiración se vuelve agitada y sé que lo estoy volviendo loco. Sus manos bajan hasta mis caderas y desabrocha mi pantalón. Un jadeo sale de mi boca y sé que he perdido todo el control cuando sus dedos acarician mis bragas. El simple roce de sus dedos tiene ese efecto en mí.

Sus labios bajan lentamente por mi cuello, baja por mi pecho, y cuando llega a la cintura, mi corazón se acelera. Comienzo a sentir un cosquilleo. Él besa mi vientre, despacio, y en ese momento, cuando estoy a punto de pedirle que me haga el amor, me doy cuenta de que él tiene un motivo muy diferente al mío para hacer esto. Me incorporo y abrocho mi pantalón.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—No pienso acostarme contigo. ¿Dónde quedó tu promesa? Parece que estás dispuesto a llegar lejos por conservar tu puesto.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —Dos lágrimas caen por mis mejillas.

—¡No pienso enamorarme de ti, Leo! Mantente alejado de mí. No quiero que me hables, que me mires. ¡Nada! No vuelvas a besarme, y mucho menos vuelvas a entrar en mi habitación para hacer esto. Yo no soy una cualquiera.

—Yo no quería...

—Vete. No tienes ningún derecho a estar aquí. —Se levanta, y se queda apoyado en el umbral de la puerta.

—Gabriela, no sé qué ha pasado para que pienses eso de mí, pero yo jamás te haría daño. Ayer, cuando desapareciste, me di cuenta de lo importante que eres para mí. No soportaría que te pasara algo.

—Vete, Leo. —Me dedica una mirada triste y se marcha. Yo rompo a llorar en cuanto lo hace. Esto va a ser más duro de lo que imaginaba.

Querido diario:

No soporto más este dolor. Leo ha vuelto a mi habitación y he estado a punto de pedirle que me hiciera el amor. Esta vez, creo que, si no lo hubiera parado, hubiéramos llegado mucho más lejos. No puedo permitir que eso pase.

Empiezo a estar perdida con todo esto. Leo me gusta demasiado, y cuando le tengo cerca,

mi cuerpo reacciona de una manera inesperada. Me gustaría poder controlarlo, pero es algo que me resulta imposible.

Para él todo esto es un juego, pero yo empiezo a sentir, y eso me da mucho miedo.

Capítulo 13. Verdades inconfesables

Leo ha tratado de hablar conmigo, pero yo lo he evitado por todos los medios. Han pasado dos semanas desde el día en el que me fui y, desde entonces, todo ha cambiado.

Mi padre me dedica más tiempo. Charlamos e, incluso, me está ayudando con Contabilidad.

Creo que mi escapada trajo cosas buenas.

Francesco no se ha separado de mí desde entonces, y nuestra relación sigue como siempre.

De Leo... Lo de Leo es otro cantar. Me gustaría que las cosas fueran distintas, pero dado el objetivo de él, lo mejor es que me mantenga alejada.

Ha tratado de hablar conmigo, pero lo cierto es que no se lo pongo fácil.

Él, igual que yo, sabe lo que provoca en mí, y por esa misma razón, tengo que mantener las distancias.

Parece que los líos en mi vida nunca acaban, y todavía quedaba el más grande por salir.

La tarde del viernes, Francesco viene a casa. Nos ponemos a hacer tortitas en la cocina, y al final acabamos los dos llenos de harina, cara incluida.

Francesco se acerca lentamente a mí, y roza mis labios con sus dedos, me mira y, aunque dudo de lo que va a hacer, besa mis labios suavemente, enreda sus manos en mis caderas y hace que el beso sea mucho más profundo. Me separo de él, y puedo ver la mirada de Leo. Niega con la cabeza y se marcha.

Me sitúo enfrente de Francesco y le pregunto:

—¿Me puedes explicar a qué ha venido eso?

—Estoy enamorado de ti, Gabriela. Llevo años callándomelo, tratando de que nuestra amistad no se vea afectada, pero desde el día que desapareciste, no he vuelto a ser el mismo. El simple hecho de perderte me hizo darme cuenta de que te quiero más de lo que imaginaba, y que estoy dispuesto a todo, incluso a olvidarme de ese maldito trato. Nunca deberíamos haberlo hecho, de ser así, ahora estaríamos juntos, y yo no estaría muerto de celos cada vez que ese guardaespaldas se acerca a ti. —Todo empezaba a encajar. Leo tenía razón cuando decía que Francesco estaba enamorado de mí. ¿Por qué no ha sido capaz de verlo antes? ¿Por qué me ha ocultado un secreto así durante tantos años? En este momento, me siento decepcionada, pero no solo con él, también conmigo misma. Yo tenía que haberme dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿No puedo creer que me estés diciendo esto ahora! ¿Por qué no lo has hecho antes?

—Tenía miedo de perderte, pero si hay alguna posibilidad de estar juntos, no quiero perderla.

—¿Sabes el tiempo que he pasado enamorada de ti? ¿Cuántas lágrimas he derramado porque los dos habíamos decidido que nuestra amistad era más importante que todo esto? Yo esperaba que, si sentías algo por mí, me lo dijeras.

—¿Me estás diciendo que estabas enamorada de mí?

—Sí, Francesco. Durante mucho tiempo. El día que hicimos el amor, para mí fue algo más, pero al ver tu reacción, entendí que lo nuestro no tenía ningún futuro y que tú solo querías calmar tu deseo.

—No te imaginas los días que he soñado con ese momento, con que pudiera volver a repetirse, pero yo, al igual que tú, pensé que te arrepentías de todo lo que había sucedido entre nosotros.

—¿Lo dices en serio? Jamás me he arrepentido de lo que pasó esa noche. Siempre lo he guardado como el mejor de los recuerdos.

—Gabi, todavía podemos darnos una oportunidad.

—No, Francesco. Hace mucho que tiempo que yo dejé eso enterrado. Me propuse olvidarme de cualquier sentimiento que pudieras despertar en mí, y lo conseguí. Yo ya no te veo con los mismos ojos que hace años. Una relación entre nosotros solo empeoraría las cosas. Acabaríamos haciéndonos daño, y estoy segura de que nos perderíamos para siempre.

—Eso no tiene por qué suceder. Estoy seguro de que puedes llegar a quererme.

—En este momento, no. —Agacho la mirada.

—Hay alguien más, ¿verdad?

—Sí.

—Lo sabía. Es ese maldito guardaespaldas tuyo, ¿cierto? Lo supe desde el primer momento en que lo vi.

—Me hubiera gustado contártelo, pero...

—Creo que será mejor que me vaya. Por hoy ya he tenido suficiente con las confesiones.

—Francesco, espera.

—No, Gabi, lo mejor es que nos alejemos un tiempo. Necesito pensar en todo lo que ha sucedido. —Me dice eso y se marcha, dejándome con una sensación de angustia y lágrimas en los ojos.

Cuando consigo recomponerme, voy en busca de Leo. Está en su habitación.

—Quiero hablar contigo —digo.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Leo, tienes que escucharme.

—Tú tampoco has querido hacerlo estos días.

—Por favor...

—Pasa —dice con desgana.

—Lo que has visto en la cocina, no es lo que piensas.

—Creo que la imagen era muy clara.

—No tengo nada con Francesco. Para mí también ha sido una sorpresa que me besara.

—¿De verdad? Pensaba que te acostabas con él cuando te apetecía.

—Solo te dije eso para hacerte daño.

—Déjalo, Gabriela, no tienes que justificarte de nada.

—No lo hago. Quiero que entiendas las cosas. Francesco me ha confesado después de ese beso que está enamorado de mí. Tú tenías razón. No sé por qué no fui capaz de verlo. Yo no tengo nada con él, Leo, créeme. No siento nada por él. Solo un cariño infinito.

—No te creo, Gabriela. —Mis ojos se humedecen.

—Te estoy diciendo la verdad. ¿Y sabes por qué no hay nada entre nosotros? Porque me he enamorado de ti. He tratado de que no suceda, pero ha pasado. El día que me fui de aquí, lo hice porque mi padre me dijo que habías pedido el fin de semana libre para irte con tu novia. ¿Sabes cómo me sentí? Me habías engañado. Tuve que pensar que todos tus besos, tus caricias y tus palabras solo eran un invento para mantener tu puesto. No entendía por qué no habías sido sincero conmigo, y me dolió tanto, que solo pensé en hacerte daño. Solo lo hice para fastidiarte el fin de semana. Quería que mi padre te echara. No podía permitir que te rieras de mí.

—¿No me puedo creer lo que estás diciendo! ¿Querías que perdiera mi puesto? ¿No era más fácil hablar conmigo?

—¿Por qué nunca me contaste que tenías novia? ¿Por qué me engañaste?

—Porque no la tenía, ni la tengo, Gabriela. Creí que era la mejor excusa para que tu padre me diera el fin de semana libre. Necesitaba salir de aquí, si no lo hacía, en cualquier momento iba a subir a tu habitación y... No podía permitir que eso sucediera. Tenía que ser consecuente. Iba a volverme a loco, por eso pensé que lo mejor era pasar el fin de semana fuera sin verte.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me dio tiempo. Cuando te ibas, traté de hablar contigo, y fuiste muy clara con tus respuestas. Horas más tarde, cuando estaba a punto de irme, tu padre vino angustiado a decirme que no aparecías, y que Francesco no sabía nada de ti. Sentí miedo. Pensé que podrían haberte hecho algo, y me volví loco buscándote. Cuando apareciste, me di cuenta de que me importabas mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero tú me mirabas con odio.

»Cuando entré a tu habitación y te besé, supe que entre nosotros ya no había barreras. Estaba cansado de pisar el freno contigo. Quería hacerte el amor, y demostrarte lo mucho que me importabas, pero, por suerte, tú paraste la situación. No me siento orgulloso de lo que sucedió. No debí hacerlo. Podría haberte metido en problemas.

—Yo no pensé...

—Gabriela, sigues siendo una niña caprichosa que, cuando cree que no tiene lo que quiere, coge una rabieta y bombardea todo lo que tiene a su paso sin preguntar. Traté de explicártelo, pero no me dejaste. —Acaricia mi cara, y yo cierro los ojos fuerte, tratando de guardarla dentro de mí.

—Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte. Las cosas entre nosotros no pueden ser. He decidido que lo

mejor es que me marche de aquí. Es la única manera de que los dos seamos felices.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado entre nosotros? —Su silencio me da la respuesta y mis lágrimas comienzan a brotar. Él me coge del brazo—. Que seas muy feliz lejos de mí, Leo. —Me marcho de esa habitación con el dolor más grande.

Estoy enamorada de Leo, pero lo nuestro se ha acabado mucho antes de empezar.

Capítulo 14. Lejos de ti, lejos de mí

Después de horas pensando, y tras tomar una decisión, decido hablar con mi padre.

—Papá, ¿podemos hablar?

—Claro. ¿Qué ocurre?

—Quiero proponerte algo.

—Soy todo oídos.

—Quiero irme a París. Quiero estudiar allí, pero quiero que hagamos un trato: me matricularé en la universidad que elijas, sí, pero quiero que me dejes ir al conservatorio.

—¿Qué locura estás diciendo, Gabriela?

—Papá, me queda menos de un año para cumplir la edad del acuerdo que fijasteis mamá y tú, y sabes perfectamente que mi sueño es ser cantante. Has tratado de impedirlo durante mucho tiempo, pero sabes que, aunque no quieras, sucederá. Me gustaría formarme para ser la mejor, y bueno, creo que estudiar en el conservatorio, sería un buen plan. Si me lo prohíbes, cuando cumpla los veinte me marcharé de aquí, y te aseguro que las cosas no van a ser como ahora.

—¿Por qué a París? ¿No puedes quedarte aquí? Estoy dispuesto a ceder.

—No, papá. Necesito aire fresco. Quiero salir de aquí.

—¿Ha ocurrido algo?

—Muchas cosas, pero será mejor que no te enteres.

—Gabriela...

—Papá, algún día te lo contaré. En este momento, duele demasiado.

—Está bien. Dejaré que te vayas. Creo que puede ser una buena oportunidad para ti. Eso sí, si empiezas a hacer de las tuyas, olvídate del conservatorio.

—Tranquilo, papá. Eso no pasará. He aprendido la lección.

—¿Y cuándo quieres irte?

—Mañana mismo.

—Ni lo sueñes. Es demasiado precipitado. Antes de que te vayas quiero tenerlo todo bien atado.

—Papá, lo necesito. Puedo ir a un hotel y después buscar una casa de estudiantes. Tengo algo de dinero ahorrado y puedo sobrevivir.

—No voy a dejar que vivas de cualquier manera. Si acepto que te vayas, será bajo mis

condiciones.

—Está bien, pero recuerda, quiero que sea mañana.

—Gabriela, ¡qué difícil pones mi vida!

—Esta vez te lo estoy poniendo fácil. Una cosa más: no quiero que mandes a Leo conmigo.

Quiero irme sola.

—Pero...

—Por favor, papá.

—¿Ha ocurrido algo?

—No preguntes. —Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas y mi padre me abraza.

—Algo muy gordo debes de llevar ahí dentro. Haré todo lo posible para que te marches mañana, pero, por favor, mantenme informado de todo, y no dejes de llamarme... por favor.

—Lo haré, papá. Gracias. —Vuelvo a mi habitación y cojo el diario. Esta será la última página...

Querido diario:

Este es nuestro fin. He pasado días contando todo lo que me sucedía, y has sido cómplice de todas mis hazañas, pero el momento de decir adiós ha llegado.

Todo lo que ha sucedido en estos días me ha hecho recapacitar, pero también las palabras que me ha dicho Leo hoy.

Tiene razón. Soy una niña caprichosa que bombardea sin mirar. He hecho daño a demasiadas personas, y eso debe acabar.

Sé que él iba a marcharse, pero no sería justo. Su trabajo ha sido impecable, y el único error ha sido poner sus ojos en mí.

Lo único que me duele en el alma es saber que se arrepiente de todo lo que ha pasado entre nosotros. Pensé que me diría que no, pero su respuesta fue un silencio demoledor.

Ahora, una nueva vida empieza en París, lejos de él, de Francesco, de mi padre... Voy a volar, como siempre quise, y a luchar por lo realmente importante: mi sueño. Me formaré para llegar a ser la mejor, y que mi padre, algún día, pueda sentirte orgulloso de mí.

Para cerrar este capítulo solo puedo decir que me voy completamente enamorada de Leo. Ha hecho que pierda la cabeza por él. Ha conseguido que mi piel le necesite y que mi corazón lata a un ritmo vertiginoso cuando pienso en él.

No va a ser fácil olvidarle, pero tengo que intentarlo. Estar lejos es la mejor opción para los dos.

Mi padre consigue un vuelo para el día siguiente y, por suerte, tengo que estar temprano en el aeropuerto. Mi padre y Giuseppe me acompañan. Le pido que no le diga nada a Leo hasta que no lleguemos al aeropuerto.

No me gustan las despedidas, pero estoy segura de que si le hubiera visto a él, todo hubiera

sido mucho más complicado.

Despedirme de mi padre y de Giuseppe tampoco es fácil. Son las personas que siempre han cuidado de mí, y a las que he hecho sufrir. Es inevitable no llorar al sentir que voy a separarme de ellos, pero sé que esto nos vendrá bien a todos, incluso a la relación con mi padre.

Cuando voy en el avión, mi primer pensamiento es Leo. A estas alturas ya se habrá enterado de que me he ido muy lejos.

Necesito olvidarme de ti, amor.

Leo

—Buenos días, señor. Me gustaría hablar con usted.

—Claro, Leo. Siéntate. ¿Qué ocurre?

—Quiero marcharme.

—¿Cómo? Pero ¿qué le pasa a todo el mundo con querer irse?

—¿A qué se refiere?

—Gabriela se ha marchado a París hace una hora.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Puede que tú lo sepas mejor que yo.

—No entiendo lo que me dice.

—Mira, Leo, me ha pedido que no te mande con ella, pero quiero que te vayas a París. No quiero que esté sola.

—Pero, señor...

—Eres el único que puede calmarla.

—Yo no...

—Leo, no soy idiota, y veo las cosas. Vete y cuida de ella. Solo necesita que le digas lo que está esperando. Creo que podrás hacerlo.

—¿Usted sabe...?

—¡Vete antes de que me arrepienta!

¿Federico sabe lo que ha pasado?

Nunca hubiera imaginado que Gabriela pudiera irse. Es la última oportunidad que tengo para recuperarla.

Ayer tenía que haberle dicho toda la verdad, pero no fui capaz. Pensé que lo mejor era alejarme, pero al saber que se ha ido, me he dado cuenta de que eso solo es un error.

Capítulo 15. Reencuentro

París es precioso. Solo llevo unas horas aquí pero es suficiente para decir que estoy enamorada de esta ciudad.

Mi padre ha reservado en el mejor hotel. Descanso un rato, le llamo y cuando llega la hora de cenar, voy a un restaurante que está cerca del hotel.

Cuando estoy a punto de terminar, recibo un mensaje de un número desconocido.

DESCONOCIDO- 21:30

París no tiene nada que envidiar a mi chica del pelo rojo. Estás preciosa en cualquier lugar.

La respiración se me acelera, y miro para atrás. ¿Leo está aquí? ¿Habría sido capaz de venir a buscarme?

Al no verle, decido contestar al mensaje:

MI CHICA DEL PELO ROJO- 21:32

¿Y tú qué sabes? Esta ciudad es demasiado bonita para compararse conmigo.

—No hay nada más precioso que mi chica del pelo rojo. —La voz de Leo suena en mi oído. Me doy la vuelta pensando que es producto de mi imaginación. Cuando lo hago, le veo con una rosa en la mano y dedicándome la mayor de las sonrisas.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—No te despediste de mí.

—¿Has venido hasta aquí solo por eso?

—No. He venido por más cosas. ¿Crees que alejándote de mí vas a olvidarme?

—Eso es lo que tú dijiste ayer.

—Ayer dije demasiadas tonterías, y lo más importante me lo callé.

—Leo, dime la verdad, ¿por qué has venido? Ha sido cosa de mi padre, ¿verdad?

—Él mismo me pidió que viniera a arreglar las cosas.

—¿Le has contado a mi padre lo que ha sucedido entre nosotros?

—No ha hecho falta. Creo que lo sabía antes que nosotros.

—No tenías que estar aquí.

—Pensaba que te alegrarías de verme. —Me quedo en silencio, y nuestras miradas vuelven a

encontrarse. El brillo de sus ojos azules me recuerda lo enamorada que estoy de él. Me lanzo a él y le abrazo, él me aprieta fuerte y suspira:

—He venido por ti. Tenemos mucho de lo que hablar.

Dejamos el restaurante y nos dirigimos al hotel.

—¿También has reservado en este hotel?

—Por supuesto. Todavía no sé si me dejarás dormir contigo. —Coge unas copas de champán y me acerca una. Se sienta en la cama y comienza a hablar:

—Creo que te debo una explicación. Empezaré desde el principio. Hace unos años, cuando estaba prestando servicio militar, mi madre enfermó. Yo estaba en una misión muy importante y me fue imposible volver con ella. Cuando llegué, lo único que pude hacer fue enterrarla. Desde ese momento, me sentí solo y abatido. Mi madre era lo más preciado que tenía, pero el servicio militar había cambiado mi vida, y dejé de pensar en lo más importante. Cuando quise remediarlo, ya era demasiado tarde.

»Volvieron a llamarme, yo supe que había cumplido un ciclo y que mi vida ya no estaba en el ejército. Lo que le pasó a mi madre me hizo ver que en la vida hay prioridades y que un trabajo, a veces, no lo es.

»Trabajé de todo, hasta que mi padre decidió echarme una mano. Él es el jefe de Seguridad del Estado, y conocía muy bien a tu padre. Entré muy bien recomendado. Tu padre y el mío eran, perdón, *son* muy buenos amigos, y cuando mi padre se lo propuso, él aceptó de inmediato. Necesitaba a alguien para cuidar de su hija, y sabía que, en mis manos, tú estarías segura.

»Cuando mi padre me lo dijo, te imaginé como la típica niña con dinero, caprichosa, pija y consentida, pero al verte por primera vez, con tu pelo rojo y ese carácter, me di cuenta de lo equivocado que estaba. Tratar con tus maneras no iba a ser fácil, y me di cuenta desde el primer momento en el que me metiste en un lío. No podía defraudar a tu padre, ni tampoco al mío.

»Con el paso de los días, tenía curiosidad por saber más cosas de ti. Estaba seguro de que detrás de esa chica rebelde, se escondía alguien muy dulce. El día que te vi discutir con tu padre, se me partió el alma. Me dieron ganas de entrar y explicaros lo importante que es aprovechar los momentos que uno tiene con la gente que quiere.

»Luego descubrí que todo tu enfado y tu rebeldía se debían a que tu padre no quería que cumplieras tu sueño. No me preguntes cómo, pero empecé a verte de otra manera. Me gustaba verte, picarte y que charlaras conmigo.

»El día que pensé que te ibas a escapar y los dos caímos en el césped de la piscina, me di cuenta de que esto había dejado de ser un trabajo. Te protegía porque me gustabas, y no quería que te pasara nada. Días más tarde, te besé, y comprobé que el deseo que sentía hacia a ti no me dejaría vivir. Tú solo eras una niña, y yo no quería meterme en problemas con tu padre. Quise ser fuerte y alejarme de ti, pero cuanto más lo intentaba, más sentimientos despertabas en mí.

»La gota que colmó el vaso fue el día que fuimos a recoger a Francesco. Ver cómo te tocaba, te besaba y te acariciaba, me volvió loco. No solo estaba enfadado contigo, también conmigo mismo.

No era capaz de controlar mis sentimientos, y tampoco mis celos. No entendía lo que me estaba pasando.

»El día que te fuiste de casa quise morirme. Estaba aterrado por si te pasaba algo. Horas antes me había muerto de celos cuando me habías dicho que te irías con él y... Prefiero no recordarlo. Cuando volviste, sentí un gran alivio, y de lo único que tenía ganas era de abrazarte delante de todos y decirte lo que sentía por ti, pero sabía que eso no era lo correcto.

»Mi corazón se hizo pedazos cuando le pediste a Francesco que durmiera contigo, era yo el que quería hacerlo, y sentí cómo el dolor se apoderaba de mí. Traté de hablar contigo, pero no me lo pusiste fácil, así que no tuve más remedio que colarme en tu habitación. Creo que no hace falta mencionar lo que pasó allí. Yo no hubiera parado, Gabriela, porque lo deseaba, y no solo porque me gustes, también porque mis sentimientos hacia a ti eran cada vez más grandes y necesitaba que lo entendieras, pero todo salió al revés. Después vino el beso con Francesco y ahí entendí que lo nuestro no podía ser. Tú necesitabas una persona como él a tu lado. Él sabía cuidar de ti, y, al fin y al cabo, ya habíais estado juntos.

»Decidí marcharme, pero parece que tú preferiste hacerlo primero. Esta mañana me senté a hablar con tu padre y me dijo que te habías marchado. No podía creerlo, pero era así. Me ha contado que le habías pedido que no viniera, pero también sabe que yo soy el único que puede arreglarlo contigo. No sé muy bien qué es lo que sabe tu padre, pero de lo que estoy seguro es que sabe que te quiero, quizás no sabe todo lo que lo hago, pero lo sabe.

»Y eso es a lo que he venido a decirte: que tienes mi corazón, Gabriela, que estoy enamorado de ti y que me importa bien poco todo lo demás. La única razón que tendría para irme de tu lado es que tú me dijeras que no sientes lo mismo por mí. En ese caso, volvería a Italia y me olvidaría de ti.

Trato de digerir todas las palabras que acaba de decirme, pero lo cierto es que con la única que me quedo es con que está enamorado de mí.

Me acerco a él y mis labios besan a los suyos con todas las ganas que tenía guardadas y con el deseo que él siempre ha despertado en mí.

Leo me sube encima de él, se deshace de mi camiseta y comienza a besarme sin control. Me coge de la cintura y me tumba en la cama.

—Dime que estás segura de esto, porque una vez que empiece, no pienso parar —me dice.

—No pretendo que lo hagas.

Desabrocha mi sujetador y se deleita con mis pechos. Yo bajo mi mano hasta su entrepierna y hago que sus gemidos vayan en aumento. Su miembro está erecto y listo para mí.

Los dos estamos excitados, y él, sin más preámbulos, termina de desnudarme, se pone un preservativo y se adentra en mí.

Sus embestidas lentas van acompañadas de besos dulces por todo mi cuerpo. Cuando estoy a punto de correrme, decido tomar el control de la situación, me pongo a horcajadas encima de él y hago que su excitación llegue a límites insospechados.

Los dos sudorosos y llevados por la pasión de nuestros cuerpos llegamos al final, y caemos exhaustos en la cama. Él me da un tierno beso.

—Eres increíble, Leo.

—Bueno la primera vez no dijiste eso. —Los dos reímos.

—No sé cómo pude inventarme algo así.

—Por un momento me creí que era verdad.

—Lo siento.

—Has hecho que mi vida se convierta en una auténtica locura.

—No será para tanto.

—¿De verdad crees que no? Me he enamorado de una rebelde, y además su padre es ministro.

—Leo... Abrázame toda la noche y no me sueltes.

—Claro que sí, mi chica del pelo rojo.

No duermo en toda la noche pensando en todas las palabras que me ha dicho.

No dudo de sus sentimientos, pero estoy convencida de que lo nuestro no funcionaría. Él mismo me lo dijo, solo soy una niña rebelde, apenas estoy empezando a estructurar mi vida, y él necesita algo mejor a su lado. Yo no soy esa persona.

A la mañana siguiente, cuando se despierta, lo hace muy cariñoso, pero yo le esquivo.

—¿Qué te pasa, Gabriela?

—Lo he pasado muy bien, Leo, pero tienes que marcharte.

—¿Marcharme? He venido para estar contigo.

—Lo de anoche estuvo muy bien, pero... yo no siento nada por ti. No es justo que pienses que es de otra manera.

—¿Qué estás diciendo? Tú misma me dijiste...

—Sé lo que te dije, pero... estaba equivocada. En este momento de mi vida necesito estar sola. No quiero pensar en estar con nadie. Ni siquiera me lo planteo. No quiero que te sientas mal, pero creo que es lo mejor para los dos.

—¿Vas a decirme que lo que ha pasado entre nosotros no ha significado nada para ti?

—Ha estado bien, pero... —Lucho con todas mis fuerzas por no decirle la verdad. Por supuesto que ha significado para mí. Le quiero, pero sé que estoy haciendo lo correcto para él. Se merece a alguien mejor a su lado.

—No te entiendo, Gabriela.

—Es mejor así.

—No puedo creer que esté pasando esto. He venido hasta aquí, he abierto mi corazón, y lo único que haces es destrozarlo en mil pedazos. ¿Por qué no me lo dijiste anoche?

—Me dejé llevar por...

—Para ti todo esto no ha sido nada más que un capricho de niña, ¿verdad? Una vez que te has acostado conmigo se acabaron los sentimientos. Perfecto, Gabriela. Disfruta de tu vida. Espero que algún día encuentres a alguien que te quiera de verdad.

—Leo...

—No te molestes. Ya he oído suficiente. —Coge sus cosas y se marcha de ahí dando un portazo. En cuanto sale por la puerta, mis ojos se llenan de lágrimas. Es mejor así. No vuelvo a saber nada de él, aunque cuando regresa a Italia, mi padre me lo dice. Sé que conocerá a alguien y que, tarde o temprano, me olvidará.

8 meses después...

La vida en París es mejor de lo que esperaba. Las cosas en la universidad van muy bien, y en el conservatorio estoy progresando.

Echo de menos mi casa y todo lo que dejé allí, pero... lo mejor es no volver.

Ese era mi pensamiento antes de recibir la llamada de Leo.

—Hola, papá. ¿Cómo va todo? —digo cuando descuelgo el teléfono.

—Hola, Gabriela. Soy Leo.

—Hola, Leo. No sabía... ¿Cómo estás?

—Te llamo porque ha ocurrido algo y tienes que volver.

—¿Qué sucede?

—Parece que tu padre ha sufrido un infarto. Creí que debías saberlo.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Leo? ¿Cómo está?

—Se lo han llevado al hospital con pronóstico reservado, pero tenía que avisarte.

—Buscaré un vuelo lo antes posible.

—Bien. Cuando lo hagas, avisa a Giuseppe para que vaya a buscarte.

—Gracias. Leo, por favor, cuida de él.

—Lo haré. —Cuelgo y busco un vuelo; por suerte, encuentro uno para dentro de dos horas.

El viaje se me hace eterno; cuando llego, Giuseppe viene a buscarme, y lo primero que hago es lanzarme a sus brazos llorando. Él me pide que me tranquilice. Me dice que todo saldrá bien. Pregunto por papá, pero no puede contarme mucho más de lo que me dijo Leo.

Cuando llego al hospital, no solo está él. Francesco y sus padres también, en cuanto me ven, corren a abrazarme, y yo no puedo hacer otra cosa que llorar.

Dos horas más tarde, me acerco a la máquina de café. Leo está allí.

—¿Más tranquila?

—No creo que pueda decir eso hasta que vea a mi padre.

—¿Qué está pasando, Leo?

—Tu padre está sometido a mucho estrés. Había decidido presentarse a las elecciones para presidente, y eso le tenía todo el día corriendo. Supongo que le ha pasado factura.

—¿Por qué no me había dicho nada?

—Imagino que no quería preocuparte. ¿Cómo te va por París?

—Bien. Me encanta el conservatorio, y en la universidad me va de lujo. Fue un buen cambio.

—Me alegro.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien. Como siempre.

—Siento... —No me deja continuar la frase.

—Está todo olvidado. Ha pasado mucho tiempo. —Le miro y huyo de ahí. Pretendía disculparme pero quizás tenga razón, ha pasado demasiado tiempo, aunque no el suficiente para olvidarme de él.

Capítulo 16. Todo pasa

Por suerte, mi padre se recupera. Ha sufrido un amago de infarto, y el médico ha sido muy claro: lo que le he ocurrido ha sido por culpa del estrés.

Creo que tendrá que dejar lo de ser presidente para otro momento.

Cuando le dan el alta me quedo unos días con él en casa, antes de regresar a París, y tenemos largas conversaciones en las que consigo enterarme de muchas cosas.

—¿No has pensado volver? —pregunta.

—De momento no, papá, aunque tengo que reconocer que, con lo que te ha pasado, no me hace mucha gracia separarme de ti.

—Todos aquí te echamos de menos.

—Yo también a vosotros.

—¿Cómo van las cosas con Leo? —Me sorprende con la pregunta.

—Como siempre. ¿Por qué?

—Sé lo que ocurrió entre vosotros, aunque lamento que no fueras tú la que me lo contara.

—No había nada que contar.

—Le mandé a París con la mejor de las intenciones, pero vino totalmente abatido y destrozado. Creo que no ha vuelto a ser el mismo.

—¿De qué hablas, papá? ¿Por qué me cuentas eso?

—Porque quiero que sepas la verdad. Mira, al principio, cuando lo descubrí, no me hizo ninguna gracia que mi hija fuera detrás de un hombre mayor que ella, pero solo me hizo falta ver cómo te trataba y cómo me hablaba de ti para darme cuenta de que ese chico estaba enamorado de ti. ¿Quién crees que me convenció con lo de la música? ¿No te sorprendió que no te pusiera ninguna pega con lo del conservatorio?

—¿Leo te lo contó?

—¿Quién sino? Desde que fuiste a ese bar aquella noche. Él no dejó de hablarme del tema. Me dijo que te había escuchado cantar, y que era sorprendente. Me pidió que te dejara cumplir tu sueño si volvías a pedírmelo.

»Un día, me enseñó un video tuyo con la guitarra. Estabas en el jardín, y él mismo lo grabó. Supongo que oírte cantar me hizo reflexionar y darme cuenta de que estaba paralizando tus sueños por pura cabezonería mía. Cuando te vi ahí sentada, recordé a tu madre. Tenías la misma felicidad

que ella años atrás. Por eso, cuando me dijiste lo del conservatorio, entendí que tenía que dejarte vivir tu vida.

»Quiero que seas feliz, y que seas quien tú quieras ser, y no quien yo te imponga. Leo me ayudó a entenderlo. También me dijo que él fue el que guardó tu guitarra y después te la devolvió. En cierto modo me alegré de que no hiciera lo que le pedí.

—No puedo creer que él hiciera algo así.

—Lo que quiero decirte con esto es que él siempre te ha cuidado y te ha protegido. Yo no mando en tu corazón, como tampoco mando en el de él, pero de verdad espero que nunca te arrepientas de haberle echado a un lado.

—Hice lo mejor para él, papá. Él mismo lo dijo: soy una niña caprichosa. Necesita una mujer a su lado que sepa cuidarlo y quererlo como él merece. Yo no sé hacerlo.

—¿Qué estás diciendo? Hace tiempo que dejaste de ser esa niña caprichosa, y yo siento que de todo eso yo tengo mucha culpa. Lo único que quiere un padre es la felicidad de sus hijos, y eso quiero yo para ti, cariño. Sé que Leo es lo mejor. Solo quiero que lo pienses.

—Gracias, papá.

—Por cierto, todavía no me has dicho qué quieres para tu cumpleaños.

—Quedan algunos meses todavía, pero lo que tú me regales siempre estará bien.

—Creo que el regalo que te tengo preparado para este año te va a encantar.

—¿Y qué es?

—Tendrás que esperar un poco más.

Días más tarde tengo todo preparado para volver a París, pero tengo la sensación de que antes de irme debo dejar algunas cosas zanjadas. Busco a Leo para hablar con él.

—Hola —digo.

—Hola. ¿Ya te marchas?

—En un par de horas.

—Que tengas un buen viaje, Gabriela.

—¡Vaya! Parece que ya no soy la chica del pelo rojo.

—Sigues siendo la chica del pelo rojo —sonríe.

—Me gustaría seguir siendo tu chica. —Una declaración en toda regla, a la que él no es capaz de contestar. Un silencio más—. Solo quería decirte que lo que ocurrió en París... Solo quería lo mejor para ti. Nunca quise hacerte daño. Espero que algún día puedas perdonarme.

—No tienes que preocuparte de eso. Han pasado muchos meses y aquello está olvidado.

—¿Estás con alguien? —me atrevo a preguntar.

—Digamos que estoy conociendo a una persona. —Su respuesta me deja perpleja.

—Me alegro mucho por ti, Leo. Espero de corazón que seas muy feliz. —«Aunque el mío acabes de partirlo en pedazos», pienso.

—Gracias. Yo también espero que seas feliz. ¿Volverás?

—Sí. Solo quedan unos meses para mi cumpleaños.

—¡Cómo pasa el tiempo! Tus esperados veinte.

—Sí, aunque ya han dejado de ser esperados.

—Todavía recuerdo cuando me dijiste que, cuando los cumplieras, te irías de aquí y dejarías a tu padre. Siempre supe que no sería así.

—Han pasado muchas cosas desde entonces. Por suerte, el día que desaparecí, me di cuenta de que mi padre era muy importante para mí. Me cansé de hacerle sufrir.

—La familia es lo más importante. No dejes de estar con él, aprovéchalo.

—Gracias, Leo. Te veré a la vuelta, ¿no?

—¡Claro! Aquí estaré.

—Si para mi cumpleaños sigues conociendo a esa chica especial, puedes traerla a mi fiesta. —«Aunque me muera de celos», pienso.

—Gracias. Que tengas buen viaje, Gabi.

Esas son las últimas palabras que cruzo con él antes de irme. Todo lo que me dijo mi padre me ha hecho pensar, pero no soy nadie para fastidiar la relación que Leo está empezando. Nuestro tiempo ya pasó, y le dejé escapar. Fui una completa idiota.

Leo

No sé por qué he vuelto a engañarla. Le he hecho creer que estoy conociendo a alguien cuando no es verdad. Hubiera dado lo que fuera por que me dijera que se quedaba, pero eso no ha sucedido. Puede que en París conozca a alguien y se olvide para siempre de mí.

Dos meses más tarde, decido entrar en su habitación. Su padre me ha pedido que busque el contrato que le ofrecieron en ese bar para poder ponerse en contacto con los productores. Busco por todos los sitios, pero no hay ni rastro. Quizás lo tirara cuando se marchó, o se lo llevó.

Hago un último intento de búsqueda en la mesilla y encuentro un cuaderno. Lo abro y empiezo a leer.

En las primeras páginas veo que habla de la ausencia de su madre y de la relación con su padre. Trato de no seguir leyendo porque entiendo que es algo muy privado, pero cuando estoy a punto de parar, veo mi nombre, y es entonces cuando me siento en la cam, y comienzo de nuevo.

Tardo algo más de media hora en leerlo, y tengo que hacer pausas para coger aire. ¡Maldita sea! Le estaba haciendo daño y ni siquiera me estaba dando cuenta.

Ella contó aquí nuestra historia, y hasta el último día escribió que estaba enamorada de mí, que se marchaba porque yo necesitaba algo mejor. ¿Mejor que ella?

Me limpio las lágrimas y vuelvo a coger aire. Por suerte, en la última página, también hay un papel arrugado. Es el contrato que le ofrecieron. Ahí viene la dirección y un teléfono de contacto. Vuelvo a guardar el diario y le llevo el contrato a Federico.

Entre los dos haremos que su cumpleaños sea muy especial. Solo espero que en este tiempo nadie entre en su corazón...

Capítulo 17. Sorpresas

En dos días vuelvo a Italia, y tengo una sorpresa para mi padre. Creo que es algo que le hará muy feliz.

Tan solo quedan cuatro días para mis veinte, y ahora que estoy a punto de cumplirlos, me doy cuenta de que tan solo es un número más.

He vivido toda mi vida pensando que cumpliría esta edad la y alcanzaría mi sueño, y, al final, nada ha sido así. Ahora lo que más me importa es estar cerca de la gente que quiero.

Cuando llego a casa, todos me reciben con los brazos abiertos. Mi padre vuelve a sonreír, y yo me siento feliz de que todo vuelva a ser como antes.

Esa misma tarde, le pido a Giuseppe que me lleve a la Fontana de Trevi, allí he quedado con Francesco.

Hace meses que no hablamos, y necesito explicarle muchas cosas.

Consigo sincerarme con él y contarle toda la verdad sobre Leo. Él me entiende y me pide perdón por todo lo que sucedió hace unos meses. Creo que ambos nos perdonamos y decidimos seguir hacia delante. Hace años que nos conocemos, y aunque los dos hemos estado enamorados en secreto, al final hemos entendido que nuestra amistad es y será siempre lo más importante.

Por supuesto, le invito a mi cumpleaños, y acepta encantado.

Creo que no hay nada más importante que recuperar una amistad verdadera.

Cuando llego a casa, todavía me queda una cuenta pendiente: Leo. Le pregunto si vendrá su novia y me dice que seguramente lo haga. A pesar de que han pasado varios meses, yo no he conseguido olvidarme de él, y saber que ella estará aquí, destroza mi corazón por completo.

El esperado cumpleaños no tarda en llegar.

Mi padre organiza una fiesta y yo no puedo sentirme más feliz.

Leo se acerca para felicitarme.

—Felicidades, chica del pelo rojo. —Sonrío ante el comentario.

—Gracias, Leo. Creo que no podré cambiarme nunca el color de pelo.

—¿Por qué?

—Porque me encanta que me llames así. —Ambos reímos—. ¿Dónde está tu novia?

—Creo que anda por ahí. —¡Vaya! Tenía la esperanza de que no viniera.

—Espero conocerla.

—Estoy seguro de que sí.

—Voy a seguir saludando a la gente. Nos vemos luego. —¿Por qué tiene que ser tan irresistible? No es justo. Tendría que alegrarme de que tenga novia, pero lo siento, no es así. En este momento la odio.

Llega el momento de los regalos y el primero en entregármelo es mi padre. Me da un sobre y en él hay un papel. Cuando lo saco, puedo ver que es un contrato. Es el mismo que hace ya muchos meses me dieron los productores, pero yo lo tenía guardado... Miro a mi padre y él me sonrío, y pone su mirada en Leo.

—Papá, esto es del año pasado.

—Mira la fecha, hija. —Cuando lo hago, puedo ver que el contrato es de este mismo mes, y que pone mi nombre—. Hablé con ellos y le expliqué la situación. Leo les mandó el vídeo y han aceptado sin problemas. Eso sí, tendrás que seguir estudiando, pero vas a grabar tu primera maqueta. Feliz cumpleaños, cariño.

Abrazo a mi padre.

—Gracias, papá. No imaginas lo que significa esto para mí.

—Sí que lo sé. Alguien me hizo ver lo importante que era esto para ti. Todo es gracias a él. Es quien tuvo la idea y quien lo encontró. Anda, ve... —Lo dice con una sonrisa. Me acerco a Leo y me lanzo a sus brazos. Él corresponde a mi abrazo.

—Gracias por hacerlo posible. Sé que fuiste tú el que ha estado convenciendo a mi padre todo este tiempo. Quería hablar contigo, pero nunca encontré el momento. —Me separo de él.

—No tienes nada que agradecerme. Lo he hecho porque te quiero, y me gustaría que fueras feliz.

—Siento lo del abrazo. No quisiera que tuvieras problemas con tu novia por mi culpa. ¿Crees que le molestará?

—Puedes preguntárselo tú misma.

—¿Sí? ¿Dónde está? —Busco a mi alrededor.

—Justo delante de mí.

—¿De qué hablas, Leo?

—Que quiero que me des una oportunidad, Gabriela. No hay nadie en mi vida, te mentí. Quería que fueras feliz, aunque eso fuera a causarme el mayor de los dolores. Te he querido en silencio todo este tiempo. Desde que fui a París, no ha pasado un solo día en el que no haya pensado en ti.

»Hace unos meses, leí tu diario. Espero que puedas perdonarme. Estaba buscando el contrato e, inesperadamente, di con ello. Me sentí un miserable al saber todo el daño que te había causado. Solo puedo decirte que no te he olvidado, y que estoy enamorado de ti. Nada ha cambiado. Me gustaría que me dieras una oportunidad y que empezáramos de cero. ¿Crees que será posible?

Le doy en el hombro.

—¡Eres un imbécil! Pensé que tu novia estaba aquí. —Él se ríe—. No me hace ninguna gracia.

—A mí sí. No has contestado a mi pregunta.

—Leo, yo también te quiero. Pensé que necesitabas a alguien mejor que yo. No quería arruinar tu vida con mis tonterías de niña, pero te he echado de menos cada día, cada hora, cada segundo. Deseaba que volvieras a París a buscarme. Estoy dispuesta a todo por ti. —Me acerco a él y uno sus labios con los míos, un beso cargado de dulzura, pero también de amor. De ese que ninguno hemos podido olvidar.

—Tengo un regalo para ti. Espero que te guste. —Saca una caja grande—. Ábrelo.

Lo hago. Dentro hay una guitarra.

—¡Leo! Esto es demasiado.

—Detrás hay una inscripción. —Le doy la vuelta y puedo leer: *Para mi chica del pelo rojo. Para que cada vez que toques esta guitarra, recuerdes lo mucho que te amo.* Esas palabras hacen que rompa a llorar—. Sigues siendo mi chica del pelo rojo. Nunca has dejado de serlo. —Acaricia mi cara suavemente—. Tengo algo más para ti. —Le miro expectante. Toca su muñeca y veo como se saca una pulsera de hilo rojo y negro—. Esto me lo regaló mi madre hace muchos años, es de las pocas cosas que conservo de ella. Siempre me ha traído buena suerte, pero ya no la necesito. Mi destino era encontrarte, y ya lo he hecho, ahora es tuya. Espero que te ayude en tu camino y que no te separe del mío.

—Leo, esto es demasiado.

—Significa mucho para mí, y ahora quiero que la tengas tú.

—Gracias. No solo por los regalos, también por hacer realidad mis sueños. Gracias a ti he conseguido lo que más quería.

—Tú lo has cumplido sola, y te lo mereces.

—Creo que ahora tendré que contratarte de guardaespaldas. Siendo famosa necesitaré de tus servicios. —Los dos reímos. Él me da un tierno beso y me dice:

—Yo también he cumplido mi sueño.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Estar contigo, amor. Ese el sueño más bonito que he tenido nunca.

Agradecimientos

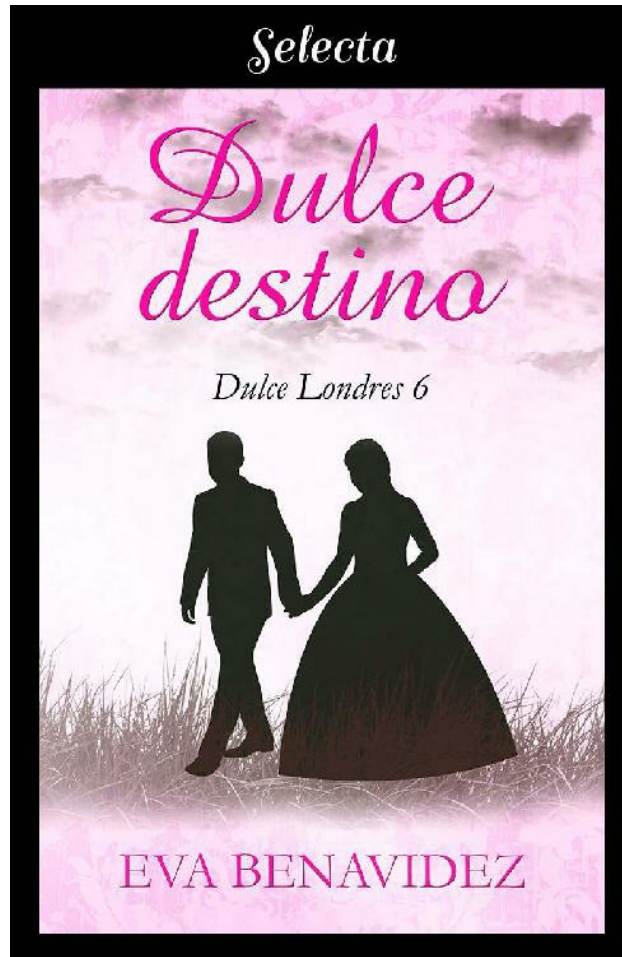
La vida me ha enseñado a creer en los sueños y a luchar por ellos, pero para alcanzarlos tienes que creer en ti mismo y rodearte de personas que estén dispuestas a hacerlos realidad.

Gracias, Lola, por dejarme que siga soñando.

Y gracias a todas las personas que me quieren y que están a mi lado en este sueño. Gracias a vosotros se hizo realidad. Solo espero no tener que despertar.

Chris Razo

Si te ha gustado
Diario de un sueño
te recomendamos comenzar a leer
Dulce destino
de *Eva Benavidez*



Prólogo

*Y cuando las sombras me cubrían
y la oscuridad se había apoderado de mí, te vi.*

*Brillando como el sol, con tu luz y claridad.
Mi alma despertó de su letargo.
Mi corazón latió de nuevo.
Desde entonces, te he buscado.
Por las noches largas, frías y solitarias, cierro los ojos y puedo verte.
Estás allí, como siempre, en cada uno de mis sueños.
Bailando sobre el hielo como un ser mágico, como un hada de invierno.*

Extracto del libro *Sueños de invierno*.

Era una noche fría de invierno cuando, sumido en la oscuridad, un pequeño niño temblaba sobre el sucio y raído jergón en el que se encontraba.

Sus ojos estaban fijos en el pequeño trozo de cielo estrellado, que podía ver a través del cristal enrejado polvoriento. La luna dibujaba un fino halo de luz que se colaba en la habitación de aquel sótano, y él, sin fuerzas, anhelaba poder atraparla.

Había decidido rendirse. Las heridas dolían demasiado, su alma estaba deshecha, y solo le pedía a Dios que lo llevase con él.

No lo sabía, pero tenía la esperanza de que, tal vez, si lograba dormir para siempre, podría despertar en un lugar mejor, en un sitio donde nadie lo golpease, donde ese monstruo de ojos grises no existiera y donde él pudiese correr y ser libre.

Siempre había querido correr, ver más que aquellas cuatro paredes, conocer la sensación de la brisa tocando su piel y del sol acariciando su cuerpo.

A menudo soñaba que estaba lejos de allí y que era un niño diferente. Una mujer de rostro dulce y bondadosos ojos verdes lo despertaba, le daba besos y jugaba con él. Luego despertaba y seguía en aquella húmeda prisión, oscura y mugrienta, y solo deseaba morir.

¿Cómo lograr que su espíritu abandonara ese cuerpo? No lo sabía, pero tal vez, pronto, lo averiguase, pues las palizas que aquel perro le daba eran cada vez peores y más duras. No lograba moverse en varios días después de alguna, pero no era capaz de obedecerle sin luchar. Algo dentro de él lo impulsaba a revelarse cada vez que intentaban someterlo.

Pero ya no; estaba cansado, demasiado destruido. Tenía miedo, mucho miedo. Y abrazándose a sí mismo, sollozó quebrantado, mientras se preguntaba, otra vez, por qué nadie lo quería, dónde estaba su familia. El monstruo decía que merecía aquello, pero él no recordaba qué travesura había cometido para merecer que lo dejaran allí. Antes había rogado perdón, prometido no volverlo a hacer; entonces se dio cuenta de que no había nada que pudiera decir para conmovier a su carcelero. Jamás le permitiría salir de aquel lugar.

Había dejado de comer, sospechaba que era el único modo de poder ser libre. Así que, cuando le traían la asquerosa comida, se limitaba a tirársela a Runy, su único amigo allí, un pequeño ratón

que lo acompañaba hacía mucho. Cada vez se sentía más débil, y eso le alegraba.

No supo en qué momento sus ojos se cerraron, pero lo alivió dejar de sentir y pensar. Estaba, otra vez, en aquel lugar, un prado inmenso, rodeado de colinas y altos árboles, y un cielo azul sin límites se extendía ante él.

La felicidad lo embargó y, estirando los brazos, comenzó a correr, riendo fuerte, sintiendo el viento despeinar su largo cabello color ébano. El sol lo encandiló unos segundos, y se detuvo.

Cuando fue capaz de ver con claridad, abrió los ojos sorprendido; frente a él había una gran extensión de algo extraño. Con tiento se acercó y se agachó para tocar aquella superficie con la punta del dedo; era dura y fría, del color del agua.

Entonces la vio. Una criatura mágica volaba sobre la superficie, con pies ligeros y cuerpo esbelto; el cabello rubio cubría toda su pequeña espalda y acariciaba sus rodillas, cubiertas por un largo camisón blanco. Ella se deslizaba sobre la superficie helada y hacía piruetas increíbles que la dejaban sin aliento. De repente, su cabeza se volvió y sus miradas se encontraron. Él se asustó y retrocedió, pero ella no parecía asombrada de verlo. Al contrario, lo saludó con una diminuta mano y le sonrió con calidez. Sus ojos... sus ojos lo dejaron paralizado. Eran muy verdes, pero bañados de puntitos de sol. Parecía un ángel, un ser de belleza etérea. Un hada dorada. Mirarla era como ser cubierto por un manto de paz y felicidad. Y sin percatarse, se encontró sonriéndole también.

—No estás solo. Siempre que me busques, estaré aquí —dijo, suavemente, su voz dulce y musical, y todo su cuerpo se estremeció. Tembló y cerró sus ojos mientras guardaba ese sonido, que calaba en su interior hasta iluminarlo todo.

Cuando sus párpados se abrieron, estaba otra vez donde siempre. La luz del amanecer ya iluminaba el lugar, y él había dejado de temblar, sentía una inexplicable energía renovada. La oscuridad se había marchado, y también la desesperanza.

Diario de un sueño



Gabriela lleva toda la vida haciendo lo que otros han elegido por ella.

Estudia lo que su padre le ha impuesto y vive de una forma que la hace feliz, pues no es lo que ella desea.

Ser la hija de un ministro y estar vigilada durante casi todo el día te roba la libertad. Sin embargo, sus verdaderos problemas comienzan cuando su padre decide ponerle vigilancia las veinticuatro horas, y harto de la rebeldía de su hija, opta por contratar, además, a Leo, un exmilitar que sacará de quicio a Gabriela.

Ambos se detestan, aunque él tratará de cuidar de ella, a pesar de que Gabriela no se lo pondrá fácil y lo meterá en problemas constantemente. No obstante, como el ministro confía en él, defraudarle no entra en sus planes.

Gabriela comenzará a pensar que sus deseos nunca podrán hacerse realidad y que saltarse las normas solo la trae problemas, por lo que decide seguir con la vida que su padre le ha impuesto renunciando a sus más profundos deseos... pero Leo le recordará que los sueños están para cumplirlos y hará que se conviertan en realidad.

Chris Razo nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño. Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Chris Razo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-74-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Diario de un sueño

Prólogo

Capítulo 1. La chica del pelo rojo

Capítulo 2. El peor castigo

Capítulo 3. Me debes una

Capítulo 4. La llamada

Capítulo 5. Un mal plan

Capítulo 6. Te odio

Capítulo 7. Mi chica del pelo rojo

Capítulo 8. Todo fue un sueño

Capítulo 9. Una canción

Capítulo 10. Solos no

Capítulo 11. Un juego de tres

Capítulo 12. Venganza

Capítulo 13. Verdades inconfesables

Capítulo 14. Lejos de ti, lejos de mí

Capítulo 15. Reencuentro

Capítulo 16. Todo pasa

Capítulo 17. Sorpresas

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Chris Razo

Créditos